

Los trabajadores en tiempos del neoliberalismo.

Tesis para optar al grado de Magíster en Historia Mención: Historia de América

Autor:

César Guzmán Concha

Profesora Guía: María Eugenia Horvitz V.

Diciembre de 2003

Una versión anterior de este trabajo fue elaborada gracias a la contribución del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), a través de su Programa Regional de Becas. El presente texto, en parte, reproduce ampliamente aquel artículo. Éste último forma parte de los resultados del proyecto “Los trabajadores en tiempos del neoliberalismo. La agenda del mundo del trabajo frente a la globalización. Los casos de Chile y Argentina”, que fue premiado con una beca de investigación en el concurso “Fragmentación social y crisis política e institucional en América Latina y el Caribe”, en el marco del programa de becas CLACSO – Asdi para investigadores jóvenes de América Latina y el Caribe, 2001.

I. Antecedentes del proyecto: metodología y conceptos . .	1
1. Presentación del tema .	1
1.1. Presentación de la investigación .	3
1.2. Objetivos .	6
1.3. Estrategia Metodológica .	6
2. Marco conceptual .	8
II. Sujetos, dinámicas y proyectos en el debate historiográfico . .	13
III. Trabajadores y sindicalismo en Argentina y Chile. Características, discursos y condicionantes . .	29
1. Introducción .	29
2. Argentina: movilidad y articulación sindical bajo la crisis del empleo . .	32
2.1. Reformas estructurales e identidades sindicales . .	32
2.2. Tradiciones organizativas, memorias y prácticas sociales .	38
2.3. Peronismo e izquierda, rupturas y continuidad . .	44
2.4. Las organizaciones de desocupados . .	50
3. Chile: fragmentaciones bajo la modernización económica y laboral .	55
3.1. Transformaciones estructurales, transición política y cambios sindicales .	55
3.2. Concertación social y modernización sindical .	60
3.3. Modernización sindical: fisuras y contradicciones . .	62
3.4. Balance en cifras .	65
3.5. Los cuestionamientos a la CUT .	69
IV. Conclusiones . .	75
V. Bibliografía .	85
Entrevistas personales y conversaciones efectuadas durante 2002 a: .	90
Anexos . .	93
Entrevistas .	93

I. Antecedentes del proyecto: metodología y conceptos

1. Presentación del tema

Esta investigación pretende constituirse en un aporte en un ámbito de la historiografía en particular y de las ciencias sociales en general, que ha sufrido un cierto abandono durante los años noventa. Las preocupaciones de los investigadores no han estado puestas en la temática del sindicalismo, y si bien la cuestión de las nuevas formas de acción sindical ha generado un cierto interés en algunos ámbitos, todavía éste es un tema que se encuentra en etapas preliminares, donde la atención ha recaído básicamente sobre las denominadas “experiencias de base”. De tal modo, las estructuras sindicales de carácter nacional han quedado relegadas. Diversas pueden ser las explicaciones que pueden ensayarse para este hecho, pero aún constatando la fuerza con que la nueva historiografía –que ha relevado unos temas y soslayado otros– ha llegado a instalarse en los centros académicos de América Latina, la situación en Argentina es bastante diferente: parece claro que la condición histórica de “factor de poder” de los sindicatos, unido a las movilizaciones que han protagonizado durante los ochenta y noventa, y a la móvil dinámica interna que lo instala en un proceso de drástico reordenamiento, han confluído para que la atención de muchos analistas trasandinos

permanezca en alto.

Por otro lado, en el terreno de las investigaciones comparadas, los principales ámbitos de investigación desde la historiografía han estado en temas tales como las relaciones internacionales y los problemas limítrofes, y en un lugar secundario, los estudios políticos. Los períodos de análisis se orientan hacia las guerras de independencia, o las etapas de conformación de los Estados Nación, hallando un campo privilegiado los estudios relativos a las ideas políticas de las elites. Un ejemplo reciente de este tipo de investigaciones es el trabajo de Pablo Lacoste, relativo a las imágenes nacionales construidas en cada país durante casi 500 años de historia¹. Sin embargo, en el campo de nuestro interés no existen trabajos que constituyan un acervo de conocimiento o de enfoques. Los escasos esfuerzos de interpretación conjunta se encuentran en otras disciplinas como la sociología, o las ciencias políticas. Si la escasez de trabajos sobre la materia es importante en todo el período de formación de la clase trabajadora y para la primera mitad del siglo XX, en el caso de la historia contemporánea de los sectores populares y de la clase trabajadora en particular dicha ausencia es aún mayor. Una alternativa que se vincula tangencialmente con nuestro objeto de estudio la constituyen los análisis (efectuados por sociólogos o científicos políticos) de la segunda mitad de los setenta y la primera mitad de los ochenta, sobre la naturaleza de los regímenes militares en el contexto de la difusión de la doctrina de la seguridad nacional o de las tesis del enemigo interno, y las repercusiones que este tipo de regímenes tenían en países que habían alcanzado importantes grados de movilización social (con protagonismo de la clase trabajadora organizada), como los del cono sur del continente. En este mismo sentido, de trabajos que indirectamente se asocian con el estudio comparado de los sindicatos o la clase trabajadora en Chile y Argentina, se encuentran los historiadores que toman como foco de análisis a América Latina. En esta vertiente destacan los trabajos de historiadores como Tulio Halperín Donghi o Agustín Cueva, o desde disciplinas afines, los estudios inscritos en la corriente de la dependencia, donde destacan con especial fuerza los textos de Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto, o Theotonio Dos Santos. Si bien es cierto que los autores que mencionamos, y otros tantos que omitimos, han realizado contribuciones que en muchos casos no pierden actualidad, desde nuestro punto de vista adolecen de especificidad para trabajar adecuadamente una perspectiva comparada sobre los sectores populares en Argentina y Chile en el contexto de la historia social contemporánea de ambos países. Las necesarias herramientas metodológicas de generalización para todos o gran parte de los países de la región, como los distintos tipos de fuentes que utilizan, le restan entidad y particularización a los casos específicos en la medida que uno desee utilizar dichos trabajos como insumos para un ejercicio de historia comparada entre estos países del cono sur. Salvo los trabajos que desde la sociología indagaron en la relación entre regímenes militares y sindicalismo, en la autoría de Ricardo Sidicaro o Isidoro Cheresky², o los estudios que desde la ciencia política inició J. Samuel Valenzuela³ con relación a marcos de interpretación sobre la misma temática, o Atilio Borón⁴, sobre la movilización electoral durante las décadas de los gobiernos populistas, la producción intelectual en el

¹ Pablo Lacoste, *La imagen del otro en las relaciones de la Argentina y Chile (1537-2000)*, Santiago: Universidad de Santiago de Chile / Fondo de Cultura Económica, 2003.

contexto de las ciencias sociales e históricas relativa a ejercicios de historia comparada entre ambos países, es francamente deficitaria. Están presentes también los estudios sobre la historia del sindicalismo en América Latina, desde los trabajos precursores de Robert Alexander, pasando por Víctor Alba, hasta llegar al sugerente texto de Francisco Zapata⁵. En todos ellos, y al igual que en los casos anteriores, la imprescindible generalización propia de un análisis histórico de la naturaleza que proponen, le resta entidad a los casos nacionales. Inevitablemente en este tipo de estudios, la selección de antecedentes y autores tiende a omitir la especificidad de hechos y procesos que vistos en perspectiva comparada resultan esclarecedores o relevantes.

1.1. Presentación de la investigación

1.1.1

A partir de los “Programas de ajuste estructural”, con los que los organismos multinacionales de crédito condicionaron el salvataje de las economías en los ochenta y noventa, la sociedad latinoamericana fue objeto de transformaciones radicales en todas sus esferas producto de la adhesión a la ortodoxia del programa neoliberal. Uno de los ámbitos donde estos cambios impactaron y se manifestaron con especial fuerza, ha sido el del mundo del trabajo. Los programas de ajuste significaron dismantelar parte importante del andamiaje estatal de protección y asistencia social obtenido luego de décadas de luchas sociales –del movimiento obrero en particular–, y desarticularon significativamente sus formas de organización, mermando su relevancia dentro de la sociedad. En la raíz de estos cambios se encuentra el colapso de los patrones clásicos de adscripción y de generalización de intereses. La fragmentación del movimiento obrero y la desorientación de los dirigentes sindicales tradicionales puede entenderse en el marco más general de una crisis de proyecto de los trabajadores. Esta investigación propone examinar, en el discurso sindical actual en Chile y Argentina, la forma en que esta crisis se manifiesta, concentrándose en tres dimensiones específicas: (a) identidad y conciencia de sujeto; (b) programas o proyectos de mediano y largo plazo; (c) prácticas sociales asociadas a la construcción de sujeto –esperado– y a la consecución de sus objetivos político-programáticos.

² Ricardo Sidicaro, “Elementos para un análisis sociológico de las relaciones entre regímenes autoritarios y clase obrera en Argentina y Chile”, en Bernardo Galitelli y Andrés Thompson Editores, *Sindicalismo y Regímenes militares en Argentina y Chile*. Ámsterdam: CEDLA, 1982.

³ J. Samuel Valenzuela, “El movimiento obrero en la transición hacia la democracia: un marco conceptual para su análisis”, en *Desarrollo Económico*, Vol. XXX, N° 119, Buenos Aires, 1990.

⁴ Atilio Borón, “El estudio de la movilización política en América Latina: la movilización electoral en Argentina y Chile”, en *Desarrollo Económico*, Vol. XII, N° 45, Buenos Aires, 1972.

⁵ Francisco Zapata, *Autonomía y subordinación en el sindicalismo latinoamericano*, México: Fondo de Cultura Económica / El Colegio de México, 1993.

Durante las últimas tres décadas, y a partir del denominado “Consenso de Washington”, las políticas de liberalización, privatización y transnacionalización promovidas desde el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional han sido aplicadas por los diferentes gobiernos latinoamericanos. Si bien es cierto estas políticas comenzaron a ser aplicadas durante la vigencia de regímenes de fuerza, en condiciones de total restricción a la opinión soberana de la sociedad, con el retorno a la democracia los lineamientos fundamentales del modelo de sociedad promovido desde dichos organismos, en alianza con los principales gobiernos del mundo desarrollado, han continuado inalterables. Las esperanzas que parte importante de la ciudadanía puso en las nuevas democracias, las exigencias de justicia social y extensión y profundización de la democracia se vieron prontamente frustradas, y aún no logra visualizarse con nitidez la forma y el contenido según el cual los distintos actores de la sociedad civil podrán incidir en el curso de los acontecimientos futuros, más allá de sus potentes irrupciones con las consecuencias que conocemos en países como Argentina, Perú, Ecuador, y más recientemente Bolivia.

La idea central sobre la que se basa la nueva ortodoxia económica que emerge luego de la crisis mundial de los años setenta es que el crecimiento económico y el desarrollo son alcanzables en horizonte de largo plazo en la medida que se realicen los máximos esfuerzos para lograr la eficiencia en la asignación de recursos en el corto plazo. De aquí se desprende que el funcionamiento sin restricciones del mercado es condición imprescindible y necesaria del logro del éxito económico. A la implantación de estas ideas, que como se sabe tienen entre sus mentores a Friedrich Hayek, Milton Friedmann y la Escuela de Economía de Chicago, contribuyó la crisis de la deuda durante los años ochenta, a la que se ha considerado el “caballo de Troya” del neoliberalismo⁶. El salvataje del sistema financiero nacional se condicionó al seguimiento irrestricto de los planes racionalizadores propuestos por el BM y el FMI, consistentes en la privatización de las empresas del Estado, el recorte de funciones del mismo para disminuir el déficit fiscal, y la “modernización” de la estructura productiva nacional para ajustarla a los requerimientos de la competencia en los mercados mundiales.

Esta investigación se ha situado sobre el terreno de la crisis de los actores sociopolíticos, y de los proyectos asociados a ellos. Se indaga en la forma según la cual el sindicalismo de los noventa percibe e incorpora las nuevas condicionantes mencionadas, interpelando directamente al tipo de globalización en vigor, al programa neoliberal y a la naturaleza de las transiciones pactadas y sistemas políticos que emergieron después de las dictaduras militares de los setenta y ochenta.

1.1.2. Problema:

A partir de los años setenta, con la nueva división internacional del trabajo, y luego con la adopción del recetario neoliberal, los países de la región han visto realizarse modificaciones sustanciales en todas las dimensiones de la vida social. La terciarización de la economía, la apertura indiscriminada a los mercados externos, la alteración en la estructura de clases, la inversión externa transnacional y la creciente adopción de

⁶ Jacobo Schatan, *El Saqueo de América Latina. Deuda Externa, Neoliberalismo y Globalización*, Santiago: LOM y ARCIS, 1998.

tecnologías que modificaron severamente los procesos de trabajo en todos los niveles de la estructura del empleo y la producción, han sido procesos cuya convergencia ha significado drásticas transformaciones en los patrones de adscripción, constitución social y de generalización de intereses en los actores sociales. En el caso de lo que conocemos como movimiento obrero organizado, los procesos descritos han llevado al sindicalismo clásico –de matriz populista– a una situación de crisis, en la medida que las bases mismas de constitución de identidad, las prácticas sociales asociadas a ella, junto a los proyectos que tales sujetos representaron y enarbolaron –sin omitir el impacto de las políticas de disciplinamiento por la violencia del Estado que representaron las dictaduras militares– han pasado a ser extemporáneas, puesto que su potencial de sentido –de orientaciones para la acción–, su potencial convocante y movilizador, perdió toda vigencia. ¿Cómo el sindicalismo de Argentina y Chile ha procesado tal crisis? ¿La crisis de legitimidad y representación sociales del sindicalismo ha tenido como correlato un replanteamiento de envergadura en sus discursos? ¿Qué sentido tiene el neoliberalismo y la globalización para el discurso y la conciencia sociopolítica actual de tales actores? O más específicamente, ¿cuáles son las nociones de los actuales dirigentes sindicales –y cómo ésta se expresa– respecto a los nuevos requerimientos y condiciones que el modelo neoliberal impone a la constitución de actores sociopolíticos? De acuerdo a los dirigentes y sus centrales sindicales, ¿en qué elementos es factible reconocer continuidad, y en cuáles es perceptible el cambio respecto de la situación prevaleciente hace dos o tres décadas? ¿Cuáles son las respuestas y desafíos que ellos se han planteado para superar las trabas del modelo actual a la constitución social de alternativas? ¿Cuáles son las nuevas identidades que emergen desde el mundo social (o mejor dicho desde los trabajadores, desempleados, sub-ocupados), las prácticas sociales vinculadas a los –eventuales– nuevos horizontes utópicos o político-programáticos emergentes? De acuerdo a todo lo anterior, ¿cuáles son las similitudes y diferencias entre el discurso sociopolítico sindical de Chile y Argentina?, Y finalmente, ¿cómo se relacionan los cambios históricos de las últimas décadas con la trayectoria sindical actual? ¿Cuáles son los condicionamientos, en prioridad y profundidad, a los que el actor se ha visto sometido? O dicho de otro modo, ¿hasta qué punto las estructuras sindicales nacionales se ve constreñidas o determinadas por los cambios estructurales? ¿Cuáles son o pueden ser sus márgenes de autonomía?

1.1.3. Objeto de Estudio:

El relato oral –o el discurso– de las principales centrales sindicales de impacto o carácter nacional de Chile y Argentina, visto por intermedio tanto de los planteamientos de algunos de sus dirigentes principales, como de la documentación más reciente y/o relevante producida por tales organizaciones y/o dirigentes (discursos, comunicados de prensa, documentos de trabajo o programáticos), en lo que se refiere a las siguientes dimensiones: (a) identidad y conciencia de sujeto, características constitutivas o aspiraciones de representación; (b) sus proyectos o programas –en horizonte de mediano y largo plazo–; y (c) las prácticas sociales asociadas a la consecución de sus objetivos político-programáticos.

1.2. Objetivos

1.2.1. Objetivo General

Indagar en la forma según la cual las distintas centrales y corrientes sindicales –de carácter o impacto nacional– de Argentina y Chile han reflejado, asumido y procesado en su imaginario y subjetividad las nuevas condiciones y tendencias prevalecientes en el mundo y la región –la mundialización de la economía y la imposición de la ortodoxia neoliberal–, considerando el carácter pactado de las transiciones post-autoritarias del cono sur, con relación a los patrones de comportamiento, los componentes identitarios y los contenidos político-programáticos que constituyen su horizonte orientador.

1.2.2. Objetivos Específicos

a) Desarrollar una introducción que sirva de marco contextual al tema de estudio. Se trata de reseñar el debate historiográfico en Argentina y Chile sobre la materia.

b) Caracterizar en el discurso de las organizaciones de trabajadores la forma en que definen su identidad en tanto sujeto, y las características de su sector.

c) Indagar, comparativamente, en el impacto que ha tenido la crisis de legitimidad, participación y representación de los actores sociales para el sindicalismo. Se trata de evaluar cómo el sindicalismo plantea superar las condiciones de ruptura de los patrones clásicos de adscripción social y política y de generalización de intereses.

d) Efectuar un análisis comparativo entre las propuestas programáticas actuales del sindicalismo chileno y argentino.

e) Evaluar las características y magnitudes de las diferencias en materia político-programáticas, identitaria, y de prácticas sociales, entre las distintas centrales obreras y al interior de las mismas en cada país.

f) Evaluar las características y magnitudes de las –eventuales– diferentes visiones que presentan sobre el tema los sindicalismos chileno y argentino.

g) Caracterizar, sobre la base de los –eventuales– nuevos contenidos programáticos y de las nuevas prácticas sociales emergentes, la manera en que se reconfigura en la actualidad el esquema de relación Estado–Sociedad imperante en décadas pasadas, desde la óptica de la conciencia / discurso que los trabajadores.

1.3. Estrategia Metodológica

La principal herramienta de investigación tiene que ver con la aplicación de las técnicas de la historia oral. A este respecto, cabe señalar que el protagonismo de la cuestión social latinoamericana, la lenta politización de las clases populares, la participación cada vez más frecuente –y muchas veces heroica– en los asuntos públicos, antecedieron largamente los primeros esfuerzos serios y sistemáticos de registrar y dar cuenta de la dinámica de dichos actores. Si este problema tiene hoy ribetes menos graves y

dolorosos, en la actualidad ha sido desplazado por otro de similar relevancia: la escritura, registro y estudio de las experiencias con capacidad de positividad histórica –real, o potencial– deja a un lado los actores, tendencias y fenómenos que colapsaron. Problema aún mayor cuando se trata de escribir sobre la historia del presente. Según lo ha definido Arostegui, “la historia de lo coetáneo, la historia del tiempo presente significa, en definitiva, y como punto de partida para su definición, la construcción y, por tanto, la explicación, de la historia de cada época desde la perspectiva de los propios hombres que la viven. La historia del presente es la historia de una edad cualquiera escrita por los coetáneos. En ese sentido es una categoría histórica y en forma alguna un período”⁷. Parece claro que una investigación como ésta, situada en la perspectiva de la historia del presente, tiene consecuencias sobre el uso del instrumental de técnicas disponibles en la investigación historiográfica, requiriendo, en consecuencia, la aplicación de las técnicas de la historia oral: entrevistas directas en primer lugar, y el recurso a fuentes secundarias como periódicos, revistas, o artículos relativos a las temáticas en discusión, donde se registra la narrativa y oralidad de los propios actores.

Por otra parte, es preciso destacar que el intento de una perspectiva comparada de la historia presente en estos países, exhorta dejar de lado una comprensión de la temporalidad ligada a las cronologías. El presente en estos países está marcado por la experiencia de procesos comunes, y por el despliegue por parte de los actores sociopolíticos de estrategias similares, basadas en muchos casos en lecturas que si bien partieron de hechos diferentes, terminaron asemejando las trayectorias históricas y sus resultados.

En este sentido, los registros fundamentales a considerar en la investigación corresponden a dos órdenes distintos. Los primeros son las entrevistas en profundidad con los líderes y dirigentes obreros de las diferentes centrales de trabajadores en cada país, a la vez que con los liderazgos representativos de las distintas visiones existentes al interior de las mismas. Esto último se presenta nítidamente en el caso de Chile, donde para la Central Unitaria de Trabajadores (CUT), es necesario entrevistar a dirigentes representativos de las principales corrientes históricamente relevantes. De esta forma es preciso considerar a la corriente afín al Partido Demócrata Cristiano (PDC), al Partido Socialista (PS), los comunistas (PC), y la corriente autonomista⁸ (vinculados al movimiento “La SurDa” y similares). Por cierto, será preciso considerar a la recientemente constituida Central Autónoma de Trabajadores (CAT), generada como una alternativa a la CUT.

En el caso de Argentina, será necesario indagar en el discurso de las cuatro centrales o fracciones del movimiento de trabajadores más relevantes en ese país durante las movilizaciones del último tiempo. Nos referimos a la Confederación General del Trabajo “oficial” (CGT Daer); la CGT “disidente” (Moyano, también conocida por MTA);

⁷ Julio Arostegui, “Reflexiones sobre la historia del presente (presupuestos de un análisis histórico de nuestro tiempo)”, en *Passat i present, claus d'interpretacio*, Barcelona, 1998, p. 96.

⁸ O bien, independiente. Estamos pensando en la importancia que para el sindicalismo chileno ha tenido la corriente vinculada históricamente a la figura de Clotario Blest.

la CTA, encabezada por Víctor De Gennaro; y el movimiento Corriente Clasista Combativa –CCC–uno de cuyos máximos dirigentes es Carlos “Perro” Santillán. La emergencia del denominado movimiento piquetero durante los noventa, y la adscripción de parte de éste en los referentes sindicales, como es el caso de la CTA (y la presencia a su interior de la FTV, Federación de Tierra, Vivienda y Hábitat, y de otros agrupamientos similares) y la CCC, impone la necesidad de hacer mención a éste en el análisis sobre la condición actual del sindicalismo argentino. Ello, en la medida que dicho actor, en mayor o menor medida, reclama un espacio desde una concepción de identidad ligada históricamente a las tradiciones y memoria de la clase trabajadora argentina.

En el análisis del discurso sindical frente a cada tema, habrá que evaluar *in situ* la eventual unidad discursiva, aquella parte del discurso que prevalece, tanto respecto del movimiento sindical en general, como –en el caso argentino– al interior de cada central en particular.

En segundo lugar, interesa indagar en la documentación producida por estas centrales obreras, y/o por sus distintas corrientes o fracciones, a fin de observar las características de su discurso sociopolítico, en las dimensiones que refieren a identidad, proyectos y prácticas sociales. Consideramos explorar además en ensayos o trabajos de investigación producidos por centros de estudios afines o dependientes a las centrales sindicales, o en intelectuales en similar condición.

Finalmente, se hará uso de fuentes secundarias provenientes de la investigación histórica y de otras disciplinas, tanto de aquellas que aportan desde el punto de vista de las fuentes de historia oral, como de aquellas que ofrecen interpretaciones sobre el período y análisis históricos, sociológicos o de otro tipo, relativos al tema.

2. Marco conceptual

A continuación se presentan las definiciones de un conjunto de conceptos, que han actuado en el marco de esta investigación como ejes ordenadores de la estrategia de investigación aplicada durante su desarrollo. El proyecto se ha planteado en el marco del problema más general en torno a los procesos de emergencia y clausura de subjetividades. Por tal motivo, partimos de una noción de subjetividad que la define como el conjunto de condiciones que hacen posible que instancias individuales o colectivas estén en posición de emerger como territorio existencial auto-referencial, en adyacencia o en relación de delimitación con la alteridad, ella misma subjetiva⁹.

Siguiendo a De la Garza, el problema de las subjetividades en el mundo del trabajo reconoce por lo común soluciones de dos tipos –tanto en lo relativo a sus presupuestos teóricos que en lo relacionado con las estrategias metodológicas–. La primera es la estructuralista, que supone que la situación en las estructuras determina subjetividades y formas de acción. En esta línea, es la sociedad y sus estructuras la que conforman al

⁹ Félix Guattari, *El devenir de la subjetividad*, Santiago de Chile: DOLMEN, 1998.

individuo. La segunda solución es la del actor racional (*rational choice*). En ésta el individuo abomina de las estructuras al actuar motivado por el afán de obtener el máximo beneficio en cada jugada, utilizando los recursos con que cuenta y previendo que los otros jugadores (individuos como él) se comportan de la misma forma.

Estas alternativas, para De la Garza, son insatisfactorias. Por un lado se tiende a sobredeterminar el papel de la sociedad en la conformación de las identidades individuales y colectivas. Así, el cambio o la transformación social aparecen como consecuencias o efectos de la dinámica de las estructuras, que operan sin arraigo en voluntades construidas al margen de ellas mismas. Emerge el “libreto” de la historia, donde los actores cumplen roles establecidos por la racionalidad histórica. En la segunda alternativa descrita, las identidades colectivas son resultado de la sumatoria de identidades individuales. Así también, la propia identidad aparece como un accesorio intercambiable por otro de la misma naturaleza, en la medida que asegure un beneficio mayor para el individuo. Las subjetividades pierden entidad, y la propuesta no resulta verosímil con la perdurabilidad que ellas exhiben en todas las sociedades.

Para comprender los procesos de constitución y clausura de subjetividades en la sociedad contemporánea, es necesario admitir, a pesar de los planteamientos de autores como André Gorz, Claus Offe o Jeremy Rifkin, que la “sociedad capitalista sigue siendo [...] una sociedad de asalariados. Con todo y sus transformaciones el trabajo capitalista sigue caracterizado por el comando (aunque con nuevas formas) del capital; por la división del trabajo (aunque diferente a la taylorista), y por la cooperación entre hombres en el proceso productivo para lograr los objetivos de la producción”¹⁰.

En esta misma línea, investigaciones han demostrado que el proclamado “fin del trabajo”, incluso en los países que han servido de ejemplo para sostener dichas argumentaciones, está lejos de concretarse como realidad. En los Estados Unidos se observa un crecimiento global y *per cápita* del volumen de horas trabajadas, además de un incremento del número absoluto de personas ocupadas y de horas de trabajo en los países de la OCDE. Por tanto, el desempleo estructural o la histéresis (base de los argumentos del fin del trabajo) debería explicarse, según propone Neffa, por el hecho que la tasa de crecimiento de la PEA es superior a la del empleo¹¹.

En consecuencia, lo prudente parece ser el reconocimiento de las transformaciones en el trabajo durante las últimas décadas, pero sin llegar a declarar su extinción o muerte. Esto no debe, por otro lado, llevarnos a escamotear la discusión respecto a la importancia de las experiencias de trabajo en la constitución de identidades y subjetividades, en un contexto donde se reconoce o descubre la relevancia de los diferentes mundos de vida (medios de comunicación, consumo masivo, ocio, familia, etnia, nación, entren otros) en dichos procesos. Como lo ha señalado De la Garza, las preguntas deben orientarse a identificar y ponderar si la compartimentación entre los mundos de vida y la extrema

¹⁰ Enrique De la Garza Toledo, “Trabajo y mundos de vida”, en Hugo Zemelman y Emma León (coordinadores), *Subjetividad: umbrales del pensamiento social*, México: UNAM y Anthropos, 1997, p. 89.

¹¹ Julio César Neffa, “Presentación del debate reciente sobre el fin del trabajo” en *El trabajo del futuro. El futuro del trabajo*, en Enrique De la Garza Toledo y Julio César Neffa (compiladores), Buenos Aires: CLACSO, 2001.

heterogeneidad de la clase trabajadora se presentan como un obstáculo insalvable para la emergencia de identidades.

En vez de hablar de procesos de conformación, el autor prefiere referirse a la configuración de la identidad. En este concepto se releva y admite la discontinuidad, la incoherencia y la contradicción en las subjetividades, contra el concepto homogéneo y sólido que aún prevalecía al respecto.

Por esto, el propio concepto de sujeto es cuestionado. Ya no debe ser concebido como un ente transparente, absoluto y soberano, sino como todo lo contrario. Ello no debe inhabilitarlo para emprender tareas o apropiarse de la historia, pero las subjetividades emergentes siempre están en tensión con subjetividades fragmentadas, contradictorias, no unitarias, atravesadas por elementos irracionales y conflictivos, “subjetividades que se desplazan y aglutinan en torno a un proyecto, a un ideal o a un líder, pero constituidas con la materia prima de múltiples redes grupales de pertenencia”¹².

Según lo ha planteado Zemelman, “lo racional y lo irracional debe ser reconceptualizado desde la óptica de una historicidad que no reconoce esas diferencias, pues la subjetividad social constituyente nos coloca fuera de los límites de un discurso intelectual organizado en base de un concepto de científicidad que parece no tener relevancia en su plano”¹³.

Pensar en la subjetividad que se referencia en torno de un proyecto colectivo implica pensar en distintos niveles, y en la forma como estructura y individuo se articulan en un espacio y tiempo específicos. En la construcción y fragilidad de los proyectos, y sus procesos, “se hacen presente tensiones entre una búsqueda de identidad absoluta con lo concebido, pretendiendo que éste responda al modelo ideal de los sujetos en juego, y la frustración que conlleva el reconocimiento de la diferencia que se introduce a través de las divergentes subjetividades presentes. La creencia en un consenso supone un sistema de ideales compartidos que implica, generalmente, el riesgo del sometimiento a un poder alienante que paraliza el pensar. De este modo queda expulsada la inseguridad y la incertidumbre, pero el orden establecido queda intacto, no puede ser cuestionado sin una actividad de desidealización necesaria para poder replantear lo ya instituido”¹⁴.

En este sentido resulta más pertinente hablar de los proyectos como algo transitorio, en permanente renovación (o involución) y búsqueda de su completitud. A menos que la ilusión totalizadora, que emerge como una opción por disminuir la incertidumbre, termine primando y obstaculice la emergencia de las nuevas subjetividades en construcción en el proceso de configuración del proyecto.

Todo lo anterior conduce a pensar la subjetividad como algo que se constituye en

¹² Lidia Fernández y M^a Eugenia Ruiz Velasco, “Subjetividades emergentes, psiquismo y proyecto colectivo”, en Hugo Zemelman y Emma León (coordinadores), *Subjetividad: umbrales del pensamiento social*, México: UNAM y Anthropos, 1997, p. 97.

¹³ Hugo Zemelman, “Sujetos y subjetividad en la construcción metodológica”, en Hugo Zemelman y Emma León, op. cit., p. 24.

¹⁴ Fernández y Ruiz, op. cit., p. 99.

varios niveles de la praxis, siendo la representación que el sujeto tiene de sí mismo un momento y proceso fundamental al mismo. Las tensiones entre sus componentes serían parte constitutiva de la dinámica de realización de la subjetividad, y donde fundamentalmente se reconocen los planos de la memoria (reconstrucción del pasado), la praxis (apropiación del presente), la utopía (apropiación del futuro), y la representación que el sujeto tiene de todo este proceso gracias a su conciencia. Siguiendo a Guerra, “La tensión existente entre estos cuatro planos (la memoria, la praxis, la utopía y la representación) vincula la dinámica de la subjetividad, en primer lugar, a la relación de apropiación que el sujeto mantiene con aquello que le determina; en segundo lugar, al mundo conformado por las necesidades; en un tercer momento al reconocimiento de opciones (direccionalidades) para satisfacer estas necesidades, en base al desarrollo de la capacidad para construir proyectos (reconocer opciones viables o alternativas de sentido); y finalmente a la conciencia e interpretación que el sujeto tiene de su realidad”¹⁵

Es la naturaleza pluridimensional o rizomática, como diría Guattari, de la subjetividad, lo que le posibilita ejercer en diferentes contextos los diferentes componentes de su identidad, “destacando algunas de ellas y eclipsando a las demás”. Es así como podemos identificar a un sujeto o subjetividad en distintos contextos, y a una subjetividad en tránsito por distintas fases de desenvolvimiento.

Como lo ha planteado Guattari, “en lugar de definir la subjetividad en términos de significativo, como estuvo de moda en la época del lacanismo, para dar cuenta de estos fenómenos de subjetividad contemporánea me parece esencial cartografiar la subjetividad, no sólo a través de flujos –flujos de lenguaje, flujos no verbales, de cuerpo, de espacio, etc.– sino también a través de territorios existenciales, cristalización de identidades a las cuales uno pertenece, porque de alguna manera uno se funde dentro de ellas. Es como si se hiciese una inmersión caosmótica en estos territorios existenciales –los territorios existenciales del cuerpo, de la definición personalógica, de la relación con el otro, con el grupo– y que éstos entraran en un proceso de coagulación”¹⁶.

Se trata, siguiendo a este autor, de asignarle a lo subjetivo un carácter más permanente, más sólido y en definitiva más relevante que el que se le atribuyó hasta el momento en las ciencias sociales. Es decir, observar y reconocer el poder constituyente (parafraseando a Negri) de la subjetividad en la sociedad contemporánea.

Todo esto exige pensar en la realidad histórica como la articulación entre historicidad y subjetividad, es decir, como la relación entre el movimiento interno constitutivo de lo concreto y la capacidad de construcción desde lo potencial¹⁷.

El propio concepto de política está siendo interpelado a través de estas consideraciones. El concepto gramsciano de la política como historia contemporánea

¹⁵ Carlos Guerra Rodríguez, “Hacia una sociología del sujeto: democracia y sociedad civil”, en Hugo Zemelman y Emma León, op. cit., p 114.

¹⁶ Guattari, op. cit., p. 37.

¹⁷ Hugo Zemelman, op. cit.

lleva a Zemelman a afirmar que ésta se desenvuelve en relación a los sujetos, sus prácticas sociales y proyectos, y su desarrollo está mediado por la manera en que tales sujetos pugnan y entran en conflicto para “dar una dirección a la realidad en el marco de opciones viables”¹⁸. Si bien la pesquisa o seguimiento de los actores no se agota en los discursos, parece necesario detenernos en la conciencia, mentalidad o discursos de las organizaciones de trabajadores y a través de ellos indagar en las dimensiones que caracterizan y determinan su multidimensional identidad. Por intermedio de los discursos, indagar en la conciencia histórica de los trabajadores resulta relevante por cuanto ésta “asume al carácter de un principio de activación de la materia socio-histórica y cultural”. La conciencia como principio de activación se convierte en una actitud ante la historia, que incluye aspectos culturales y psicológicos, hasta convertirse en sentido común¹⁹. El contenido que ésta asuma “tiene que devenir en una forma pública y manifiesta de cultura como exigía Gramsci”²⁰.

De ahí que “la política es la capacidad social de re-actuación sobre circunstancias determinadas para imponer una dirección al desenvolvimiento socio-histórico [...] Lo pertinente a lo político es la determinación de lo que es posible de ser transformado por medio de las prácticas en el interior de este campo; por eso su contenido específico es la realidad objetiva como contenido de la dirección de cambio que se imprime a ella por las fuerzas actuantes según la naturaleza propia de éstas”²¹. Desde el ángulo del actor, en este caso los trabajadores (organizados), “lo político constituye una forma de pensar la realidad histórica según el modo cómo se ha ido estructurando la conciencia social, [...] es una forma de pensar situada en la perspectiva de una exigencia de futuro que se quiere transformar en realidad concreta, de ahí que se requiera de conceptos como proyecto y viabilidad por reflejar estos una visión de la realidad como construcción”²².

¹⁸ Hugo Zemelman, *De la historia a la política. La experiencia de América Latina*, México: Siglo XXI y Universidad de la Naciones Unidas, 1989, p. 67.

¹⁹ Guattari manifestaba que, sus antecedentes sobre América Latina, “me hacen pensar que existen fuertes capacidades de resistencia a lo que llamo el laminado capitalístico de las subjetividades. Por tradición de lucha, por sobrevivencia étnica, por la enormidad de los problemas ecológicos, demográficos, urbanísticos, etc. Me he interesado, por ejemplo, en seguir la experimentación de una nueva forma de organización en Brasil con el Partido de los Trabajadores. No es algo perfecto, pero marca una voluntad de repensar las relaciones entre la acción política y los problemas locales; las relaciones entre religión y laicidad entre hombre y mujer, blanco y negro, etc. Demasiado a menudo, los modelos ideológicos de organización provinieron de Europa. Quizás deba invertirse la dirección. No entiendo la fascinación de muchos intelectuales latinoamericanos por la cultura del ‘norte’. Me parece que el laboratorio del futuro está en América Latina y que es aquí donde se debe tratar de pensar y experimentar” (Guattari, 1998: p. 70).

²⁰ Hugo Zemelman, 1989, op. cit., p. 69.

²¹ Op. cit., p. 30.

²² Op. cit., p. 37.

II. Sujetos, dinámicas y proyectos en el debate historiográfico

La historia social en general, y la historiografía sobre los trabajadores en particular, presenta, en Argentina y Chile, diferencias en su génesis, evolución, como en su vínculo con los propios actores sociales que historiaban. Si en la actualidad la producción, vista a través de las publicaciones y autores interesados en el campo temático, parece abundante, y los estudiosos y analistas se pasean tanto por temáticas como por enfoques diferentes en su tratamiento del “objeto” de estudio, este hecho contrasta con las limitaciones que tuvieron las aproximaciones al tema en el pasado. En el presente, el ambiente similar de “apertura” de enfoques y marcos teóricos –observable en ambos países–, y el consecuente debate abierto al respecto, donde el diálogo entre las distintas disciplinas de las ciencias sociales ha sido un factor de estímulo a la producción historiográfica, es resultado tanto de la propia dinámica que tomó la historia en tanto disciplina dentro de los centros universitarios, de las preocupaciones que asumía como propias, y del vínculo (y repercusiones) que la universidad, y las escuelas de historia dentro de ella, establecían con las dinámicas sociopolíticas en cada país.

La proliferación de autores y enfoques, en particular durante los últimos treinta años, han hecho que la historiografía se haya abierto a la consideración de temáticas, preocupaciones y enfoques que han aportado sustantivamente a iluminar los procesos de conformación y primeros conflictos de la clase trabajadora organizada. También, y a partir de los años sesenta, las ciencias históricas junto con otras disciplinas como la sociología,

los estudios culturales o las ciencias políticas, se han involucrado en la empresa de indagar aquellos aspectos más oscurecidos en los estudios precedentes, como la naturaleza y dinámica social de los segmentos laborales no organizados o representados por los grandes íconos de las luchas obreras, las características culturales de los diversos segmentos de la clase trabajadora, las trayectorias sectoriales, la huelga y la conflictividad, el mundo rural, las condiciones de vida de los sectores populares, entre otros.

Sin embargo, y siguiendo a Rojas F., en el ejercicio de la crítica respecto de la historiografía precedente “no se [la] puede responsabilizar de manera simplista (...) de una insuficiencia metodológica o de una sobreideologización. El fenómeno era más complejo, y se enraizaba en la propia representación que la clase obrera se había construido de sí misma (o digamos con mayor precisión, un sector de ella), creando un discurso sobrecargado de obrerismo redentor. Varios historiadores-militantes se sumaron a esa visión y ayudaron a consolidarla (...). La interpretación que hizo del pasado proyectó sus valores y su ideología, reconstruyendo su trayectoria y, de paso, inventando su propia historia. Lo que leemos de la historiografía clásica es la expresión más clara de los sueños y esperanzas de una época y de un sector social en particular”²³. Si bien esta prevención se dirige al caso específico de la nueva historiografía chilena, consideramos que resulta válida para aproximarse también a la producción histórica argentina.

En el caso de Chile, los trabajos fundadores de los historiadores de la clase obrera²⁴ (Julio César Jobet, Jorge Barría, Hernán Ramírez Necochea, Marcelo Segall, incluso el mismo Fernando Ortiz), enfatizaban en el período heroico de la clase obrera buscando el hilo de continuidad con las opciones políticas contemporáneas a las que las organizaciones de la clase adscribían en los años cincuenta o sesenta. Así también, estos trabajos, si bien aportaron sustantivamente a abrir el campo de estudio sobre los sectores populares dentro de la disciplina, y contribuyeron asimismo a institucionalizar dicha línea de investigación dentro de los centros académicos, por otro lado ayudaron a cimentar algunas imágenes o percepciones acerca de la dinámica de las organizaciones laborales que opacaban la importancia de otros procesos, tan o más relevantes para la explicación del devenir histórico de la clase trabajadora. Nos referimos a aspectos tales como la valoración –o el impacto– de las ideologías revolucionarias en el seno de la clase obrera, la naturaleza de su vinculación con los partidos de elite o las clases medias, o las posibilidades de transformación que su práctica efectiva, más allá de sus discursos, tuvieron en la dinámica de la evolución histórica del país. Las citadas imágenes son aquellas que, por ejemplo, proponían la homogeneidad de la clase obrera, tanto en su composición social como en sus ideologías, o la radicalidad verificada en su evolución desde sus antecedentes mutualistas o mancomunales hasta la clasista CUT.

²³ Jorge Rojas F., “Los trabajadores en la historiografía chilena: balance y proyecciones”, en *Economía y Trabajo*, N° 10, Santiago, 2000, p. 101 y 102.

²⁴ Seguimos aquí la categorización propuesta por Rojas en el texto ya citado. Para Rojas, autores como Moisés Poblete Troncoso, Domingo Amunátegui Solar, Ángel Calderón Barra, Aristodemo Escobar Centeno, corresponden a los precursores de la historiografía laboral en el país. En ellos, a pesar del olvido en que se encuentran, de alguna manera se prefigura el debate posterior.

Así también, los pretendidos quiebres de la nueva historiografía con la clásica, a veces resultan extremados por otras circunstancias ajenas a la producción histórica misma o a los hallazgos puestos en el debate. Por ejemplo, en relación a la importancia de la organización de los artesanos durante la segunda mitad del siglo XIX. Si Ramírez Necochea los consideraba como “antecedentes” o preparación de las organizaciones propiamente sindicales y clasistas, Sergio Grez estima que dicho sector social efectivamente logró constituir un proyecto (la regeneración del pueblo) que marcó profundamente el devenir posterior dentro los sectores asalariados o trabajadores en el país. En ambos autores, sin embargo, permanece el interés por buscar en el mismo sector social las explicaciones, motivos o condicionantes del perfil, carácter o discursos de los trabajadores ya durante la plena vigencia del sistema capitalista en el país. Del mismo modo, y esto probablemente no parece tan evidente, en ambos casos subsiste la pretensión de encontrar en los actores del mundo popular las ideas y basamentos de una práctica y un proyecto, si no antagónico, por lo menos reñido con el desenvolvimiento del modo capitalista de producción. Este es el caso también de autores como Gabriel Salazar o María Angélica Illanes. Para el primero²⁵, los sectores populares han sido portadores de un proyecto antitético al proyecto de las elites dominantes en el país, consistente en una suerte de empresarialidad popular, y basado en ideas de solidaridad y cooperación. En dicho proyecto los actores populares no necesitaron de un partido político, ni de la adscripción a las ideologías revolucionarias foráneas. Este resulta ser el hecho que explica, para Salazar, la conflictividad social de finales del siglo XIX –rebeldía peonal– y las primeras décadas del XX –protesta laboral-sindical–: la resistencia encontrada por los sectores populares al desarrollo de su proyecto de autonomía. Para la segunda²⁶, y de forma complementaria a las ideas de Salazar, la resistencia de los peones y gañanes del Chile central y el norte chico en el siglo XIX a la asalarización y a la disciplina propia del régimen de trabajo capitalista, y verificada en acciones de bandidaje y robo, como también a través de episodios de rebeldía espontánea, estarían mostrando una cierta vitalidad comunitaria, no capitalista, que se orientaba en forma casi intuitiva hacia un proyecto de corte socializante.

Marcando los límites de estas proposiciones, Rojas plantea que, si bien la proletarización fue un fenómeno resistido por segmentos no despreciables de obreros, es justo preguntarse: “¿acaso la realidad del peonaje libre fue una verdadera opción para los sectores populares? Además, ¿las consecuencias laborales de la modernización capitalista fueron aceptadas finalmente con resignación y nunca con cierto nivel de satisfacción?”²⁷.

El golpe militar en Chile, el fracaso del proyecto de la Unidad Popular, centrado –en lo político como en lo discursivo– en el papel prominente de la clase trabajadora

²⁵ Ver del autor, *Labradores, peones y proletarios*, Santiago: SUR, 1985.

²⁶ Consultar de María Angélica Illanes, “Azote, Salario y Ley. Disciplinamiento de la mano de obra en la minería de Atacama (1817-1850)”, en *Proposiciones*, N° 19, Santiago, 1990. También, “Marginalización y desmarginalización en el movimiento popular”, en *Proposiciones*, N° 24, Santiago, 1994.

²⁷ Jorge Rojas, op. cit., 2000, p. 76.

organizada en la construcción del socialismo, se constituyó en uno de los factores más importantes a la hora de revisar las tesis de la historiografía sobre los trabajadores. En consecuencia, y dado que dicho proyecto enfatizaba en el rol de un cierto modelo de clase obrera, adscrito a una cierta ideología, algunos historiadores comenzaron a buscar en otros actores la vitalidad revolucionaria frustrada en la experiencia habida hasta 1973. Apuntalados teóricamente en historiadores como Hobsbawn, Thompson o Rudé, pero también con lecturas de intelectuales como Touraine, se acuñó y popularizó el concepto de “sectores populares”, en algunos casos como complemento, y en otros en franca oposición al concepto de “clase trabajadora”. Por ejemplo, en el trabajo reciente de Salazar y Pinto²⁸, se utiliza el concepto de “sujetos populares”. Aquí, lo relevante es elaborar una noción basada en dos experiencias de largo aliento, que se estima constitutivas del sujeto pueblo: una de ellas es la pobreza, en tanto condiciones de existencia vital, y contexto donde se han desarrollado experiencias de auto-organización; la otra es la dominación, entendida como forma de subordinación de la autonomía y la libertad individual y colectiva al poder –a veces omnímodo– de las elites nacionales.

A diferencia de Chile, en Argentina los primeros trabajos históricos sobre la clase obrera tenían por autores a los propios integrantes de dicho movimiento. Diego Abad de Santillán, de filiación anarquista, Jacinto Oddone, socialista, Rubens Iscaro, comunista, Sebastián Martota, sindicalista, Alfredo López, primero socialista y luego peronista, escribieron sobre algunos pasajes relevantes de la historia de los sindicatos y organizaciones de resistencia en las primeras décadas del siglo XX. A diferencia de sus pares chilenos, en este caso se trataba de autores que no provenían de las aulas académicas, y que por lo mismo eran criticados o poco considerados por su falta de rigor en la disciplina y su extremo compromiso militante. En todos los casos, en sus textos predominaba la narrativa fáctica y el sesgo propio de la óptica militante que tendía a desvalorizar otros fenómenos de relevancia no adscritos en el campo de acción militante. Como lo ha planteado Iñigo Carrera, “la historiografía sobre la organización sindical y política de los trabajadores en la Argentina existe y se remonta mucho más atrás que la década de 1960, cuando el tema irrumpió en algunos espacios universitarios. Esa historia fue escrita por militantes del movimiento obrero, de distintos orígenes sindicales y políticos, aunque manteniendo ciertas características de la historia académica: narrativa de hechos cronológicamente ordenados”²⁹.

La “década infame” de 1930 vino, según Halperín Donghi, a constituir un impulso a la renovación de los estudios históricos, y autores como Diego Luis Molinari y Emilio Ravignani “buscaron en estilo muy diferente ampliar el frente de ruptura con una tradición historiográfica que reprochaban, a la vez que su metodología solo aproximativa, su frecuente servidumbre a finalidades patrióticas o facciosas”³⁰. Sin embargo, según el autor, prontamente estos esfuerzos se vieron frustrados, y los veinticinco años que

²⁸ Gabriel Salazar y Julio Pinto, *Historia contemporánea de Chile*, Volumen 2, Santiago: LOM, 1999. En particular del tomo II, “Actores, identidad y movimiento” (escrito por el propio Pinto, Azún Candina y Robinson Lira), ver el capítulo 3, “El sujeto popular”.

²⁹ Nicolás Iñigo Carrera, “Movimiento, contradicción y enfrentamiento social: ¿qué hemos aportado los historiadores al conocimiento de la historia de los trabajadores en Argentina?”, en *Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo*, N° 13, año 7, 2001.

comprenden el inicio de la que él denomina “crisis Argentina” (1930) a la caída del primer peronismo (1955), están caracterizados por la supervivencia de la disciplina a costa de “ofrecer garantías de su total irrelevancia al presente y al futuro, limitando sus perspectivas a aquellas que los poderosos de turno juzgasen inofensivas”³¹. Con todo, paradójicamente el derrumbe del régimen de Perón puso un fin inesperado a la cerrazón ideológica de la restauración conservadora de los años treinta, preservada durante los años cuarenta y hasta el 55 por el peronismo³². Es este predominio conservador al interior de las universidades durante cerca de 25 años el que ayuda a entender la escasísima atención dada a la historia laboral, aún durante la década que logró elevarlos al centro de la escena social y política del país (1943-1955). De la década peronista se destacan textos con carácter de divulgación, o más propiamente de propaganda proclive al régimen, que no tienen valor historiográfico, salvo para realizar estudios sobre las ideas políticas y la ideología. Por otro lado, intelectuales afines a los partidos socialista y comunista eran parte del desconcierto generalizado que invadió a dichos partidos durante casi todo este período, y salvo momentos excepcionales, no salieron de su caracterización del peronismo como régimen reaccionario, corporativo, fascista, llegando a acuñar el concepto de nazi-peronismo (como lo denominó el PC en un primer momento)³³.

Al fin del predominio conservador, herencia de la infame década del treinta, como factor de estímulo a la investigación sobre los trabajadores, Iñigo Carrera agrega el contexto mundial de luchas de liberación nacional en distintos países del mundo, y por cierto, el impacto de la Revolución Cubana en 1959. En todo caso, tanto Iñigo Carrera como Halperín Donghi destacan que en el proceso de renovación historiográfica y de auge en los estudios del trabajo, el diálogo interdisciplinario entre la historia y la sociología tuvo un lugar relevante. En efecto, “aparecieron nuevas historias, con características semejantes a las más antiguas, realizadas por militantes sindicales y políticos; y el tema instalado en el ámbito de las ciencias sociales, fue más bien patrimonio de sociólogos, devenidos historiadores o no”³⁴. Las investigaciones acerca de los orígenes del peronismo, como sobre los hechos del 69 (Cordobazo, Rosario, etc.) fueron obra de sociólogos. Para Halperín Donghi en tanto, el influjo de la sociología es contemporáneo al planteamiento de renovación historiográfica propuesto por una camada

³⁰ Tulio Halperín Donghi, “Un cuarto de siglo de historiografía argentina (1960-1985)”, en *Desarrollo Económico*, Vol XXV, N° 100, Buenos Aires, 1986, p. 4.

³¹ Op. cit., p. 6.

³² Es paradójico también que un régimen como el peronista, que tanto ensalzó a los trabajadores y logró instalarlos como actor relevante en la escena política argentina, no haya motivado su investigación en forma similar en estudiosos e historiadores. Una de las razones de ello radica en el férreo control establecido sobre las universidades, con purgas “anticomunistas” hacia profesores y estudiantes.

³³ Carlos Altamirano, “Estudio Preliminar”, en *Bajo el signo de las masas (1943-1955)*, Buenos Aires: Ariel, 2001, páginas 38 a 46.

³⁴ N. Iñigo Carrera, op. cit., p. 6.

de historiadores que al tiempo que se declaraba en continuidad con la escuela de los *Annales*, se apartaba de ésta más de lo que advertía en ese momento³⁵. Así en los sesenta “la sociología aportaba la problemática de la modernización [en la figura de Gino Germani], la economía la del desarrollo, ese difuso marxismo la del surgimiento del orden capitalista”³⁶.

En este contexto hacen su ingreso a las aulas universitarias los debates sobre los temas de los trabajadores. Y el problema del peronismo fue uno de los que acaparó la atención más rápidamente (es posible que por el condicionamiento que éste aún ejercía sobre la contemporánea vida pública argentina). Si Germani³⁷ destacaba el carácter totalmente novedoso del peronismo, la investigación de Murmis y Portantiero³⁸ apuntaba en las líneas de continuidad, a las que consideraba tan relevantes como los quiebres acaecidos.

En síntesis, es perceptible que la evolución de la historiografía argentina en las últimas décadas se vincula, fundamentalmente, con el tratamiento que ésta ha comenzado a asignarle al fenómeno peronista y a la alianza que a partir de 1943 se gesta entre Perón y la clase trabajadora, y la ideología que se constituye alrededor de esa relación. En torno al peronismo como fenómeno político, ideológico y de masas, y el punto de inflexión que éste marca en la evolución histórica de Argentina, es que se organizan parte importante de los nuevos estudios que la historiografía argentina comenzó a producir a partir de los años sesenta. La polarización que produjo el peronismo en el campo popular y de sus intelectuales asociados llevó a la conformación y popularización de dos grandes corrientes de interpretación: aquella que asociaba al peronismo con el fascismo³⁹, y que en consecuencia sólo podía observar en ella un proceso de cooptación de la clase; y una segunda, peronista, que exaltaba la persona y figura de Perón elevándolo a un sitio donde la clase trabajadora encontraba su mentor y guía. Sin embargo, como hemos planteado, este clivaje inicial no fue acompañado por productos muy refinados; es más, dicha polémica puede pesquisararse a través de documentos de divulgación y propaganda, donde el tema de los trabajadores si bien es importante no es abordado con rigor y sistematicidad.

Es a este contexto que la nueva historiografía surgida en los años sesenta le hizo frente. Ella indagó en cuestiones tales como las condiciones sociales y políticas de los sectores populares durante las décadas precedentes al fenómeno peronista, el arraigo efectivo y la difusión de las ideologías revolucionarias (anarquista, comunista, socialista) y

³⁵ Para el autor, en esta línea se inscriben historiadores como José Luis Romero, Nicolás Sánchez Albornoz, Ceferino Garzón Maceda.

³⁶ T. Halperín Donghi, op. cit. p. 14.

³⁷ Gino Germani, *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires: Paidós, 1962.

³⁸ Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero, *Estudio sobre los orígenes históricos del peronismo*, Buenos Aires: Siglo XXI, 1971.

³⁹ Propia de analistas afines a los Partidos Socialista y Comunista, principales “víctimas” de la peronización de la clase obrera durante los años cuarenta.

sindicalistas al interior de la clase organizada, el impacto de la migración campo-ciudad en la explicación del peronismo y los “descamisados”, la conflictividad laboral durante el primer peronismo, o la propia naturaleza “revolucionaria” de las medidas aplicadas por Perón, observando por ejemplo los cambios en la legislación laboral o la dinámica de adscripción-autonomía dentro de los líderes sindicales.

Los años sesenta fueron, tanto en Argentina como en Chile, el momento de inserción e institucionalización de las ciencias sociales en las universidades y círculos intelectuales. Su impacto en la historiografía fue bastante fuerte, y ya lo hacíamos notar en las palabras de Iñigo Carrera para el caso argentino. En Chile, en tanto, las investigaciones de Alain Touraine sobre la conciencia obrera y la naturaleza de su ideología vinieron a cuestionar la visión homogénea que analistas precedentes habían establecido en este terreno. Otros autores nacionales como Eduardo Ruiz, Enzo Faletto, o Manuel Barrera se involucraron también en este debate. No obstante los aportes de estas investigaciones, Rojas estima que “la producción sociológica sobre el trabajo tuvo escasa conexión con los estudios historiográficos. Ambas disciplinas tendieron a mantenerse en sus propios terrenos. En ocasiones, los sociólogos enrostraron las escasas proyecciones de interpretación que ofrecía el relato histórico”⁴⁰. Desde el punto de vista de sus preocupaciones, los científicos sociales trataron de interpretar el vínculo entre los tipos de acción de los actores del trabajo (y sus ideologías), con las estructuras sociales, políticas y económicas. Ya a partir de los años setenta, especialmente con posterioridad al golpe militar, y durante todos los años ochenta, el diálogo entre las distintas disciplinas orientadas a los estudios del trabajo tomó una mayor fluidez. Autores como Eugenio Tironi, Guillermo Campero, Cecilia Montero, Jaime Ruiz-Tagle, entre otros, dedicaron una mirada sobre las transformaciones a las que fue sometida la clase trabajadora con las reformas de la dictadura, a la vez que plantearon interrogantes sobre las consecuencias que tenía para el país la desarticulación de la sociedad salarial y del denominado “pacto fordista”, y la pérdida de la centralidad del trabajo como vehículo de integración social. Simultáneamente, parte de la nueva historiografía buscaba en el pasado a los actores correctos, o las tendencias acertadas enarboladas por los actores sociales, que podrían contribuir a explicar la conflictividad social verificada particularmente en los barrios populares de las grandes ciudades. El ciclo de protesta social contra la dictadura (1983-1987) tuvo como protagonista fundamental a los “pobladores”. En ellos se destacaba la mayor radicalidad y disposición al enfrentamiento, como también las experiencias de organización y auto-subsistencia ponían en el centro el enfrentamiento de valores comunitarios con el individualismo propio de la sociedad de consumo emergente de las reformas económicas.

Haciendo un balance, Rojas sugiere que “un elemento común entre la antigua historiografía y una vertiente de la actual es ese afán un tanto obsesivo por buscar rebeldía, autonomía y verdadero espíritu revolucionario (antes bajo el prisma del vanguardismo, hoy del basismo). Lo que ha provocado el abandono casi completo de aquellos sectores sometidos a la antigua ‘falsa conciencia’ o a la actual ‘cooptación del sistema’. En ambos casos se parte suponiendo que la tendencia al cambio es inmanente al pueblo”⁴¹.

⁴⁰ Jorge Rojas, op. cit., p. 63.

En Argentina, la década de los ochenta, el término de la dictadura en 1983 provocó una verdadera eclosión (en la expresión de Iñigo Carrera) de trabajos historiográficos. Autores como Hugo del Campo, Juan Carlos Torre (quién más propiamente viene de los setenta), Ricardo Falcón, Santiago Senén González, Julio Godio, entre otros, prodigarán en el examen de antiguas preocupaciones de la disciplina con una arsenal metodológico más refinado, y enriqueciendo el conocimiento de aspectos clave en el devenir histórico de la clase que vive del trabajo. Además, “si en los sesenta y setenta, generalmente tomados como punto de partida para el análisis de la historiografía contemporánea sobre los trabajadores, el hincapié de los pocos historiadores que se ocupaban del tema estuvo centrado en las luchas de los obreros, en los ochenta y noventa, ofensiva exitosa y hegemonía del capital financiero mediante, el interés temático emprendió otros recorridos. Si hace casi medio siglo se abocaron a estudiar más bien el movimiento, en los últimos años se ha hecho más visible su aporte al estudio de esa parte de las relaciones ideológicas (relaciones que dependen de la voluntad, que pasan por la conciencia), a las que se refieren como ‘lo cultural’”⁴².

En general, si bien los distintos enfoques y la amplitud temática han enriquecido la historiografía en ambos países, dicha amplitud no ha alcanzado al ámbito temporal. En efecto, hay coincidencia en considerar que la historia contemporánea se presenta más bien como un déficit o un desafío, que como un ámbito de desarrollo de la historiografía. En este plano, y a pesar de las declaraciones en contrario, muchos historiadores siguen considerando que el objeto de estudio de la disciplina es el “pasado” (remoto), y no el tiempo, y en la práctica, dicho período ha quedado a merced de sociólogos, cientistas políticos, economistas u otro tipo de analistas, quienes copan la escena en la medida que los historiadores renuncian a efectuar análisis historiográficos con tan poca perspectiva temporal.

Este hecho es uno de los factores que motiva esta investigación. La ausencia de trabajos sobre la temática laboral⁴³ para la última década se presenta como una fuerte omisión dentro de la comunidad de historiadores. Más aún, en una temática –como la de las estructuras sindicales nacionales– que la nueva historiografía de los ochenta y noventa ha abandonado por considerarlo poco fructífero, poco relevante, o con escasos potenciales de rebeldía frente al imperio neoliberal. Por otro lado, las investigaciones sobre la cuestión laboral de los últimos años, además de estar monopolizadas por otras disciplinas, desde el punto de vista temático se han circunscrito a las condiciones laborales, el impacto de los nuevos modelos de gestión, la flexibilidad laboral, el cambio tecnológico, la trayectoria y los cambios en la estructura del empleo (y el desempleo), la perspectiva de género y la discriminación laboral, entre las más recurridas. En el tema sindical propiamente, durante los noventa el interés decayó si se le compara con lo acaecido durante la década del ochenta⁴⁴.

⁴¹ Op. cit., p. 88.

⁴² N. Iñigo Carrera, op. cit., p. 9.

⁴³ La excepción en la materia la constituye el mismo Jorge Rojas. Además del texto ya citado, en las páginas siguientes se mencionan sus publicaciones relativas al período en cuestión.

En efecto, en estas materias la concepción predominante ha sido la de observar al sindicalismo como un actor que debe hacerse parte de los procesos de modernización económica. La apertura de la economía, la globalización (entendida como un proceso inevitable de mundialización de los mercados), y el cambio tecnológico constituyen fenómenos que exigen la adaptación acelerada del sindicalismo, si es que éste no desea perder la oportunidad de participar de los frutos y ventajas del nuevo sistema mundial. En este contexto de rápidos cambios, y considerando la historia pasada del país, el sindicalismo deberá hacerse parte de los esfuerzos de concertación y diálogo social para fortalecer la democracia en el marco de la transición política, y asumir que un tipo moderno de acción sindical, que pretenda asegurar resultados favorables a sus representados, pasa necesariamente por abandonar las estrategias de movilización y presión, para participar de las mesas de concertación poniendo en el centro los elementos técnicos antes que las identidades políticas o ideológicas.

De tal modo, Guillermo Campero, por ejemplo, inspirado en las teorías de la elección racional, proponía la existencia de tres tipos de tendencias en el sindicalismo, que a su vez se correspondían con tres modelos de acción social diferentes⁴⁵. Una primera tendencia se trataba del sindicalismo de mercado, característico, según el autor, de los sindicatos nuevos compuestos por jóvenes trabajadores con alguna calificación, creados en dictadura, y vinculados al sector empresarial moderno. Este sector se orienta en función de fines corporativos y privilegia en su acción el intercambio individual o de negociación colectiva, teniendo presente básicamente el logro de mejoras económicas.

Una segunda tendencia es llamada por el autor sindicalismo “consolidador”. Su interés fundamental está en la consolidación de la transición política y en conseguir la legitimidad del actor sindical en la escena pública. Este sector privilegia el intercambio político, y subordina sus intereses corporativos, e incluso parte de la demanda social, al propósito consolidador.

La tercera tendencia es el sindicalismo “confrontacional”. Éste también enfatiza el intercambio político, pero bajo la óptica de fortalecer la “identidad de clase”. Para este sector la transición no satisfará los intereses de la clase obrera y los sectores populares, por lo cual plantearon constituir al sindicalismo y la CUT en un bloque de oposición al gobierno y a la transición política.

En esta misma línea, y profundizando su anterior planteamiento, hacia fines de los noventa el mismo autor constataba que “estamos en presencia de un proceso de reemplazo progresivo de un tipo de acción colectiva sindical de los trabajadores por otro tipo de acción y representación sindical que busca insertarse en las nuevas condiciones sociales, económicas, tecnológicas e institucionales. Este cambio es un proceso complejo, que implica reestructuraciones culturales fuertes. Por ello la sensación de incertidumbre es persistente”⁴⁶.

⁴⁴ Para una lectura pormenorizada sobre el estado de los estudios del trabajo en Chile durante los noventa, consultar el texto de Antonio Aravena, “La sociología del trabajo en Chile: contribuciones y temas de estudio”, en *Economía y Trabajo*, N° 10, Santiago, 2000.

⁴⁵ Guillermo Campero, “Chile: el movimiento sindical en la transición”, en *Proposiciones*, N° 17, Santiago, 1989.

Con algunas variantes, instalando énfasis distintos, pero siguiendo el esquema de interpretación descrito, se sitúan autores como René Cortázar, Malva Espinosa, Patricio Frías, o Jaime Ruiz Tagle. Inquiriendo respecto de los límites de este tipo de propuestas para los sindicatos, Aravena se preguntaba: “¿es posible crear estrategias de concertación cuando el desequilibrio de poder entre los actores es tan significativo y evidente?”. Así también, “en otro orden de cosas, pese a que los autores no niegan totalmente la posibilidad de la confrontación, la acción consensuada tiene más legitimidad. En tal sentido surgen las siguientes interrogantes: ¿no es el conflicto en ciertos momentos, más que la conciliación, el mejor camino para desarrollar las capacidades de los actores? Y si es así, ¿no se ha subvalorado este cariz en la teorización de la concertación social? ¿La sociología del trabajo ha tenido una relación contradictoria con el tratamiento del conflicto?”⁴⁷.

En una óptica que tomó distancia de la valoración positiva con que los autores mencionados precedentemente evaluaron a la modernización económica y la promovida “modernización sindical”, se encuentra una publicación de Jorge Rojas y Antonio Aravena⁴⁸. Para ellos, el panorama político del sindicalismo, los actores y referentes que cohabitan a su interior, resultaba ser un poco más complejo que el descrito. Ya instalados en la transición se hizo evidente la existencia de mayores referentes, cuestión que puso de manifiesto la atomización y fragmentación con la que el actor entraba a la transición.

Estos autores identificaron cuatro estrategias u orientaciones generales en el sindicalismo de los noventa. Ellas son la estrategia de “concertación social”; la estrategia “clásica”; la estrategia de la “autonomía sindical”; y la corriente que denominaron de “negación de las estrategias globales”.

La estrategia clásica encuentra sus orígenes en la etapa fundacional del movimiento obrero, y reivindica su identidad en la historia y en los liderazgos de aquellas épocas. Se trata de un sindicalismo clasista, con pretensiones de transformación social, en el que el rol de los partidos fue determinante, ya sea porque hubo partidos, como el socialista y el comunista, que se reivindicaban la vocería y representación política de la clase obrera –de hecho el propio nacimiento del sindicalismo, o de parte sustantiva de él, está vinculado a la emergencia del Partido Comunista–, como porque el proceso político chileno, el ascenso de la Unidad Popular a La Moneda, identificó por primera vez plenamente al sindicalismo con el gobierno y los partidos que lo sostenían. Debido al hecho que la primera CUT, fundada en 1953, representó la aspiración de todas las corrientes políticas sindicales (incluyendo a trotskistas y anarquistas) por la unidad del sindicalismo chileno, y fue la respuesta a un período de fragmentación y derrotas para el movimiento sindical, el principio de defensa de la unidad y de pluralismo al interior de la

⁴⁶ Guillermo Campero, *Respuestas del sindicalismo ante la mundialización: el caso de Chile*, Ginebra: Instituto Internacional de Estudios Laborales / OIT, 2000, p. 31.

⁴⁷ Antonio Aravena, op cit..., p. 22.

⁴⁸ Jorge Rojas F. y Antonio Aravena, “El mundo sindical y el trabajo asalariado en Chile” en Escobar, Patricio (editor), *Trabajadores y empleo en el Chile de los noventa*, Santiago: LOM/ARCIS/PET, 1999.

central ha prevalecido hasta hoy. En la actualidad, no obstante todos los dirigentes nacionales de la CUT militan en algún partido político, hay quienes sostienen que la presencia y actividad de los partidos en la central se remite básicamente a los actos eleccionarios internos. “También está presente una cierta añoranza por recuperar el papel que cumplió el Estado en el período anterior a 1973 y el movimiento sindical en torno a la CUT. La evaluación que se hace de esta etapa es poco crítica. La dictadura es vista como la interrupción de un proceso que estaba esencialmente bien encaminado y que sólo debe ser reiniciado”⁴⁹. Predomina un discurso de crítica al modelo económico y social, y también una crítica a la concertación social. Finalmente, esta estrategia confía que el principal problema del sindicalismo es la ausencia de conducción en la CUT, y se espera en reconstruir el sindicalismo priorizando “desde arriba”.

La estrategia de la concertación social encuentra sus orígenes en los primeros años de la década del ochenta, cuando desde los cuadros intelectuales de los partidos de la Alianza Democrática, antecedente directo de la Concertación de Partidos por la Democracia, se vislumbra una salida pactada a la dictadura. Ella pasaba por admitir el modelo económico y social impuesto, y disputar dentro de los propios cauces institucionales definidos en la Constitución de 1980 el liderazgo político y el gobierno. En el plano social, se promovía un diseño de concertación entre empresarios y trabajadores, donde ambas partes debían ceder con el propósito de asegurar estabilidad política y crecimiento económico. Los dirigentes sindicales que se comprometieron en dicha estrategia abandonaron las posiciones confrontacionales, los proyectos globales y las aspiraciones anti-capitalistas. Ahora comprendían que empresarios y trabajadores podían acordar objetivos comunes y que ello redundaba en mejores condiciones para todos, y terminaron asumiendo como propios los conceptos de las propuestas “modernizadoras”.

Por su parte, la estrategia de la autonomía sindical se caracteriza fundamentalmente por reivindicar un concepto clasista del sindicalismo y representar ideológicamente una opción por una sociedad no capitalista, pero restándose de los esfuerzos partidistas por llevarla a cabo. La evaluación crítica del rol jugado por los partidos en los destinos del sindicalismo a lo largo de su historia, pero especialmente en el desenlace de la transición y sus consecuencias en materia de justicia social, constituye el hilo conductor de esta vertiente o estrategia. Múltiples son las visiones y matrices políticas e ideológicas que participan de esta estrategia: se identifica a las corrientes trotskistas, otras con pasado en el MIR, el PC y el PS, aunque también tiene seguidores entre algunos sindicatos de más reciente data y de trabajadores jóvenes sin pasado político.

Finalmente se encuentra la alternativa del sindicalismo que manifiesta una suerte de negación de las estrategias globales. Este se caracteriza por no contemplar proyectos globales de algún tipo –ni anti-capitalistas, ni concertacionistas–, privilegiando un concepto de sindicato utilitario, cuyo único fin es asegurar condiciones laborales apropiadas para sus afiliados, siempre al interior de la empresa. Aquí es visible que se comparte la noción de “empresa social”, que está a la base de los planteamientos de la alternativa concertacionista, pero no se alinea políticamente con ésta. El lugar válido de acción colectiva es la empresa, con la cual no se verifica una contraposición de intereses.

⁴⁹ Op. cit., p. 164.

La acción sindical debe terminar donde comienza. Desde el punto de vista de la identidad, esta opción no reconoce vínculos históricos en el sindicalismo precedente, “huérfanos de historia por opción, no se busca recuperar una tradición perdida o refundar un nuevo proyecto sindical”⁵⁰.

Como es manifiesto, se observan lugares comunes entre la tipología del sindicalismo que propone Campero, con la expuesta por Rojas y Aravena. Por cierto, la de Campero se ubica temporalmente en el año 1990, mientras que los otros autores han visto los acontecimientos de la década y su visión resulta más contemporánea. Pero hay similitudes entre el “sindicalismo de mercado” de Campero y la “estrategia de negación de los proyectos globales” propuesta por Rojas y Aravena. Aquí el mercado y su dinámica son legitimados, y los trabajadores se limitan a vender su fuerza de trabajo en las mejores condiciones posibles. Lo mismo es observable entre la “estrategia de la concertación social” y el “sindicalismo consolidador”: su gran objetivo es la contribución a la política de consensos, base del éxito del gobierno de la Concertación. Donde podemos encontrar mayores dificultades para la comparación es en las otras categorías. El “sindicalismo confrontacional” de Campero aparece como un actor relativamente homogéneo, que podríamos desagregar entre las “estrategias clásicas” y las “estrategias autonomistas”.

En el caso de Argentina, en tanto, no obstante la homogeneidad con la que frecuentemente se le caracteriza, especialmente desde el propio sindicalismo y sus analistas afines, ya en los años sesenta se puede identificar a tres corrientes alternativas, que coexistían al interior de la CGT. Una de ellas fue la “participacionista” o “integracionista”, que opta por adaptarse a las condiciones imperantes tomando lo que el modelo estaba dispuesto a otorgarles, a cambio de estabilidad y legitimidad. La segunda corriente fue la línea negociadora o “vandorista” (por su líder, el sindicalista Augusto Vandor), representativa de las denominadas 62 organizaciones peronistas, y caracterizada por su lema “golpear y negociar”⁵¹. Por último, se encontraba la línea “dura” o “combativa”, que adquirirá un alto protagonismo al combinarse o articularse con vertientes marxistas y progresistas en el ámbito político y social, lo que amplificó sus capacidades de ingerencia en la dinámica general de la sociedad argentina⁵². Resulta interesante observar ciertas tendencias de continuidad y relación con este período en la escena del sindicalismo actual, que justifican el recurso al pasado como forma de ilustrar y caracterizar el momento presente.

Con posterioridad, la actitud tomada por dirigentes de las 62 Organizaciones durante la dictadura de Videla, el hecho que el régimen no clausurara las vías de negociación con el sindicalismo –a diferencia de la dictadura chilena, que prohíbe la actividad sindical y

⁵⁰ Op. cit., p. 174.

⁵¹ Además, es llamativo que Vandor propiciara la política conocida como “peronismo sin Perón” durante la segunda mitad de los sesenta. En ella se expresa de forma radical la capacidad de negociación de esta corriente sindical, que incluso llegaba a –proponer– sacrificar al mentor del gremialismo moderno argentino en pos de asegurar la presencia de los sindicatos en la escena política argentina, articulando un *by-pass* al veto militar-oligárquico contra Perón.

⁵² Andrés Thompson, *Sindicatos y Concertación Social en Argentina 1983-1990*, Santiago: CLACSO / ISCOS / Planeta, 1993.

cierra por completo el diálogo—, y que —aparentemente— terminara eligiendo a las 62 Organizaciones como contraparte, significó una dura carga para la legitimidad social y la cohesión interna del movimiento sindical. Este hecho tuvo consecuencias tanto en las elecciones presidenciales de 1983, donde el sindicalismo peronista debe asumir su responsabilidad en la derrota del candidato del Partido Justicialista frente al candidato radical, como en los nuevos bríos que toman las tendencias proclives a la renovación sindical y al distanciamiento del peronismo más ortodoxo. Esta tendencia se vincula históricamente con el denominado “nuevo sindicalismo” de principios de los setenta, por sus propuestas democratizadoras que abarcaron desde la base sindical hasta la cúpula nacional. En lo específico, la llamada “CGT de los argentinos” se ubica como uno de los antecedentes directos de las tendencias renovadoras en los años ochenta y noventa.

El gobierno de Alfonsín hace suyas las aspiraciones de un segmento del sindicalismo —y de parte importante de la sociedad argentina también— al impulsar una política de democratización sindical, que partía precisamente por reclamar elecciones en una CGT liderada por dirigentes electos por nadie y que cargaba con serias sospechas en su contra producto de la colaboración que habrían prestado a la dictadura (el famoso pacto “militar-sindical” denunciado por Alfonsín durante la campaña presidencial de 1983). Sin embargo, al poco tiempo estas proposiciones debieron quedar a un lado. Se aceptó la legitimidad de la CGT, a cambio de que ésta se manifestara proclive a concertar con el gobierno en política económica y salarial. Para Thompson fue evidente que la CGT identificó al gobierno como su principal enemigo, incluso desplazando a los empresarios del foco de atención de la conflictividad.

Sintomático resulta que los principales quiebres en la unidad de la CGT hayan ocurrido durante la vigencia de un gobierno peronista, y durante sus primeros meses de gestión. Ello se explica, en lo político, por el compromiso fáctico del PJ en el gobierno con las políticas de reforma estructural promovidas por el FMI. Las reformas realizadas por Menem terminan operacionalizando el modelo neoliberal en Argentina, siendo la ley de convertibilidad el primer hito de este alineamiento. Como lo ha planteado Godio y Robles, hasta el inicio del gobierno de Menem, a pesar de sus divisiones internas, la CGT logró conservar su capacidad orgánica y preservar la unidad, gracias a la oposición al gobierno radical, y en sus últimos años producto de la crisis económica y política. Hasta ese momento, para estos autores, coexistían en la CGT cuatro grandes agrupamientos⁵³:

- El sindicalismo menemista puro.
- El sindicalismo de negociación y compromisos políticos con el menemismo.
- El sindicalismo peronista ortodoxo.
- El sindicalismo peronista de corte socialcristiano, vinculado a los sectores de la renovación peronista, que luego formarán el Frente Grande o FREPASO.

La radicalidad con la que el gobierno de Menem impulsa las reformas, y sus serias consecuencias en el mundo del trabajo (cambios en el sistema de obras sociales, reforma

⁵³ Julio Godio y Alberto J. Robles, *Observatorio del movimiento sindical argentino*, en <<http://www.geocities.com/aadachary/sindi.htm>>, 2000.

laboral –especialmente la modificación al régimen de negociación colectiva–, reforma al sistema de pensiones, entre las más relevantes) son los hechos que explican la ruptura en el sindicalismo tradicionalmente unitario.

Para estos autores, el sindicalismo menemista puro (que tiene su antecedente en el “Grupo de los 15” liderado por Carlos Alderete –quién fue Ministro del Trabajo del gobierno de Alfonsín–, y la Mesa Sindical Presidente Menem) se comprometió lealmente con Menem y la gestión gubernamental. Eso hizo que fueran partícipes directos, y no solo signatarios de las reformas. En el caso de la reforma previsional, se incorporó a los sindicatos “a condición de que redefinieran la relación con sus afiliados, utilizando la representación para vender servicios a sus propios representados, ahora definidos como ‘clientes’. Esta brecha entre representantes y representados inaugurada por las reformas fue definida como ‘*business union*’ o ‘sindicalismo de negocios’; los afiliados sindicales son enfocados como una población cautiva para la venta de servicios”⁵⁴.

Las tendencias descritas por Godio y Robles sufren un nuevo reordenamiento, al menos en lo referido a los referentes de carácter nacional, primero con la formación del Congreso de los Trabajadores Argentinos, luego conocido por CTA o Central de los Trabajadores Argentinos a partir de 1994; y luego con la emergencia del MTA –Movimiento de los Trabajadores Argentinos–.

La CTA responde a la primera gran escisión en la CGT. Es la reforma económica y laboral el tema central que motiva la división. Aquellos sectores que compartieron la gestión gubernamental, comprometidos desde sus inicios con la figura de Menem, permanecieron en la CGT. Mientras que los sectores críticos de la reforma, una minoría liderada originalmente por Saúl Ubaldini y luego por Víctor De Gennaro, y conformada básicamente por sectores abiertamente críticos de la línea oficial sostenida por el peronismo en el gobierno, y sostenida en lo gremial por la ATE y CTERA, harán nacer la CTA. La reunión y declaración de Burzaco de 1992 es considerada el hito fundacional en la CTA.

La segunda ruptura es la que se produce en 1994, al formarse el MTA. Éste representa al poderoso gremio de los trabajadores del transporte terrestre, y su poder descansa en su capacidad potencial de paralizar la actividad económica. Pero además, el MTA se atribuye la representación del peronismo clásico, al contar con el respaldo de la UOM –Unión Obrera Metalúrgica–, el núcleo histórico de las 62 organizaciones⁵⁵.

Las consecuencias que ha tenido la inserción en el mercado de algunos sindicatos han sido enormes. Desde luego, lo primero que resalta es la inversión de roles que se ha producido durante los noventa en parte del sindicalismo, ya que su inserción en el mercado (su participación en las mesas directivas de las AFJP, la “privatización” de las obras sociales) los termina haciendo partícipes de los intereses del capital –al menos en

⁵⁴ Héctor Palomino, “Los sindicatos en la Argentina contemporánea”, en *Nueva Sociedad*, N° 169, Caracas, 2000, p. 126.

⁵⁵ En los primeros meses de 2002 la UOM anunciaba su retiro del MTA o CGT Moyano, quedando al margen de toda central, a la vez que formulaba un enérgico rechazo a la dispersión y hacía votos por la unidad sindical. Este hecho sirve de ejemplo para ilustrar la agilidad de la dinámica política del sindicalismo en la Argentina; en poco tiempo un gremio o líder sindical pasa de un referente a otro, cuestión que dificulta el seguimiento de los mismos.

lo referido a la prestación de servicios de seguridad social—, con los que se supone se encuentran en tensión o conflicto. Este fenómeno evidentemente afecta la constitución de identidad entre los trabajadores. Por un lado la competencia entre obras sociales, y de éstas con las prestadoras de servicios de salud privadas, ya no obliga al trabajador a afiliarse al sindicato para obtener estos servicios. Pero además, por otro lado, la explosión del desempleo, el subempleo y la informalidad durante los noventa, sumado a la terciarización de la economía, merma las bases tradicionales de una sociedad que por décadas experimentó una situación de pleno empleo. En general, y como lo ha planteado Novick, “ese conjunto de medidas va a afectar fuertemente las dimensiones caracterizadas como dadoras de identidad sindical. Por un lado por la cada vez mayor fuerza de la descentralización de la negociación colectiva y, por otro, por los intentos explícitos o implícitos de cambiar el modelo de estructura sindical que, simultáneamente, entró en crisis ante la emergencia de nuevos actores, por la distancia que comenzó a ampliarse entre las cúpulas y sus bases, por los cambios tecnológicos y organizativos que se introducen en un marco de fuerte heterogeneidad entre las empresas y los trabajadores, por la aparición de nuevos temas y áreas de negociación”⁵⁶.

El paso de los años mostraría que Menem tiene un éxito momentáneo en este terreno. En efecto, logra el encuadre mínimo necesario de las cúpulas sindicales más importantes con las reformas, cuyo resultado más evidente era la contención de la inflación a niveles ínfimos y la inauguración de un período —momentáneo, se vería pronto— de altas tasas de crecimiento, bis a bis de la alta legitimidad que éstas tenían en el conjunto de la sociedad argentina durante su primer período en la presidencia. Sin embargo, las bases de legitimidad de las reformas al interior del mundo sindical se mostraron febles, en la medida que el fraccionamiento se profundizó. Del mismo modo, las protestas del año 96 y su relativo éxito en la detención de las reformas, donde confluyen en la práctica la CGT oficial, la rebelde y la CTA, muestran el rápido desplazamiento de los dirigentes altos e intermedios de una posición a otra en el arco político general y sindical en particular.

En síntesis, en la actualidad el panorama a nivel de las centrales sindicales de carácter nacional se divide entre la CGT “oficial”, liderada por el dirigente de la empresa alimentaria Rodolfo Daer; la CGT disidente o MTA, liderada por el dirigente camionero Hugo Moyano; y la CTA, encabezada por Víctor de Gennaro, de los empleados estatales.

Sin embargo, la revisión sería estrecha si no consideráramos a un fenómeno que ha irrumpido en la escena social y política con una inusitada fuerza durante los últimos 5 o 7 años. Nos referimos al movimiento piquetero. Sus formas de acción y protesta, y la capacidad de negociación alcanzada —además de la alarma pública vertida en los medios, generada por la espectacularidad y radicalidad de su desempeño—, lo constituyen en referencia nacional en el panorama del conflicto social argentino de los noventa. El movimiento piquetero no es propiamente una agrupación, en el sentido estricto del término. A su interior son diversas las corrientes políticas (trotskistas, anarquistas, independientes, grupos cristianos, peronistas) que disputan por la

⁵⁶ Marta Novick, “Nuevas reglas del Juego en la Argentina, competitividad y actores sindicales”, en Enrique de la Garza Toledo (comp.), *Los Sindicatos frente a los procesos de Transición Política*, Buenos Aires: CLACSO, 2001, p. 31

conducción del movimiento, a la vez que el mismo se ha dado una forma de funcionamiento fuertemente horizontal que dificulta asimilarlo a los agrupamientos clásicos.

Los piqueteros han sido definidos como una forma de nucleamiento principalmente de nuevos actores, históricamente subsumidos por la fuerte tendencia al obrerismo de la sociedad argentina. No obstante ello, investigaciones recientes muestran que en las protestas protagonizadas por el movimiento piquetero –los cortes de ruta– confluyen sectores que pueden ser identificados como asalariados (desocupados u ocupados), y que la participación de los llamados “nuevos sujetos sociales” (villeros, vecinos, indígenas, entre otros), si bien es importante, no resulta mayoritaria⁵⁷. Desde esta perspectiva, lo novedoso del movimiento, antes que representar a actores históricamente excluidos o sub-representados en la dinámica del conflicto social en Argentina, pasaría más bien por sus formas de protesta y por la particular forma de toma de decisiones (la horizontalidad y la democracia interna). Por otra parte, es un punto discutible si el movimiento piquetero debe ser considerado un agrupamiento sindical, sin perjuicio de la participación de parte de éste en la CTA y la CCC.

⁵⁷ Nicolás Iñigo Carrera y María Celia Cotarelo, “Reestructuración productiva y formas de la protesta social en la Argentina”, en Enrique de la Garza Toledo (comp.), *Reestructuración productiva, mercado de trabajo y sindicatos en América Latina*, Buenos Aires: CLACSO, 2000.

III. Trabajadores y sindicalismo en Argentina y Chile. Características, discursos y condicionantes

1. Introducción

Las dictaduras militares de Argentina y Chile comparten un significado similar, por cuanto ellas inauguran un marco de políticas económicas, sociales y laborales de nuevo tipo en América Latina⁵⁸. La adscripción a las doctrinas monetaristas por parte de los equipos económicos de los regímenes militares argentino y chileno, de la mano de pretensiones refundacionales de carácter radical de la vida social y económica, perseguía superar los

⁵⁸ Algunos analistas consideran que es la dictadura chilena la que da inicio a la aplicación de políticas de corte monetarista o neoliberal en la región. Y si bien el régimen de Pinochet comienza tres años antes que su símil argentino, es recién hacia 1975-76 que los denominados Chicago Boys desembarcan en propiedad en el gobierno y monopolizan la gestión económica en detrimento de la facción más nacionalista del régimen. En Argentina, la figura de Martínez de Hoz a la cabeza del Ministerio de Economía de la Dictadura y su plan económico –de clara inspiración monetarista– se remontan a 1976. De allí que en este trabajo consideremos que las diferencias de meses en la aplicación de este tipo de medidas no son relevantes. En cualquier caso, no hay otros ejemplos en América Latina de aplicación de políticas de esta naturaleza anterior a 1980.

esquemas de promoción del mercado interno y de concertación de clases precedentes, fundados en políticas desarrollistas o populistas, y que hacia la primera mitad de los setenta entraban en crisis. De acuerdo a la definición de Sidicaro, “el objetivo principal de los dos regímenes autoritarios puede caracterizarse como un intento de resolver las situaciones de crisis de dominación social y de modificar las relaciones de fuerza entre las distintas clases y fracciones en conflicto”⁵⁹. Estos elementos, es decir, introducción temprana de políticas monetaristas o neoliberales, y situación de crisis general resuelta por la vía de regímenes militares que se levantan como elites esclarecidas con proyectos de reorganización social a gran escala, son los principales componentes que le asignan a la situación de Argentina y Chile una condición inédita en el contexto latinoamericano y de los países del cono sur durante la segunda mitad de los setenta.

Ambos países, adicionalmente, compartían la condición de contar con poderosos e influyentes sindicatos, los que si bien diferían en su carácter e identidad esencial (corporativo en Argentina, clasista en Chile), estaban adquiriendo un alto protagonismo correlativo a su respaldo a coaliciones y partidos políticos identificados históricamente con la clase obrera, y que llegaban al gobierno en procesos de radicalización política y social y del agotamiento del modelo de desarrollo adoptado. Parte importante de la crisis de los setenta puede, también, ser vinculada con el potencial de radicalización que dicha participación imprimía a las políticas seguidas por los gobiernos en los dos países. Los golpes militares emergen, de hecho, con el propósito de disminuir la politización y desmovilizar a la clase obrera y sus organizaciones.

Las características distintivas de Argentina y Chile en Latinoamérica, en particular que fuera en estos países que se estrenaran mundialmente las recomendaciones del monetarismo y de la Escuela de Economía de Chicago, sugiere observar y calibrar la forma en que las organizaciones sindicales, sus discursos y dinámica interna, han enfrentado el proceso abierto a partir de las dictaduras militares. Como se sabe, fue luego, con la crisis de la deuda a inicios de los ochenta, que la mayoría de los países de la región terminaron adoptando las políticas de ajuste estructural, consagradas con posterioridad en el “Acuerdo de Washington”. Se trata de inquirir en la condición actual, en contextos de reestructuración económica, apertura democrática y libertades públicas, del movimiento organizado de trabajadores, uno de los principales blancos de los militares durante sus gobiernos, y simultáneamente el sector más golpeado con las reformas económicas de los setenta y ochenta.

El rasgo más distintivo del período analizado es la creciente apertura al exterior y la eliminación de aquello que pasó a ser considerado como “rigideces” de la economía, es decir, la supresión de aquellos instrumentos con los que el Estado intervenía y regulaba los mercados para conseguir objetivos tales como la redistribución de la riqueza y la orientación del dinamismo económico en función de objetivos nacionales. Estas nociones han sido las piedras angulares de los programas de reforma económica de los gobiernos de facto, y han marcado los límites, en materia de gestión económica y social, de los

⁵⁹ Ricardo Sidicaro. “Elementos para un análisis sociológico de las relaciones entre regímenes autoritarios y clase obrera en Argentina y Chile”, en Bernardo Galitelli y Andrés Thompson (Editores), *Sindicalismo y Regímenes militares en Argentina y Chile*, Ámsterdam: CEDLA, 1982, p. 39

gobiernos democráticos que han sucedido a las dictaduras.

Con prescindencia de las diferencias generales y específicas de los movimientos sindicales argentino y chileno, de sus diferencias cualitativas, del proceso histórico que explica por razones distintas en cada caso sus condiciones actuales, dentro del mundo del trabajo se observa un contexto estructural común a ambos países. Nos referimos a los factores que inciden y condicionan a los trabajadores en su relación con el capital y el Estado. El neoliberalismo significa para el mundo del trabajo en particular los siguientes fenómenos y procesos:

Una profunda reorganización de los procesos de trabajo, a consecuencia de la introducción de nuevas tecnologías y de nuevas técnicas del *management* de recursos humanos.

- Reducción de las plazas ocupadas en el sector de la industria y un crecimiento (relativo y/o absoluto) del sector terciario.
- Aumento de la heterogeneidad ocupacional.
- Como efecto de lo anterior, disminuye el peso relativo y la importancia política de los sindicatos de la industria (es decir, el sector históricamente considerado “más combativo” y protagonista de importantes conflictos en el período anterior, pierde relevancia en el conjunto general de la clase trabajadora).
- Incorporación creciente de la mujer a la fuerza de trabajo.
- Crecimiento de las distintas modalidades de empleo precario y del desempleo, a causa de la expulsión de trabajadores de los circuitos formales por los ajustes de competitividad en las distintas actividades, de la introducción de formas de flexibilización (salarial, numérica y funcional) en las relaciones laborales, y de la reducción en la capacidad de absorción del empleo por la economía.
- Privatización de los conflictos entre capital y trabajo, es decir, se espera que éstos dejen de constituir materia de interés del Estado en cuanto defensor del interés común, para recluirse a la esfera de “conflictos entre privados”. Ello se observa, por ejemplo, en las propuestas de reforma a la legislación laboral.
- Preeminencia de la doctrina del Estado subsidiario, para estimular la eficaz asignación de recursos del mercado y mantener el acceso al crédito de bancos y organismos internacionales.
- A consecuencia de ello, y como corolario, subyace el objetivo de despolitizar la esfera de la relación entre capital y trabajo, postulando en su reemplazo una cierta noción de “comunidad de intereses” que tornaría fútiles sus diferencias.

Esta reorganización a gran escala no sólo está transformando drásticamente el sistema económico, sino también los procesos culturales, sociales e identitarios, modificando o tornando extemporáneos los patrones clásicos de constitución de actores sociopolíticos y de generalización de intereses prevalecientes, e imponiendo, en consecuencia, restricciones y condiciones nuevas a la fuerza de trabajo en sus posibilidades de constitución como sujeto ⁶⁰. Es la naturaleza del conflicto político la que ha mutado, obligando a los actores sociopolíticos a adaptarse a la nueva realidad. En el caso del

actor sindical, el impacto de estas transformaciones está modificando sus prácticas y proyectos, en un intento por actualizar sus luchas y reivindicaciones. Para mencionar uno de los temas que marcan la agenda de los noventa, la atención sobre el empleo informal o el subempleo, o la situación de los cesantes, “plantearán una aguda crisis del sindicalismo que se hará crónica cuando la implantación del nuevo modelo consolida una creciente heterogeneidad ocupacional de difícil representación de intereses”⁶¹.

2. Argentina: movilidad y articulación sindical bajo la crisis del empleo

2.1. Reformas estructurales e identidades sindicales

Las reformas estructurales en Argentina pusieron en entredicho la relación histórica entre los sindicatos y el peronismo, al tiempo que cuestionaron las regulaciones de tipo corporativo que modelaron las relaciones entre sindicatos y Estado. Ambos factores configuraron un determinado tipo de pautas de acción en el sindicalismo.

El antiguo modelo de relaciones entre Estado y sindicatos, ligado al desenvolvimiento del modelo de industrialización por sustitución de importaciones, se caracterizaba por un alto grado de intervención y regulación estatal, una fuerte centralización, “un fortalecimiento del poder institucional del sindicato con personería gremial, el predominio de determinadas categorías profesionales de trabajadores (obreros y empleados urbanos, industriales), una forma de negociación cupular; un costo salarial basado en acuerdos paritarios y una recuperación del poder adquisitivo regulada en forma diferida por los índices oficiales del costo de vida; y una organización del trabajo taylorista-fordista, centrada más en el control de la fuerza de trabajo que en la búsqueda de índices de productividad”⁶². No obstante la CGT gozaba del monopolio de la representación frente al Estado y los empresarios, se estima que la organización por rama de actividad, en federaciones y uniones, mermó la autoridad, capacidad financiera y autonomía de la organización. Su debilidad se expresó en que tuvo dificultades para imponer un criterio multisectorial por sobre los criterios particulares de sus afiliados⁶³, especialmente sus integrantes más fuertes. Esta debilidad halla raíces en cuestiones de

⁶⁰ Rodrigo Baño y Enzo Faletto, *Estructura social y estilo de desarrollo*, Santiago: Universidad de Chile, 1992; y *Transformaciones sociales y económicas en América Latina*, Santiago: Universidad de Chile, 1999.

⁶¹ Rodrigo Baño y Enzo Faletto, *Transformaciones sociales y económicas en América Latina*, Santiago: Universidad de Chile, 1999, p. 59.

⁶² Marta Novick y Ana María Catalano, “Reconversión productiva y estrategias sindicales en la Argentina: ¿renovación o ajuste táctico?”, en María Silvia Portella de Castro y Achim Wachendorfer (coordinadores), *Sindicalismo latinoamericano. Entre la renovación y la resignación*, Caracas: Nueva Sociedad / ILDES-FES, 1995, p. 83.

contexto como en factores sociopolíticos. Respecto de los primeros, por ejemplo, en el tema de la formación de los salarios, analistas consideran que la oferta restringida de mano de obra posiblemente haya influido a “elevar los salarios medios en épocas de expansión e incrementar las remuneraciones en determinados oficios y profesiones”⁶⁴. Respecto de lo segundo, lo más destacable parece ser el hecho que, a diferencia del acuerdo fordista de los países centrales, la puja interna en la distribución del ingreso se resolviera mucho más determinada por relaciones de poder entre el agro-industria-asalariados-Estado, que por relaciones técnico-productivas entre ellos.

El desempeño de la CGT incluso durante los primeros tiempos de Perón, es coherente con estas apreciaciones. Definir al sindicalismo argentino como plural puede parecer exagerado, pero ello no debe obscurecer la comprensión de la dinámica política del actor, la cual muestra una vitalidad que dista de la imagen homogénea y consolidada que con frecuencia es emitida desde el propio sindicalismo y sus cronistas afines. La fundación del Partido Laborista hacia 1945 –representativo de la opción política de la clase obrera–, lo mismo que su corta vida, o la conflictividad laboral en el período de gobierno de Perón, ponen de manifiesto las tensiones a su interior. Es efectivo que la línea política dictada por Perón termina imponiéndose en el sindicalismo durante los años cincuenta, incluso después durante el exilio del líder. No obstante, ya en los años sesenta se puede identificar a tres corrientes alternativas, que coexistían al interior de la CGT. Una de ellas fue la “participacionista” o “integracionista”, que opta por adaptarse a las condiciones imperantes tomando lo que el modelo estaba dispuesto a otorgarles, a cambio de estabilidad y legitimidad. Su origen se encuentra en la trayectoria de algunos sindicatos durante la dictadura de Onganía. Una segunda corriente fue la línea negociadora o “vandorista” (por su líder, el sindicalista Augusto Vandor), representativa de las denominadas 62 Organizaciones, y caracterizada por su lema “golpear y negociar”. Su carácter pragmático se demuestra en el experimento del “peronismo sin Perón”, que a pesar de su fracaso no mermó la profunda influencia de Vandor en el gremialismo. Por último, se encontraba la línea “dura” o “combativa”, que superará su condición minoritaria en el sindicalismo cuando logre articularse con vertientes marxistas y progresistas a nivel político y social, lo que aumentará sus capacidades de ingerencia en el proceso histórico general⁶⁵.

Con las transformaciones efectuadas a partir de 1976 y profundizadas durante los noventa, el modelo populista (como lo han planteado autores como Palomino o Basoaldo⁶⁶) o corporativo (según De la Garza, o Godio⁶⁷) entró en una crisis terminal. Con el nuevo modelo económico, “sindicatos y empresas encuentran un límite para sostener su dinámica tradicional de presión sobre el Estado a fin de obtener beneficios sectoriales.

⁶³ María Victoria Murillo, “La adaptación del sindicalismo argentino a las reformas de mercado en la primera presidencia de Menem”, en *Desarrollo Económico*, Vol. 37, N° 147, Buenos Aires, 1997.

⁶⁴ Ana María Catalano, “Salarios: ¿norma de consumo o costo productivo?” en Eduardo Rojas et al, *Los sindicatos y la tecnología: cambios técnicos y de organización en las industrias metalmeccánica y de la alimentación en Argentina. Parte II*, Santiago: OIT / PREALC, 1995, p. 81.

⁶⁵ Andrés Thompson, *Sindicatos y Concertación Social en Argentina 1983-1990*, Santiago: CLACSO / ISCOS / Planeta, 1993.

Límite puesto precisamente por la emergencia de un actor clave constituido por inversores financieros externos que, a través de la presión ejercida para el cumplimiento de los compromisos derivados de la voluminosa y creciente deuda externa, viene a disputar los excedentes que en el antiguo modelo económico se repartían según la puja distributiva interna. Este actor nuevo influye y opera internamente a través de su articulación con el *stablishment* financiero local y de un predominio ideológico que se expresó con fuerza en los años noventa, que [explica la orientación favorable de las políticas públicas]⁶⁸.

En este panorama el comportamiento del sindicalismo no ha sido homogéneo, cuestión en la cual coinciden la mayoría de los analistas. Desde luego, la posición y/o inserción de los sindicatos en la estructura económica define tendencias probables de comportamiento y de discursos asociados a ellos. Sin embargo, es preciso enfatizar que se trata de tendencias y no de determinaciones inexorables. También es destacable la relación entre sindicatos y actores políticos, especial aunque no exclusivamente con el peronismo. De ambos elementos emergen tradiciones organizacionales, que a pesar de adquirir notoriedad durante la vigencia del acuerdo fordista, encuentran sus antecedentes en las primeras décadas del siglo⁶⁹.

Una revisión de la literatura muestra una asociación entre el comportamiento sindical y el sector económico o de la producción en el que se hallan insertos. La apertura al exterior y el libre movimiento de capitales hacen colapsar a sectores de la industria, aumentando el desempleo y el subempleo. Además, la reforma del Estado realizada durante el mandato de Menem contribuyó decisivamente a elevar los índices de desempleo durante la década. Al observar el comportamiento del indicador a partir de 1976 se registra una clara tendencia al alza, la que con algunos períodos de leve descenso, se agudiza durante los últimos 12 años. Por otra parte, el impacto de la apertura en la generación de empleo productivo es escaso, y los sectores laborales que se beneficiaron con el ingreso de inversiones extranjeras son minoritarios. El crecimiento de las organizaciones territoriales y de desocupados se encuentra en relación con esta tendencia. En cuanto a la organización del trabajo, los sindicatos no han tenido un gran rol en la materia. A pesar del protagonismo de las comisiones internas y delegados de fábrica, éste ha sido variable, y la negociación colectiva históricamente ha sido vista por

⁶⁶ Héctor Palomino, "Los sindicatos en la Argentina contemporánea", en *Nueva Sociedad*, N° 169, Caracas, 2000; y Eduardo Basualdo, *Sistema político y modelo de acumulación en la Argentina. Notas sobre el transformismo argentino durante la valorización financiera (1976-2001)*, Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes / FLACSO / IDEP, 2001.

⁶⁷ Enrique de la Garza T., "Las transiciones políticas en América Latina, entre el corporativismo sindical y la pérdida de imaginarios colectivos", en Enrique de la Garza Toledo (comp.), *Los sindicatos frente a los procesos de transición política*, Buenos Aires: CLACSO, 2001; y Julio Godio, "Sindicatos, el poder perdido", en Omar Moreno (comp.), *Desafíos para el sindicalismo en la Argentina*, Buenos Aires: Friedrich Ebert / Legasa, 1993.

⁶⁸ Héctor Palomino, op. cit., p. 133.

⁶⁹ Es el caso de las cajas de jubilación, que a su vez provienen de las mutuales del siglo XIX, desarrolladas en la Argentina durante las primeras décadas del siglo.

los sindicatos puramente como una instancia de reivindicación salarial. A pesar de la relevancia dada al salario en la negociación con los empresarios, éste progresivamente ha perdido terreno en cuanto materia de regulación paritaria. Como ha sido señalado, “bajo la vigencia del acuerdo fordista, los salarios básicos acordados en paritarias se constituyeron en el principal –cuando no único– componente de la remuneración efectivamente percibida por los trabajadores. Actualmente, los salarios convencionados en paritarias pueden llegar a representar menos del 50% de la remuneración efectivamente percibida. Otros componentes remuneratorios –que expresan relaciones sociales más individuales y menos institucionales– están actuando como factores reguladores, ya no de la norma de consumo sino de la producción”⁷⁰.

Investigaciones recientes han mostrado que los sectores que se han visto más perjudicados por la implantación del actual modelo económico han sido los empleados públicos, tanto federales como provinciales, los empleados municipales, aquellos pertenecientes a empresas privatizadas, y los de sectores económicos impactados con la apertura indiscriminada al exterior. Según lo afirma Murillo, “la reducción en el empleo fue particularmente drástica en el caso de los empleados públicos, los ferroviarios, los empleados municipales y los textiles (54% de los empleos perdidos [entre marzo de 1991 y mayo de 1995]). En el sector público, las privatizaciones y la reestructuración de la administración pública nacional significaron una caída en el empleo y en los ingresos reales de los empleados públicos. En las provincias, hasta 1994, los sectores más afectados habían sido los docentes y empleados públicos transferidos de la administración nacional a la provincial que lideraron los primeros conflictos provinciales contra el ajuste”⁷¹. Para Murillo, “los dirigentes de estos sindicatos radicalizaron sus posiciones ante las presiones de sus bases, que sufrían el costo del ajuste en el sector público”. Novick⁷² coincide al respecto, y reafirma que fue el sector público quien con mayor fuerza sobrellevó el costo de la reforma de la primera gestión de Menem. La desocupación ascendente, en especial a partir de los años noventa, y la precarización del empleo también afectó a otras actividades como la metalurgia, o en general las vinculadas al mercado interno. Las expresiones alternativas dentro del panorama sindical tienen su origen en esta realidad: nos referimos a la Central de los Trabajadores Argentinos –CTA– y a la Corriente Clasista y Combativa –CCC–. No parece casual que la base de sustentación de la primera se encuentre en los sindicatos de ATE (estatales) y CTERA (docentes), mientras que la Corriente tenga a uno de sus más altos referentes en el sindicato de municipales de Jujuy.

Para algunos autores (tales como Murillo y Novick), durante los dos períodos de Menem se verificó una caída en la actividad huelguística de la mano de un repliegue generalizado del movimiento sindical frente a las empresas y el Estado, y de un aumento

⁷⁰ Ana María Catalano, “Salarios: ¿norma de consumo o costo productivo?”, op. cit., p. 83.

⁷¹ María Victoria Murillo, “La adaptación del sindicalismo argentino a las reformas de mercado en la primera presidencia de Menem”, op. cit., p. 425 y 426.

⁷² Marta Novick, “Nuevas reglas del juego en la Argentina, competitividad y actores sindicales”, en Enrique de la Garza Toledo (comp.), *Los sindicatos frente a los procesos de transición política*, Buenos Aires: CLACSO, 2001.

de su aislamiento social, todo ello producto de la ofensiva desplegada por las políticas modernizadoras⁷³. Otros, no obstante coinciden en la pérdida de influencia del sindicalismo durante las últimas décadas, afirman que a pesar de dicha situación, éste ha presentado una dinámica que no se encuentra demasiado lejos de la que presentó durante los años ochenta. En efecto, las nueve huelgas generales (junto a las otras nueve huelgas efectuadas en el gobierno de De la Rúa, entre 1999 y 2001), sumadas a los fenómenos del tipo motín o revuelta acaecidas en diversas provincias a partir de 1993 (Santiago del Estero, Cutral-Có, Tartagal, General San Martín, dentro de las más relevantes), además de los cortes de ruta protagonizados por los denominados “piqueteros”, a lo menos dan cuenta de una transformación en las formas de conflictividad, sin que por ello se verifique un abandono de las formas clásicas –como la huelga general–⁷⁴.

El carácter alternativo de la CTA encuentra fundamento en una lectura diagnóstica sobre las posibilidades y restricciones que encuentra el sindicalismo a partir de las reformas estructurales y el cambio en la orientación de los actores políticos fundamentales. Argumentando sobre la decisión de marginarse de la CGT hacia principios de los noventa, Claudio Lozano, importante dirigente nacional de la Central, sostiene que “la diferencia fundamental entre la CGT y la CTA no pasa porque la CGT haya sido menemista [...], no es una cuestión electoral, sino que tiene que ver con que la modalidad de organización sindical tradicional para nosotros está muerta. Está muerta como alternativa para recomponer el poder de los trabajadores y transformarse en un actor colectivo que pueda coparticipar dentro de la comunidad en la definición de un horizonte medianamente sensato, justo, razonable o como quieras denominarlo”⁷⁵. Es el modelo sindical que emergió de los años cuarenta lo que está en crisis total a partir de 1976, “ya que el sindicato típico de la etapa de sustitución de importaciones y expansión mercadointernista, ha extinguido de manera irreversible su capacidad de intervención política eficaz en la etapa actual de ajuste y reconversión salvaje, transformándose en un típico aparato de Estado”⁷⁶. Para la CTA se trata de crear formas de organización de los trabajadores acorde a las mutaciones que ha experimentado el conflicto social. Según Lozano “las formas organizativas nuestras son tres: Uno, la relación tradicional obrero-patronal, es decir, la organización al interior del establecimiento de laburo. Dos: la organización ligada a la disputa en torno a los conflictos que plantean las políticas

⁷³ Murillo, 1997, op. cit.; Novick, 2001, op. cit., y “La identidad sindical en crisis: el desafío del sindicalismo”, en *Quinto Congreso de estudios del trabajo*, Buenos Aires: ASET, 2001.

⁷⁴ Nicolás Iñigo Carrera, “La huelgas generales, Argentina 1983-2001: un ejercicio de periodización”, en *PIMSA Documentos y Publicaciones 2001*; Buenos Aires: PIMSA, 2002; y Nicolás Iñigo Carrera y María Celia Cotarelo, “Reestructuración productiva y formas de la protesta social en la Argentina”, en Enrique de la Garza Toledo (comp.), *Reestructuración productiva, mercado de trabajo y sindicatos en América Latina*, Buenos Aires: CLACSO, 2000.

⁷⁵ Isabel Rauber, *Una historia silenciada*, Buenos Aires: Pensamiento Jurídico Editora, 1998, p. 96.

⁷⁶ Artemio López y Claudio Lozano, “Hacia un nuevo modelo sindical. Aportes para su discusión”, en *Desafíos para el sindicalismo en América Latina*, Buenos Aires: Friedrich Ebert / Legasa, 1993, p. 235.

públicas. Tres: la organización en el área territorial, [...] Se trata de ver de qué manera se hace presente el conflicto en la sociedad actual. Y lo primero que uno puede registrar es que el conflicto, a diferencia de lo que ocurría antes de mediados de los setenta, es decir, antes del golpe, en lugar de estar situado exclusivamente en la conflictividad laboral, digamos, aparece descentrado, en donde, si bien existe el conflicto laboral, aparecen conflictos sociales con mucha fuerza incluso a veces con una fuerza superior a los conflictos que se dan dentro de los establecimientos de trabajo y que, por tanto, eso obliga a elaborar estrategias distintas de intervención frente al conflicto”⁷⁷. La famosa consigna “la fábrica es el barrio”, reiterada por dirigentes como De Gennaro o Luis D’Elía (líder de la Federación de Tierra, Vivienda y Hábitat –FTV–, el grupo mayoritario de piqueteros de la CTA), se encuentra en esta línea. Como este último dirigente lo señala,

“nosotros creemos que hubo un desplazamiento organizacional de la clase obrera, ya no es la fábrica el ámbito de organización de la clase sino que es el territorio, por eso los movimientos de desocupados y las organizaciones territoriales tienen mucha más vitalidad que el movimiento obrero organizado, que hace depender todas sus acciones de un fenomenal aparato económico”⁷⁸.

Del mismo modo, es a partir de este diagnóstico que se levantan los tres principios político-organizacionales de la CTA. La independencia y autonomía de los partidos políticos, de los gobiernos y del Estado; la elección directa de las direcciones ya se trate de la central nacional, provincial o local; y la afiliación directa de los trabajadores a la central. A pesar de la importancia que los distintos actores internos de la CTA le han asignado a estos principios, más adelante veremos que no existe un consenso generalizado respecto de su significado, alcances, ni sobre su aplicación práctica⁷⁹.

Los cambios de los últimos 25 años en la estructura económica –que desde el punto de vista del empleo podrían resumirse en un declive de la actividad industrial a costa de un aumento relativo de las actividades de servicios, simultáneo al aumento de la precarización de la actividad laboral–, a pesar de marcar ciertas pautas de comportamiento en los sindicatos, no las condicionan del todo. Es allí donde adquiere relevancia la relación entre sindicatos y actores políticos. El influjo que éstos tienen sobre la actividad y orientaciones sindicales no se limita exclusivamente a las articulaciones e internas partidarias, especialmente con el PJ. Su relevancia también se constata en lo relativo a las culturas políticas. Si el peronismo aparece como la matriz histórica del sindicalismo moderno argentino a partir de los años cuarenta, este hecho no debe obscurecer las tradiciones previas que fueron constituyendo las diversas visiones de los gremios y militantes, y que dieron origen a la dinámica de disputas y divisiones desde la fundación de la matriz. Del mismo modo, la incompreensión por parte de la izquierda y el

⁷⁷ En Isabel Rauber, *Tiempo de Herejías*, Buenos Aires: Central de los Trabajadores Argentinos, 2000, p. 83 y 84.

⁷⁸ *Entrevista personal a Luis D’Elía, 2002.*

⁷⁹ Los actores internos de la CTA son básicamente tres. La corriente mayoritaria conformada por ex-peronistas. El sector minoritario pero no despreciable encabezado por el Movimiento Político Sindical Liberación –MPSL–, vinculado al Partido Comunista. Finalmente, se ubica la FTV, que aunque pertenece al tronco peronista de la CTA, ha adquirido creciente autonomía del bloque mayoritario, que se expresa en distintas acciones y en el estilo de liderazgo ejercido por su líder, Luis D’Elía.

radicalismo del fenómeno peronista en el mundo del trabajo condenó a uno y otro al aislamiento y a una escasa influencia. Con todo, dado que el radicalismo se asentaba socialmente en las capas medias, y producto de la importancia de éstas en la estructura social, este aislamiento no le resultó tan dramático. Sin embargo, en el caso de la izquierda la situación adquirió ribetes de mayor gravedad, en la medida que dichos partidos encontraban su base social de sustentación en la clase trabajadora⁸⁰. Una de las consecuencias de esta situación es que las animosidades entre peronistas e izquierda persisten hasta hoy y que esta última tenga una limitada influencia al interior del sindicalismo⁸¹.

2.2. Tradiciones organizativas, memorias y prácticas sociales

En el análisis de las pautas de comportamiento sindical son relevantes las tradiciones organizativas. Algunos analistas han llamado al gremialismo argentino “sindicalismo de servicios”, destacando su rol proveedor de asistencia social a sus afiliados en diversos ámbitos. Este elemento contribuye a explicar la dinámica de protesta y/o de negociación de los agrupamientos sindicales en las últimas décadas. En efecto, de acuerdo a Murillo, en los noventa algunos sindicatos asumieron una estrategia que la autora denomina de “supervivencia organizativa”. Frente a condicionantes tales como la retirada del Estado, su pérdida de influencia en el Partido Justicialista, la disminución en el número de afiliados y la menor capacidad de movilizar a sus bases, estos sindicatos optaron por involucrarse en actividades empresariales que surgen como consecuencia de las reformas de mercado. Según esta analista, “algunos sindicatos se abocaron a influir en el diseño de las nuevas instituciones que emergieron de este proceso de reformas estructurales con el objetivo de reemplazar los recursos industriales por otros que fueran menos costosos. Aprovechando su relación con el partido de gobierno, estos sindicatos optaron por invertir en recursos organizativos, y se concentraron en influir en el diseño de las reformas laborales para defender sus patrones de organización y financiamiento sindical así como en la implementación de otras reformas a fin de acrecentar sus recursos organizativos”⁸².

⁸⁰ Carlos Altamirano, en un estudio sobre las ideas políticas durante el régimen peronista, y el conflicto acaecido entre peronismo e izquierda, afirma: “Partidos que se consideraban representantes de la clase obrera no podían observar impasibles el hecho de que la mayoría de la clase obrera no sólo había votado por Perón, sino que se había vuelto peronista. Desde 1946 este hecho se verificaba periódicamente en las pruebas electorales. Los sindicatos industriales habían pasado a ser organizaciones poderosas y sus columnas tenían una presencia dominante en los actos de masas, se trataba de las concentraciones rituales de la Fiesta del Trabajo el día 1 de mayo, y del 17 de octubre, Día de la Lealtad, o de los mítines convocados para celebrar y revalidar iniciativas del gobierno. Ahora bien, ¿qué significado darle a esas evidencias? Los gremios habían dejado de ser asociaciones civiles de trabajadores y no eran autónomos, es verdad, y lo serían cada vez menos (desde 1950 la Confederación general del Trabajo era una rama del movimiento peronista). ¿Pero no era una realidad que los trabajadores habían adquirido, bajo Perón, un nuevo poder, y que la relación de fuerzas entre las clases se había alterado? ¿Qué registro dar al hecho de que la justicia social, una de las banderas del peronismo, no había sido un eslogan vacío, pues la situación de los trabajadores había mejorado sustantivamente?”. Carlos Altamirano, “Estudio Preliminar”, en *Bajo el signo de las masas (1943-1973)*, Buenos Aires: Ariel, 2001, p. 40 y 41.

⁸¹ Quizás el caso más notable de articulación entre izquierda y peronismo se verifique hoy en la experiencia de la CTA.

Cabe formular la interrogante sobre si efectivamente estos sindicatos perdieron influencia en el PJ –o en algún sector del partido– o si, más bien, frente a un contexto de creciente pérdida de influencia, la supervivencia organizativa emergió como la única opción para hacer frente a esta crisis. Sugerente es la pregunta que preside el trabajo realizado por González y Bosoer, cuando inquieren: “¿significó verdaderamente el gobierno de Carlos Menem la superación definitiva del modelo representado por el sindicalismo peronista tradicional, o representó, de una manera más visible, su salvataje tras el agotamiento del modelo social y económico que le dio origen y sobre el que se edificó la estructura sindical argentina? ¿Cómo se explica la exitosa cooptación de la dirigencia sindical peronista durante los primeros seis años del menemato?”⁸³. Como lo ha señalado Palomino, el sindicalismo cegetista, particularmente los denominados sindicatos “gordos”⁸⁴, se articulan en torno al PJ con la pretensión de jugar un rol en las pugnas entre las diversas fracciones del partido, inclinando la balanza en función de qué caudillo dentro del partido está en condiciones de ofrecer recursos a los sindicatos. Es así como a inicios de los noventa, el liderazgo de Menem subordina al amplio espectro de la CGT, incluso alcanzando la reunificación de la CGT Azopardo y la CGT San Martín en un acto que lo tuvo como principal orador⁸⁵. Menem pretendió de ese modo reeditar el tipo de liderazgo ejercido por Perón, “quién subordinó los distintos sectores del movimiento a su liderazgo personal circunscribiendo y limitando los intereses sectoriales”⁸⁶.

Durante toda la década, y con la reunificación cegetista, esta central ha desarrollado un discurso proclive a la vinculación con el Estado, en la perspectiva de la defensa de los recursos organizativos. Pero también uno de los objetivos cegetistas ha sido la defensa de su condición de factor de poder. Como lo señala un hombre de la multigremial, “esta CGT históricamente ha buscado ser protagonista en las definiciones políticas, pero el debilitamiento sindical ha también debilitado su poder de protagonismo, entonces lo que ha buscado es ver de qué manera se posiciona, se fortalece para constituirse en un polo de poder, en una referencia fuerte como ha sido el sindicalismo históricamente en la Argentina, inclusive en gobiernos de facto...”⁸⁷. El mecanismo utilizado para constituirse

⁸² María Victoria Murillo, op. cit., p. 427.

⁸³ Santiago Senén González y Fabián Bosoer, *El sindicalismo en tiempos de Menem. Los ministros de trabajo en la primera presidencia de Menem: sindicalismo y Estado (1989-1995)*, Buenos Aires: Corregidor, 1999, p. 10 y 11.

⁸⁴ Concepto que hace alusión a los sindicatos con mayor poder económico, derivado de su número de afiliados, sus importantes inversiones en Obras Sociales, y luego, con las reformas del gobierno de Menem, su participación en empresas privatizadas.

⁸⁵ Luego del congreso de reunificación, y con el casi total predominio que alcanzan las corrientes “menemistas puras” –como las llama Godio– en la dirección de la CGT, se acelera la debacle del “Ubaldinismo” –corriente que toma su nombre del líder indiscutido de la CGT de los ochenta, Saúl Ubaldini, hoy diputado nacional–, a la vez que los minoritarios sindicatos disidentes llegan a gestar la “Declaración de Burzaco”, antecedente directo de la actual CTA.

⁸⁶ Andrés Thompson, *Sindicatos y Concertación Social en Argentina 1983-1990*, Santiago: CLACSO / ISCOS / Planeta, 1993, p. 238.

⁸⁷ Entrevista personal a Mario Gasparri, 2002.

en un actor con esas características ha sido el diálogo social. De este modo la CGT intercambia con el gobierno legitimidad y paz social, a cambio de leyes favorables y “supervivencia organizativa”, es decir, recursos para los sindicatos y sus obras sociales. La misma fuente señala,

“desde mi punto de vista [la CGT] busca insertarse de vuelta como un actor social definido, importante, trascendente y eso siempre piensan los dirigentes que pueden lograrlo mediante el diálogo social, es lo que se propicia, por eso en esta convocatoria [de los noventa] hay una convocatoria abierta a vincularse en las decisiones: deuda social, el rol del Estado [...] no hay una política confrontacionista abierta”⁸⁸.

En esta idea del sindicalismo como “factor” o “polo” de poder se observan reminiscencias con la política vandorista al interior de la central sindical tradicional.

Para el vandorismo, en Argentina la democracia política pluralista, o el liberalismo político, no estaban en condiciones de ofrecer soluciones de continuidad al país, lo que implicaba que en la práctica, quienes tomaban decisiones en el país eran los “factores de poder tradicionales”, es decir, las Fuerzas Armadas, la Iglesia y los gremios empresarios. De ahí la necesidad que los sindicatos se constituyeran en el cuarto poder, dentro de un esquema estatal prácticamente corporativo. Simultáneamente, se concebía al peronismo como un movimiento, y no como un partido. Ello implicaba que el eje articulador del movimiento debía ser un factor de poder, en este caso, el movimiento sindical, la “columna vertebral” del peronismo. Finalmente, para garantizar su condición de factor de poder el sindicalismo debía aliarse con el Estado⁸⁹. En estas premisas se asentó la concepción predominante en el sindicalismo desde los años 60. Sin embargo, y aunque aparentemente es la CGT disidente quién con mayor justeza parece ser la heredera de dicha tradición, Godio sostiene que el vandorismo, más que determinadas estrategias o políticas desde el gremialismo, se ha constituido hasta la actualidad en una verdadera cultura sindical. Según el autor, “al desaparecer las condiciones políticas y económicas que hicieron posible la vigencia del vandorismo, el sindicalismo peronista está subsumido en una crisis cultural. Esa crisis cultural –o si se quiere la dificultad para elaborar una estrategia que de cuenta de los cambios en la política y en la economía en el país– es la principal causa de la baja legitimidad de la dirigencia sindical”⁹⁰.

Buscando adaptarse a las condiciones prevalecientes, la CGT que en un primer momento se opuso a la reforma del sistema de Obras Sociales –de hecho, la misma reunificación de la CGT en 1992 ocurre bajo la presión de concentrar fuerzas de oposición al primer proyecto gubernamental sobre la materia –, termina aceptando la negociación. La CGT no se opone a la transformación impulsada por el gobierno –“los trabajadores, que hemos demostrado estar comprometidos con el cambio...”– pero plantea que “la disyuntiva que [el momento actual] les plantea a los trabajadores es: o se

⁸⁸ *Op. cit.*

⁸⁹ Julio Godio, “Sindicatos, el poder perdido”, en Omar Moreno (comp.), *Desafíos para el sindicalismo en la Argentina*, Buenos Aires: Friedrich Ebert / Legasa, 1993.

⁹⁰ *Op. cit.*, p. 291.

incorporan a la transformación, fijando su posición en defensa de sus intereses, o bien solamente participan en calidad de víctimas de un proceso conducido por los grandes grupos económicos”⁹¹. Presionados por el consenso social en torno a las reformas menemistas, y asumiendo responsabilidades por la inestabilidad y caída del precedente gobierno peronista (entre 1973 y 1976), los sindicatos evaluaron la conveniencia de “participar en la transformación”.

Para la CTA, el menemismo terminó por desarticular el esquema de intercambios entre sindicatos, Estado y empresarios. En el antiguo modelo, y producto de que los ingresos del sindicato para el mantenimiento de la obra social y los servicios provenían de las cuotas de sus afiliados, “objetivamente el sindicato tenía que pelear por el nivel de ingreso y el empleo en su sector porque esto, además, le mejoraba su propia situación económica. Hoy, la idea de transformar el sindicato en una empresa implica abrirlo a todos los sectores, a todas las actividades, transformándose en empresarios. ¿Eso qué genera? Que los ingresos de la organización ya no dependen del nivel del salario, del nivel de empleo del sector que ellos representan, sino que depende del conjunto de las actividades que como *holding* empresario maneja ese sindicato. Y eso rompe el vínculo trabajador-sindicato”⁹². Este es el nacimiento del sindicalismo empresario. Para Murillo en el origen de la CTA se hallan sindicatos que no desarrollaron grandes recursos organizativos. ATE y CTERA “son sindicatos del sector público con mayor militancia y con una mucho menor tradición de gestión institucional de servicios sociales, ya que sus trabajadores mayormente pertenecían a obras sociales provinciales”⁹³.

El sindicalismo cegetista acepta los términos del intercambio que le propone el gobierno. Y si en un primer momento el dirigente Agustín Amicone afirmaba que “la capacidad del movimiento obrero está intacta. Estamos en un momento de transición. Si es necesario haremos un paro nacional”⁹⁴, luego se participó activamente de la reforma. La participación en las privatizaciones y el esquema de competencia entre obras sociales implica

“una instancia de preservación del espacio sindical, en virtud de los reacomodamientos y los cambios, pero en el congreso del año 2001, 2000, y en todos los foros donde se discute el tema de las obras sociales, se sostiene que la obra social es fundamentalmente solidaria, por sobre todas las cosas y en última instancia es el reaseguro para que los trabajadores tengan más salud por más que te dé más plata, ¿por qué? ¿Qué se busca?, se buscan alternativas pero no totales sino parciales para contener el avance de las prepago, porque el día que las prepago igual que las AFJP te copan en el mercado, ningún trabajador va a

⁹¹ Confederación General del Trabajo de la República Argentina (CGT), *Declaración del Congreso de la Confederación General del Trabajo*, Buenos Aires: Mimeo, 1994.

⁹² Isabel Rauber, op. cit., 1998, p. 86,

⁹³ M. V. Murillo, op. cit., p. 426.

⁹⁴ Entrevista a Agustín Amicone, en Laís Abramo (editora), *Sindicalismo y democracia*, Cuaderno Sindical N° 6, Santiago de Chile: CLACSO, 1993, p. 8.

tener jubilación ni salud, pero lo que se tiene claro es que hay que preservar este sistema, más allá que existan alternativas coyunturales, puntuales, para entrar un poco en las reglas del juego, porque esto es una lucha salvaje...”⁹⁵ .

La opción por ingresar al mercado y de esa forma cubrir el déficit en recursos de las instituciones sindicales (el propio sindicato y los servicios a éste asociados) no se encuentra del todo lejana de la tradición sindical argentina. No por casualidad se le ha denominado como un “sindicalismo de servicios”. Para Murillo, “los grandes sindicatos (o aquellos de trabajadores con mayor poder adquisitivo) históricamente han tenido experiencia en el uso de recursos organizativos, incluso cuando el peronismo estaba proscrito. Estos recursos organizativos se desarrollaron mayormente alrededor de las obras sociales administradas o coadministradas por los sindicatos, cuyo origen se remonta a las viejas prácticas de empresas y sindicatos que proveían de servicios sociales a sus trabajadores, incluso antes de la emergencia del peronismo”⁹⁶ . Esta apreciación es reafirmada desde la CGT. En la entrevista efectuada, en

“el viejo sistema sindical, los sindicatos cuando tenían caja de jubilación en la década del veinte y treinta, era el sistema de capitalización, no de reparto; el reparto solidario aparece después cuando hay plena ocupación y empleo...”⁹⁷ .

El pragmatismo institucional, más allá de las ligazones doctrinarias, caracteriza a este tipo de sindicatos. Ello explica que incluso en pleno período de reformas durante la primera administración de Menem, la nueva norma de aumento salarial por productividad, que perjudicaba a vastos sectores asalariados, haya beneficiado a algunos de sus sindicatos⁹⁸ .

Por otra parte, el peso específico que tienen las piezas fundamentales del sindicalismo tradicional cegetista ha ido cambiando. Según los antecedentes que proporciona Maas, “en 1974, la industria ocupaba a 1,5 millones de trabajadores. La cifra se redujo a 1,38 millones en 1985 y a 1,1 millones en 1994. En la actualidad, el número de obreros industriales apenas supera los 600.000”. Y agrega, “es cierto que los que se quedaron son más ‘productivos’, pero los que pasaron a engrosar las filas de los desocupados –casi un millón de puestos industriales se perdieron en los últimos 25 años– tienen productividad cero”⁹⁹ . Por su parte, el PBI de la industria manufacturera disminuyó en un 28,6 entre 1993 y 2002¹⁰⁰ . El discurso que en tiempos pasados hablaba

⁹⁵ *Mario Gasparri, op. cit.*

⁹⁶ María Victoria Murillo, *op. cit.*, p. 436.

⁹⁷ *Mario Gasparri, op. cit.*

⁹⁸ En Santiago Senén González y Fabián Bosoer, *op. cit.*

⁹⁹ Pablo Maas, “Fábricas sin obreros”, en *Le Monde Diplomatique*, N° 23, Santiago, 2002, p. 32.

¹⁰⁰ Según los datos del Instituto Nacional de Estadísticas y Censos de Argentina, pasa desde 43.138 millones en 1993 a 30.138 millones de pesos en 2002 (en pesos de 1993. Los datos de 2002 son una estimación del autor en base a los resultados del 1^{er} trimestre).

de la “patria metalúrgica” casi no encuentra asidero en la actualidad. Esta percepción es reforzada por A. E. Calcagno y E. Calcagno: “en ambos períodos de industrialización (‘fácil’ y ‘difícil’) se llegó a un importante desarrollo industrial, con una incidencia en el Producto Bruto Interno (PBI) que se aproximaba al de los países desarrollados; había sido del 21% en 1940-44 y llegó al 30% en 1972-76 (promedios anuales); en 1999 este porcentaje era cercano al 30% en España, Italia y Portugal. [...] Entre 1976 y 2000, la participación de la industria en el PBI global cayó del 31,7% al 16,1%”¹⁰¹. A esto se agrega que la participación neta de la industria manufacturera en el PBI se encontraba estancada desde 1993, para caer severamente entre 2000 y 2001, según cifras del INDEC¹⁰². Si en décadas precedentes el sindicalismo podía desarrollar una estrategia de intercambios con el Estado que de diversas formas le reportaba beneficios, en el presente el cambio de modelo le dificulta dicha ventaja. Por otra parte, en 1974 la participación del factor trabajo en el ingreso nacional llegaba a cifras cercanas al 45%, mientras que los niveles de desocupación eran los más bajos de la región, comparables sólo con países desarrollados. La actual crisis del mercado interno y la pérdida de decisión y control del Estado y de los grupos productivos nacionales sobre el proceso económico, impiden la reedición del esquema de intercambios del pasado. Ya no existe, en definitiva, el ciclo articulado entre productores, trabajadores y consumidores al interior de la nación.

La dictadura, a partir del “proceso” en 1976, cambió el eje rector de la actividad económica por el dinamismo basado en los sectores de renta y financiero. Desde la perspectiva del mundo del trabajo, quizás uno de sus consecuencias más importantes haya sido el efecto disciplinador. Como lo ha propuesto Canitrot, la disciplina se constituyó en uno de los objetivos de la política económica de la dictadura¹⁰³. A la coacción extraeconómica –uno de los grupos que engrosa la lista de desaparecidos es el obrero-sindical–, se agregó la instalación de un marco estructural que alteró radicalmente

¹⁰¹ Alfredo Eric Calcagno y Eric Calcagno, “Industria y política van de la mano”, en *Le Monde Diplomatique*, N° 23, Santiago, 2002, p. 30.

¹⁰² El dirigente Francisco “Barba” Gutiérrez de la Unión Obrera Metalúrgica (UOM) refuerza esta percepción: “la destrucción de ese modelo y la destrucción de la industria nacional hizo que la UOM también no tuviera el peso específico político, económico y social que tuvo en los años sesenta, setenta hasta los años ochenta, hemos ido perdiendo en los últimos años para acá 25 mil puestos de trabajo por año, 25 mil puestos industriales por año; esto le ha hecho perder ese rol histórico de ser la columna vertebral dentro del peronismo y dentro del movimiento obrero y comenzaron a tener quizás igual o similar vigencia otros gremios, el gremio gastronómico, porque el país se asentó en lugar de los gremios de la industria, de la acción productiva, en un país más de servicios, un país improductivo que vivió del endeudamiento” (Entrevista personal a Gutiérrez, 2002).

¹⁰³ Adolfo Canitrot, “La disciplina como objetivo de la política económica. Un ensayo sobre el programa económico del gobierno argentino desde 1976”, en *Estudios CEDES*, Vol 2, N° 6, Buenos Aires, 1979. El plan económico de la dictadura argentina no sólo buscaba el disciplinamiento de la clase obrera –buscado también por vías coactivas directas, incluyendo el amedrentamiento y desaparición física– sino también del empresariado local. Canitrot sostiene que “en la motivación ideológica [del plan económico de 1976] yace el propósito no sólo de controlar el comportamiento de los asalariados, sino también disciplinar a la propia clase empresaria organizando la economía de tal forma que toda tentación de acuerdos espúreos con las clases dependientes –de los cuales Gelbard es la encarnación– quede eliminada” (op. cit., p. 22).

las posibilidades para modificar las pautas distributivas desde la lucha sindical.

No obstante los constreñimientos estatales y económicos, fueron los sindicatos que contaban con una historia gremial ligada a la gestión de servicios quienes mejor se acomodaron a las nuevas legislaciones y optaron por este tipo de sindicalismo “empresario”, según sus detractores. Mientras una parte del sindicalismo participaba de las reformas, para otros, el lema del momento era “lo máximo es mantener lo mínimo”¹⁰⁴. En definitiva, fueron los sindicatos que contaban con cierta experticia y cultura gremial de gestión de servicios y “emprendimientos” los que mejor se insertaron en los marcos del nuevo modelo de relaciones laborales y optaron por el sindicalismo “empresario” o neo-corporativista. En la actualidad ellos se ubican dentro del espacio de la denominada CGT Daer.

2.3. Peronismo e izquierda, rupturas y continuidad

Aquellos sindicatos, dentro de la CGT, que no contaban con suficientes recursos para reacomodar su actividad a los dictados del mercado, formaron en 1994 el MTA, conocido después por CGT “disidente” o “rebelde”. Parte de sus críticas se centraron en lo que se consideró una actitud dialoguista de parte de la conducción oficial de la CGT. Dado que la reestructuración del sistema de obras sociales afectaba seriamente la continuidad de los servicios que estos sindicatos proveían a sus afiliados, y producto de la crisis en que dichos sindicatos se encontraban tanto en materia de afiliados –que cada vez disminuían más– como respecto de los aportes patronales y estatales a las arcas de sus organismos dependientes, un grupo de sindicatos se alzó como corriente interna a la CGT, bajo el precepto de “recuperar la CGT para los trabajadores”. Formaron parte de esta experiencia las 62 organizaciones –con la UOM a la cabeza–, el sindicato de Camioneros, Cerveceros, Aeronavegantes, Unión General de Trabajadores del Transporte (UGTT), entre los más destacados.

Si bien es cierto este nucleamiento toma alguna distancia del PJ y del menemismo, no por ello abomina del peronismo en cuanto matriz e ideario político. Sus planteamientos transitan desde la propuesta de recomposición del PJ a partir de su participación en las internas partidarias, hasta la generación de referentes de naturaleza político–electoral alternativos (el Polo Social, por ejemplo). Una fuente de la CGT “rebelde” sostiene que “con los partidos sosteniendo el modelo neoliberal y representando los intereses del capital, los trabajadores se quedaron sin representación político partidaria. Este fenómeno inédito desde 1945 en la Argentina generó una profunda fragmentación social [...] El único sector social con un grado de organización de orden nacional y con recursos para afrontar una relativa resistencia al modelo es hoy el sindicalismo organizado. Una parte de ese sector claudicó a partir de 1991 al dudar entre asumir la defensa de los trabajadores o conservar su alianza política con el menemismo”¹⁰⁵. Al observar las movilizaciones contra la reforma laboral de De la Rúa y la agudización de la crisis social,

¹⁰⁴ Quijano, 1991, p. 30.

¹⁰⁵ Edgardo Rodríguez, *El mes sindical*, en <http://www.cess.org.ar/macro/35-oct98/0400sind.htm>, 1998.

este analista se preguntaba: “¿Intentará Moyano recrear el peronismo desde las viejas estructuras del PJ con la esperanza de reinstalar a la clase trabajadora como columna vertebral; y si lo intentara, lo acompañaría esta amplia confluencia socio–sindical que se ha conformado detrás de su liderazgo?”¹⁰⁶ .

El antecedente inmediato de la CGT disidente se encuentra en el Movimiento de los Trabajadores Argentinos (MTA) cuyo nacimiento se registra el 1 de febrero de 1994. La reducción del aporte patronal a las obras sociales, en paralelo a la apertura de un juicio de la DGI (Dirección General Impositiva) contra la CGT y la UOM por no pago de los aportes jubilatorios, la posterior ratificación del gobierno del decreto de reducción de aportes y la suspensión del paro general en protesta por esta situación por la CGT, colmó la paciencia de algunos dirigentes. El programa del MTA consistió en “confrontar con la conducción de la CGT y con la política socioeconómica del gobierno. También se opone a la reforma laboral y a la rebaja de los aportes patronales a las obras sociales. El MTA exige, además, la vigencia plena de las convenciones de trabajo y el llamado urgente a las paritarias y está decidido a impulsar un plan de lucha”¹⁰⁷ .

Para Francisco “Barba” Gutiérrez, de la corriente interna Felipe Vallese de la UOM, opositora al hegemónico “miguelismo”¹⁰⁸ , frente a la estrategia del sindicalismo empresario, primero el MTA (como corriente interna dentro de la CGT) y luego –durante 2000– la formación de la CGT disidente significó

“una actitud de confrontación política con las dirigencias de la CGT oficialista [...] cuando la CGT oficialista acordó en forma, digamos, inesperada y a la espalda de casi todos los dirigentes la reforma laboral que fue tan cuestionada y que se votó incluso en el senado con el soborno [a los legisladores]...”¹⁰⁹ . Sin embargo, “esa estrategia, también, a nuestro juicio, después de dos años de CGT, no logró ser abarcativa del conjunto del movimiento obrero, porque de alguna manera quedó sectarizada, no logró abarcar [...], y por otra tuvo también, producto de su alineamiento político con el peronismo ciertos vaivenes, cuando fue hace dos años la candidatura de Duhalde presidente y después la candidatura de Duhalde senador, políticamente quedó de alguna manera alineada con la interna peronista. Entonces eso hizo perder mucha representatividad, y de hecho se transformó en una lucha testimonial que no logró resultados, no logró frenar la profundización del modelo neoliberal impulsado por Menem, por De la Rúa y ahora por Duhalde”¹¹⁰ . Estas razones llevaron a que la UOM se marginara de la CGT Moyano¹¹¹ .

¹⁰⁶ Op. cit., *El mes sindical*, Buenos Aires: Centro de estudios socioeconómicos y sindicales, 2000.

¹⁰⁷ Santiago Cenen González y Fabián Bosoer, op. cit., p. 132.

¹⁰⁸ Alude al liderazgo del histórico dirigente metalúrgico Lorenzo Miguel (fallecido en 2003), heredero de Vandor dentro de la UOM y depositario de su estilo y convicciones en el espacio del sindicalismo peronista. Miguel estuvo a la cabeza de la UOM de forma ininterrumpida durante las tres últimas décadas.

¹⁰⁹ *Entrevista personal a Francisco Gutiérrez, 2002.*

¹¹⁰ Op. cit.

Parece apropiado detenerse un momento en el caso de la UOM en cuanto su trayectoria ilustra procesos relevantes para comprender la dinámica sindical y su vínculo con el desempeño del modelo económico. En efecto, en lo político, y de acuerdo a los antecedentes entregados por Iñigo Carrera y Cotarelo, cuando una parte de los cuadros sindicales (CGT oficial) acuerdan con el gobierno materias relativas a la reforma laboral, la UOM se mantiene al margen ¹¹². Del mismo modo, en la mayoría de las movilizaciones y huelgas generales de los noventa en que la CGT “dialoguista” se restaba, la UOM en su conjunto, o bien a través de sus seccionales, participa activamente aún mientras permanece dentro de la misma organización. También, y de acuerdo al relato de Iñigo Carrera, durante las huelgas generales de la década el sector industrial manifestó uno de los mayores niveles de acatamiento ¹¹³, quizás al mismo nivel que los estatales. Su actitud más enérgica y dispuesta a la movilización, sobre todo durante la segunda mitad de los noventa, coincide con los embates a los que ha estado sometido su sector durante toda la década –entre enero de 1998 y agosto de 2002 se destruyeron 260.000 puestos de trabajo industriales–, a los que hemos hecho alusión en párrafos precedentes. Sin embargo, durante el primer período de Menem el papel jugado por Lorenzo Miguel, quien aprovechó su amistad con el Presidente, logró que el gobierno aportara recursos a las obras sociales del sindicato, salvándolo de una crisis inminente. Este hecho ilustra uno de los factores descritos por Matsushita al explicar la dinámica de los sindicatos durante los años noventa: las amistades y lealtades personales ¹¹⁴.

En las relaciones que estableció el sindicalismo con el PJ se verifica uno de los principales quiebres discursivos respecto de los planteamientos precedentes dentro del “espacio CGT” –entendiendo por tal a la CGT Daer y a la CGT Moyano–. Desde la CGT oficial se piensa que

“en este momento no hay una concepción de sindicalismo peronista”, y que “naturalmente el sindicalismo argentino piensa volver a recuperar esa alianza [de los años cuarenta con el PJ], y que es esa dirección la que va a posibilitar al país salir adelante en esta crisis”, pero simultáneamente se reflexiona que “yo no sé si recomponer el PJ, pero si se puede propiciar [desde el sindicalismo] un espacio donde se imponga un proyecto para los trabajadores, no sé... el PJ será el encargado o no de canalizar esas aspiraciones, esa es la pregunta central: hoy, ¿está el PJ en condiciones de canalizar las aspiraciones del movimiento obrero

¹¹¹ En voz del propio Gutiérrez, la UOM propone “que la única forma que nosotros retornemos a la estructura de conducción del movimiento obrero es si se convoca, primero, a un renunciamiento general de la dirigencia, porque creemos que hay muchos dirigentes que están muy cuestionados y que necesitan hacer un paso al costado; lograr la convocatoria a un congreso nacional de la unidad de todo el movimiento obrero argentino y permitir el surgimiento de nuevos dirigentes para recuperar la credibilidad, la confianza y a partir de ahí fortalecer al conjunto de los trabajadores en una estrategia de lucha que sea abarcativa del conjunto”.

¹¹² Nicolás Iñigo Carrera, y María Celia Cotarelo, “La protesta social en los noventa. Aproximación a una periodización”, en *PIMSA Documentos y Publicaciones 2000*, Buenos Aires: Programa de Investigación sobre el movimiento de la sociedad argentina, 2000.

¹¹³ Nicolás Iñigo Carrera, “Las huelgas generales...”.

¹¹⁴ Hiroshi Matsushita, “Balance crítico de una década”, en Santiago Senén Gonzáles y Fabián Bosoer, 1999, op. cit.

organizado? Esa es la pregunta que yo me hago, no tengo respuestas...”¹¹⁵.

Las dudas que manifiesta Gasparri sobre el PJ se transforman en certezas para Gutiérrez. Este argumenta que

“el peronismo tiene una crisis fenomenal, creo que a nivel del movimiento obrero ha perdido absoluta representatividad, salvo en la dirigencia sindical y en algunos sectores de la dirigencia sindical”. Frente a la pregunta sobre si se ha perdido la articulación entre el movimiento obrero y el peronismo, Gutiérrez responde que “yo creo que sí, hay una fractura de hecho [...] en alguna dirigencia todavía tienen la expectativa de que pueden llegar a resolver algunos problemas estructurales, pero como proyecto nacional, popular, articulado desde la base a la dirigencia creo que está totalmente agotado”¹¹⁶.

Sin embargo, desde sus mismos orígenes el sindicalismo peronista viene operando de forma autónoma al PJ, pero en íntima relación. Esto, que podría parecer una contradicción, en realidad refleja la dinámica que han asumido los dirigentes y corrientes sindicales adscritas a la ideología peronista. Como lo ha señalado Palomino, “la dispersión actual del PJ recubre el corte entre ambas CGT, aunque la fluidez de tendencias determina la inestabilidad de las coaliciones, situación que se prolongará hasta que alguna de aquellas llegue a prevalecer y concentre las fuerzas partidarias, tal como ha ocurrido en el pasado”¹¹⁷.

Para Víctor De Gennaro (Secretario General de la CTA y exponente de su tronco peronista) si bien hay coincidencia con sus colegas de la CGT y el MTA con relación al significado del peronismo en el movimiento obrero durante décadas pasadas, el peronismo de hoy ya no resiste articulación con el PJ. Desde su perspectiva, el peronismo comprometido con la justicia social progresiva, con el rol preponderante de los trabajadores organizados y el nacionalismo revolucionario, debería tender a articularse con otros sectores, y a partir de allí generar nuevas identidades que permitan movilizar por el cambio de modelo¹¹⁸. En tanto, los sectores no peronistas de la CTA tampoco se proponen des-peronizar la subjetividad de la masa laboral. En palabras de Víctor Mendibil, de los trabajadores judiciales y miembro de la mesa nacional de la CTA,

“no estamos pensando en forma negativa que hay que borrar tal identidad, no, con todas esas identidades hay que construir una nueva identidad de la clase obrera”¹¹⁹.

El reconocimiento de tal o cual identidad fundante, junto con proyectar un pasado, una historia, traza ciertos horizontes ideológicos en las tendencias internas, lo que se verifica en las comprensiones distintas respecto de la cuestión electoral (mientras algunos

¹¹⁵ Mario Gasparri, *op. cit.*

¹¹⁶ Francisco Gutiérrez, *op. cit.*

¹¹⁷ Héctor Palomino, *op. cit.*, p. 132.

¹¹⁸ Ver, Isabel Rauber, *Tiempo de Herejías* (2000), y *Una Historia Silenciada* (1998).

¹¹⁹ *Entrevista personal a Víctor Mendibil, 2002.*

plantean fundar un movimiento político autónomo a partir de la central, otros se articulan en opciones políticas como Izquierda Unida, el FREPASO, el ARI o el Polo Social ¹²⁰), respecto del carácter de la solución a la crisis (una alternativa socialista o un capitalismo del tipo Estado de bienestar ¹²¹), sobre la naturaleza del propio movimiento político-sindical (un sindicalismo de clase ¹²², o bien un eje articulador de una alianza pluriclasista), o la relación con el Estado (diálogo y negociación, o ruptura).

Como se observa, en las diferentes formas de concebir la CTA hay un desencuentro más o menos evidente respecto de los principios levantados como fundacionales y característicos de la central. Por ejemplo, si bien se comparte el hecho que “necesitamos no sólo la unidad de los sindicatos, sino la unidad de los trabajadores. Por eso no somos una confederación de sindicatos, somos una central de trabajadores” ¹²³, desde el Movimiento Político Sindical Liberación (MPSL, vinculado al PC Argentino y exponente de una corriente que se reivindica como clasista dentro de la CTA), por ejemplo, se propone el principio de la representatividad en la conformación de las mesas de conducción de la Central.

La propuesta de la CTA, que arranca desde el diagnóstico de crisis del modelo sindical vigente, y sintetizada en los tres principios fundantes que la conforman, generó un gran debate dentro del mundo sindical. En efecto, el solo hecho de proponer una central alternativa, sin pretensiones de copar o participar de la CGT, instaló la duda respecto de la pertinencia de dividir el movimiento obrero. Para algunos dirigentes de la CGT disidente, “el promover la división y la debilidad de los trabajadores planteando la ineficacia de las estructuras actuales es, simplemente servir a los patrones, generando un conflicto de intereses entre los trabajadores... resulta paradójico reclamar la ‘libertad de disgregación’ mientras en el sector patronal se asiste a una concentración económica y de grado sin precedentes”. En síntesis, se piensa que “ni el modelo sindical es perfecto, ni la ley de Asociaciones Profesionales debe ser derogada” ¹²⁴.

¹²⁰ Respecto de la participación en referentes políticos, o la misma vinculación con la candidatura de De la Rúa en 1998, Mendibil afirma que “eso no significó que se rompiera la CTA pero es un retroceso porque no logramos unificar una propuesta política más allá de las simpatías partidarias que podíamos tener cada uno de nosotros o que aprobamos ante esa coyuntura” (op. cit.). Ver también el capítulo 3 de Isabel Rauber, *Una Historia Silenciada* (Buenos Aires: Pensamiento Jurídico Editora, 1998), y el debate entre Alberto Piccinini y José Rigane, ambos miembros de la mesa nacional de la CTA en esa fecha.

¹²¹ Una interesante discusión que pone de manifiesto las visiones que coexisten en la CTA en el tema se encuentra en el capítulo V “Nuevo Pensamiento”, del libro de Isabel Rauber *Tiempo de Herejías* (Buenos Aires: CTA, 2000), donde se reproduce la discusión entre los economistas Claudio Lozano y Julio Gambina.

¹²² Ver por ejemplo, los *Documentos del Movimiento Político Sindical Liberación* (Buenos Aires: MPSL, 1998), o a los artículos del MTL/MPSL aparecidos durante el mes de octubre, noviembre y diciembre de 2002 en el semanario del Partido Comunista *Nuestra Propuesta*, a propósito del 6° Congreso de la CTA.

¹²³ Intervención de Juan González en el Quinto Congreso de Estudios del Trabajo, en *5° Congreso Nacional de Estudios del Trabajo. Mesas redondas y reseña de los talleres*, Buenos Aires: ASET, 2001, p. 69.

¹²⁴ Gerardo Alzamora y Julio Gómez Carrillo, *El mes sindical*, en < <http://www.cess.org.ar/macro/29-abr98/0498sind.htm> >. 1998.

La Corriente Clasista y Combativa, por su parte, se define como

“una corriente política sindical que trabaja en el seno de todas las centrales existentes, y lo hace de este modo porque siempre tuvo el planteo de una central única de trabajadores”¹²⁵. Propone fortalecer las comisiones de delegados al interior de la fábrica¹²⁶.

En el caso del Polo Obrero, referente en el sector laboral del Partido Obrero (trotskista), se plantea, al igual que en la CCC, participar al interior de todas las centrales existentes (de hecho, levantan listas a la elección de sindicatos de primer grado incluso en la CTA), y también hacen énfasis en las comisiones internas y el cuerpo de delegados de fábrica. Los hechos ocurridos en Córdoba a finales de los sesenta, donde los delegados de las empresas metalúrgico-automotrices adquirieron un importante protagonismo en la politización y el levantamiento de la ciudad, han sido tomados como experiencia referente y respuesta por parte de –prácticamente– toda la izquierda con presencia en el sector laboral. En el caso de la CTA, el acento ha estado en la consolidación de la nueva central, intentando atraer a cada vez más asociaciones de primer y segundo grado. Quizás por ello la cuestión de las comisiones internas ha quedado un tanto relegada. Con todo, el sindicalismo clasista, tanto peronista como marxista, ha transformado al Cordobazo de 1969 en un acontecimiento mítico y legitimante, momento privilegiado de la memoria del sector, casi de la misma forma que la marcha obrera del 17 de octubre de 1945 en Buenos Aires lo es para los peronistas¹²⁷.

Las mayores coincidencias entre la CTA y la CCC, que los ha llevado a concretar una suerte de “alianza táctica” plasmada en acciones conjuntas en los últimos años, tienen su límite en estos temas. La cuestión del modelo sindical es uno de ellos. Para Juan Carlos Alderete, líder piquetero de la CCC, con la CTA y la FTV

“venimos discutiendo lineamientos sindicales de cómo entendemos el modelo sindical que quisiéramos, y creo que vamos acercándonos mucho, pero sigue habiendo diferencias clave [...] Nosotros no estamos de acuerdo con la elección directa de esa central sindical sino que estamos de acuerdo con representación, es decir, que cada gremio que ha ganado un compañero tiene que estar representado allí, no por elección directa”. Y con relación al carácter de los cargos de representación popular, se propone “los mandatos revocables. Hay una diferencia con los compañeros [de la CTA] porque entienden que cuando a uno lo eligen tiene que ser por un mandato y con un programa de gobierno y ese mandato se tiene que respetar. Nosotros decimos: tiene que ser con mandato revocable”¹²⁸.

¹²⁵ Entrevista personal a Amancay Ardura, 2002.

¹²⁶ “Fijáte que viene la dictadura en Argentina y dijo con lo que hay que terminar es con el cuerpo de delegados porque son los soviets de Argentina, ¡mirá que visión! En cambio la CTA no tiene esa visión, va al voto directo, no piensa en las comisiones internas ni en el cuerpo de delegados” (Ardura, op. cit.)

¹²⁷ James Brennan, “El clasismo y los obreros. El contexto fabril del ‘sindicalismo de liberación’ en la industria automotriz cordobesa, 1973-75”, en *Desarrollo Económico*, Vol. 32, N° 125, Buenos Aires, 1992, p. 16.

¹²⁸ Entrevista personal a Juan Carlos Alderete, 2002.

Por otra parte, mientras algunos integrantes de la CGT disidente crearon el Polo Social –reflejo, entre otras cosas, de sus vínculos con algunos sectores de la Iglesia Católica, especialmente con la pastoral social– como referente político peronista de ex-justicialistas, otros permanecieron a la expectativa frente a lo que podía ocurrir dentro del PJ, en particular después del término del mandato de Menem y su pérdida de influencia en el partido. Paralelamente sostuvieron relaciones de concertación bi-partita con el grupo productivo de la Unión Industrial Argentina (UIA) para frenar la campaña pro-dolarización, y, al mismo tiempo, generar bases de política económica conjunta en el contexto de crisis desatada. Este esfuerzo, cuyo objetivo se emparenta al efectuado por la CTA desde el FRENAPO (Frente nacional contra la pobreza, por el trabajo y la producción), se diferencia de este último por cuanto supone una alianza o pacto con sectores de la gran industria (nacional y transnacional), mientras que el FRENAPO apunta en general hacia empresarios con orientación al mercado interno, en especial los medianos productores nacionales, poniendo también especial atención en la pequeña y micro empresa.

En general, las variantes discursivas descritas –que en ocasiones se traducen en prácticas diferenciales entre los distintos referentes– que generan polémica al interior de la CTA, se reiteran para los otros actores. Desde luego, algunos temas adquieren mayor relieve dentro del campo del sindicalismo alternativo a la CGT y de los actores políticos que se insertan en el mundo del trabajo. Ejemplo de esto es el carácter diferente que desde la CCC y el Polo Obrero (PO) se le asigna al “argentino” como propuesta de salida a la crisis ¹²⁹. Mientras, otros temas adquieren fuerza producto de las circunstancias específicas que rodean o caracterizan la crisis argentina. Y también hay ciertas preocupaciones que se reiteran en los discursos de algunos actores y que sólo tienen eco dentro de sus propios límites. Ejemplo de esto último puede ser la centralidad que desde la CCC se le asigna a la cuestión agraria ¹³⁰ o la importancia en Argentina de lo que ellos denominan imperialismo ruso.

2.4. Las organizaciones de desocupados

Entre los temas que van tornándose centrales por el curso de la crisis en la Argentina destaca el de los desocupados. Para la CGT,

“los desocupados son un problema, no cabe duda, pero el problema hoy, más que nunca es la inestabilidad de los ocupados, porque si nosotros afianzamos a los ocupados podemos empezar a revertir el tema de la desocupación, guarda que esto es básico, no se si me entendés [...], no hay otra manera y el sindicato es eso, es agremiar a los trabajadores que tienen oficio, que tienen ocupación,

¹²⁹ El “argentino” se refiere a una salida insurreccional, del tipo de los acontecimientos del 19 y 20 de diciembre de 2001. Las diferencias más bien aluden a lo que debería ocurrir después: gobierno obrero (PO) o gobierno de unidad popular (CCC).

¹³⁰ Si bien la problemática de los asalariados rurales y campesinos pobres, relacionada a la concentración de la tierra y al caciquismo provincial, forma parte de las inquietudes de importantes actores del sector sindical alternativo, en el caso de la CCC –y del PCR– toma un cariz que sólo desde el maoísmo puede llegar a alcanzar.

esa es la premisa básica del sindicato [...] ese es el punto de vista de la CGT”¹³¹ .

Para la CCC, con importante presencia en las organizaciones de desocupados, el eje central de su acción está basado en el problema del hambre. Para el dirigente Amancay Ardura,

“cuando la corriente pega un salto muy grande en su crecimiento es a partir del 96, 97 cuando define con claridad algunos temas muy importantes que fueron muy polémicos, muy debatidos [...] que era primero el problema del hambre, es decir si en la Argentina había hambre o no. Era un tema en la Argentina, porque en general hemos tenido un largo proceso donde nunca hubo un grado de desocupación como se expresó en toda la etapa del menemismo [...] El problema era si el problema inicial a tomar era el hambre, [y] en esto nosotros tomamos el hambre”¹³² .

La combinación de olla popular y piquete –vista en las grandes protestas de Tartagal y Cutralcó, entre otras– caracteriza la forma de acción postulada desde la CCC. Para el PO, en tanto, la organización de los desocupados, los piqueteros, expresa la tendencia de la clase obrera a convertirse en dirección de los oprimidos. En efecto, “el gran horizonte para los piqueteros es convertirse en la vanguardia política de la clase obrera y de todos los explotados. Una vanguardia obrera lucha en función de una estrategia y en base a un programa, y construye un partido propio [el Partido Obrero] para arrancarle el poder a los explotadores”¹³³ . Como se observa, para esta fracción, cuya historia dentro del movimiento de desocupados es más reciente que para la CCC o la FTV¹³⁴ , los piqueteros tienen reservado un rol de vital importancia, mayor aún que el que podrían tener los obreros del sector de la industria (como lo plantea la CCC).

Dentro del campo de las organizaciones de desocupados, cuyo crecimiento y visibilidad pública ha sido explosivo desde hace unos 5 o 7 años a partir de la agudización de la crisis social en el país, se identifican también otros nucleamientos. Si por una parte encontramos a las organizaciones más estructuradas, que responden a una cultura organizacional y política más tradicionales, tales como la FTV (CTA), la CCC y el Polo Obrero/Bloque Piquetero (Partido Obrero), por la otra aparecen diversas organizaciones más pequeñas, como la Coordinadora Aníbal Verón, el Movimiento de Trabajadores Desocupados (MTD), el Movimiento Teresa Rodríguez, el Movimiento Teresa Vive, Barrios de Pie, Unión de Trabajadores de Desocupados (UTD), la Coordinadora de Trabajadores Desocupados (CTD), entre aquellos con presencia activa en el Gran Buenos Aires, además de los referentes no adscritos a las grandes orgánicas

¹³¹ Mario Gasparri, *op. cit.*

¹³² Amancay Ardura, *op. cit.*

¹³³ Luis Oviedo, *Una historia del movimiento piquetero. De las primeras coordinaras a las asambleas nacionales*, Buenos Aires: Rumbos, 2001, p. 8.

¹³⁴ El Polo Obrero, como referente de masas del PO, nace en 1999. “El Partido Obrero ofreció una salida política a la crisis del movimiento piquetero [...] mediante la convocatoria a la formación de un ‘polo clasista’, aprobada en su X Congreso, de julio de 1999” (Oviedo, 2001: 85).

de desocupados y que tienen asiento en las provincias, como el Movimiento Campesino de Santiago del Estero (MOCASE), la UTD de Salta, entre otros. Estas organizaciones presentan niveles disímiles de estructuración interna y de articulación entre ellas, y no es extraño que transiten por diversas experiencias de fusión, división y coordinación, principalmente por las evaluaciones que hacen de las coyunturas, aunque también por diferendos de mayor envergadura. De ahí también la profusión de denominaciones y la rápida emergencia y ocaso de estas. Entre todas estas organizaciones de desocupados-piqueteros se diferencia, por su discurso y práctica, la coordinadora Aníbal Verón, en especial algunos de los MTD barriales que participan de ella.

En efecto, en estas experiencias aparecen preocupaciones y temas nuevos, o al menos planteados desde perspectivas que ponen acentos en cuestiones a veces oscurecidas. Se identifica allí un quiebre con los discursos de las otras organizaciones, incluso de aquellas que están dentro del campo de las organizaciones “no afiliadas” a los grandes referentes. Se proponen nuevas formas de tratar o abordar la relación con el Estado, la organización interna, el carácter y proyecciones del movimiento piquetero, en definitiva se trata de una forma novedosa –y rupturista– de entender el propio concepto de política. Por ejemplo, desde el MTD-Solano se cuestiona el tradicional eje inclusión-exclusión como forma de comprender la problemática de la desocupación. Mientras que para la CTA, la demanda por paritarias y de redistribución de la riqueza “lleva a la disputa del Estado, del para qué del Estado. Único instrumento que socializa, por ahora socializa la exclusión y privatiza altamente la transferencia de riqueza. Generar esta nueva fuerza que exprese la lucha por la vida, nos mueve a ir hacia el Estado, a disputar ese instrumento para la distribución y no esperar la asistencia”¹³⁵, para el MTD-Solano “las diferencias que se van marcando con otras organizaciones surgen sobre todo porque muchos todavía trabajan en forma muy clásica: ‘tomamos el poder desde arriba y cambiamos las cosas’. Y nosotros decimos: desde abajo, sin plantearnos la toma del poder, vamos luchando. Nosotros estamos abajo y no queremos salir de abajo, siempre vamos a ser rebeldes”¹³⁶. Para uno de los núcleos de “intelectuales orgánicos” de esta organización, el MTD-Solano, “al afirmar su práctica en un más allá del eje exclusión/inclusión habilitan un pensamiento que desconoce la norma capitalista de estructuración de los sujetos sociales. Ya no se trata de un ingreso decoroso a ‘esta’ sociedad que insiste en negarlos, sino de asumir el desafío de volver a crear el mundo”¹³⁷.

Frente a la pregunta por la convergencia con otros referentes del sector popular-sindical, en particular con la CTA, el ex-párroco Spagnolo, del barrio de Solano, objeta que “la CTA tiene relación con el poder, tuvo relación con Alianza, pusieron candidatos... nosotros creemos que la mayor dificultad de nuestro pueblo se produce cuando se comienza a usar la lucha del pueblo a favor de las elecciones o de este o aquel candidato. Ese es un límite muy grande. Por otra parte, el MTD tiene la autonomía

¹³⁵ Intervención de Juan González, op. cit., p. 71.

¹³⁶ Colectivo Situaciones, *MTD Solano (Cuaderno 4)*, Buenos Aires: Ediciones de Mano en Mano, 2001, p. 30.

¹³⁷ Op. cit., p. 12.

como principio organizativo. Queremos ser nosotros mismos los que tomemos las decisiones. Hubo algunos episodios que nos mostraron que la unión de que habla era imposible. Y que se tomaban decisiones donde primaban los intereses políticos. Es muy difícil convivir con eso. Queremos decidir los rumbos. No ser furgón de cola. De cola de lo que los otros deciden. Defendemos mucho nuestra libertad de pensamiento y de acción”¹³⁸. En definitiva, para estas experiencias se trata de “comenzar a vivir ya como soñamos”, sin esperar cambios de gobierno o revoluciones. Como es perceptible, en estos discursos no es difícil encontrar resonancias del pensamiento de intelectuales como Negri y Holloway. Las ideas del “contrapoder” o de “la revolución sin tomar el poder” impregnan las reflexiones de los miembros y promotores de estas organizaciones, lo que refuerza su carácter “volcado hacia adentro” y autonomista.

Mientras, dentro de los fundamentos más básicos de la CTA, la organización de los trabajadores activos y pasivos (jubilados), empleados y desempleados, en nuevos esquemas y modelos, “debe propiciar la expansión de los espacios democráticos como límites políticos-institucionales a los intereses facciosos. [Por lo que] toda organización de trabajadores supone en esta perspectiva ser una herramienta de organización social autónoma para la construcción de poder democrático, con independencia absoluta del sistema político partidario tradicional”¹³⁹, desde las concepciones del contrapoder “lo que pasa con estas organizaciones es que sus decisiones están siempre guiadas por la búsqueda de consensos. Toda su práctica se explica a partir de la búsqueda de la adhesión de las mayorías [...] Quedan atados y prisioneros de la ‘lógica del poder’, que es la que se preocupa exclusivamente por ‘las mayorías’. Por eso no son libres para hacer lo que ‘tendrían’ que hacer si lo fueran”¹⁴⁰.

Las primeras diferencias en el movimiento de desocupados se plasman en el Primer Congreso Nacional de Piqueteros, realizado en La Matanza en 2001, fundamentalmente a causa de los diferendos que parte de sus líderes sostuvieron con la FTV y la CCC, actores mayoritarios del congreso¹⁴¹. La Verón se articula en torno a numerosos MTD del sector sur del Gran Buenos Aires¹⁴². La práctica de los MTD que conforman la coordinadora consiste en el fortalecimiento interno y la solución de sus problemas por la autogestión, lo cual los abstiene –relativamente– de las coyunturas políticas nacionales.

¹³⁸ Entrevista a Alberto Spagnolo, *Página 12*, en http://pagina12.feedback.net.ar/secciones/id_notas=12300, 2002.

¹³⁹ Artemio López y Claudio Lozano, op. cit., p. 238.

¹⁴⁰ Colectivo Situaciones, op. cit., p. 65.

¹⁴¹ “Hubo una gran diferencia con D’ Elía y Alderete cuando ellos quisieron hegemonizar el movimiento piquetero, ponerse como los dirigentes, porque eso le sirve al sistema y no a nosotros como organización” (Situaciones, 2001: 37).

¹⁴² La coordinadora no es homogénea. Desde el propio MTD-Solano se reconoce “que el acuerdo más importante que tiene la coordinadora es el de respetar la identidad y la independencia política de cada organización. Por ejemplo, nosotros somos una organización que practica la democracia directa, horizontal, y dentro de la Anibal Verón hay compañeros que plantean que es válido el centralismo democrático. Pero la coordinadora no tiende a un movimiento único, a hegemonizar nada, ni a conformar un partido o una organización definitiva” (Situaciones, 2001: 37).

Esto los llevó también a alejarse de las dinámicas generales y nacionales del movimiento, en particular de la FTV y la CCC, aunque no tanto del Bloque Piquetero. Por su parte, las otras organizaciones fuera de la Verón, transitan por los distintos referentes del movimiento piquetero (la Verón y el Bloque especialmente), pero cuidan su autonomía como también sus liderazgos.

Lo que es factible observar, en general, dentro del campo de la organización barrial y de desocupados, es que “las viejas identidades sociales, como las del movimiento sindical, permanentes, macizas y cristalizadas por la historia han sido reemplazadas por identidades fluidas, entremezcladas y precarias, como precario es el mercado de trabajo y la incertidumbre que amenaza a cada argentino. Ya no hay centro que organice la sociedad y desde donde sea posible explicarla, al menos no fácilmente [...], todo se ha vuelto gelatinoso, borroso, incierto y sin horizontes de futuro que sirvan para diferir expectativas del presente”¹⁴³.

En síntesis, y para concluir, es perceptible una escena altamente móvil dentro de los actores y referentes ligados al mundo del trabajo. La “fluidez de tendencias”, según la denominación de Palomino, aparentemente se encuentre más asociada elementos de carácter político-ideológico y también personales, como lo destaca Matsushita, aunque en determinadas coyunturas el peso de factores económicos, ligados a la dinámica del mercado de trabajo, se ha tornado relevante. En el caso de la ruptura más importante de la década, la formación de la CTA, se produce una combinación de factores que explican su emergencia: por un lado los diferendos políticos con la trayectoria de la CGT, tanto en lo referido a su recorrido histórico como a sus opciones más recientes (el menemismo); por el otro la naturaleza de la crisis económica abierta con el cambio en el patrón de acumulación, especialmente las presiones de las bases sindicales y de trabajadores vinculados a los sectores más perjudicados con la reestructuración económica y el colapso de la estrategia industrial mercado-internista. Además, el carácter que asume la protesta social está relacionado con estos fenómenos. Por otra parte la CGT “disidente” o “rebelde” participa de la matriz histórica vandorista, comparte métodos y fines, lo mismo que diagnósticos similares. Del mismo modo, su vínculo con la interna del PJ morigeró las eventuales potencialidades de ruptura con la matriz sindical histórica.

En el caso de los actores del mundo del trabajo que se reclaman dentro del campo alternativo a los dominantes, se aprecia una continuidad de tendencias notable con períodos precedentes. Discursos similares, *aggiornados* a las nuevas condiciones sociales y económicas. La proclamación del surgimiento de “nuevos sujetos sociales”, concordante con la apreciación relativa al declive de la clase obrera y la organización de los trabajadores, contrasta con la realidad que se verifica en los cortes de ruta y del movimiento piquetero, y que ha sido registrada por autores como Iñigo Carrera y Cotarelo, y Maceira y Spaltenberg¹⁴⁴; donde la presencia de actores provenientes de la “clase que vive del trabajo”, según la denominación de Antunes¹⁴⁵, es, en la práctica, la

¹⁴³ Ariel Ogando, “Desocupados y cortes de ruta en el noroeste argentino”, en *Herramienta*, N° 15, Buenos Aires, 2001, p. 2.

¹⁴⁵ En Ricardo Antunes, *¿Adiós al trabajo? Ensayo sobre las metamorfosis y la centralidad del mundo del trabajo*, São Paulo: Cortez, 2001.

más relevante. La totalidad de los actores que participan de este espacio encuentran fundamentos en actores precedentes, fundamentos que se alternan con las modificaciones propias del contexto de desocupación y marginación ascendentes.

3. Chile: fragmentaciones bajo la modernización económica y laboral

3.1. Transformaciones estructurales, transición política y cambios sindicales

La realidad sindical chilena, desde el punto de vista de la dinámica de los actores –y discursos que representan– encuentra dos ámbitos principales de desenvolvimiento. Uno de ellos es el espacio que representa la Central Unitaria de Trabajadores (CUT), heredera directa de la antigua Central Única de Trabajadores (declarada disuelta en septiembre de 1973). El otro es el espacio que vienen a ocupar tendencias, todavía minoritarias, ubicadas al margen de la CUT, ya sea por decisión explícita o por omisión o, sencillamente, desinterés. En este espacio se encuentran diverso tipo de nucleamientos, entre las que destaca la recientemente creada Central Autónoma de Trabajadores (CAT), de orientación social-cristiana, y otras organizaciones como los Colectivos de Trabajadores (CCTT), ubicada a la izquierda de la CUT.

El actual panorama de dispersión y debilidad en las filas del sindicalismo encuentra explicaciones plausibles mucho más en la naturaleza del proceso de transición política y restablecimiento del régimen democrático (a partir de 1989) que en la propia dictadura (1973-1989). Si bien es cierto la estructura económica y el mercado de trabajo junto con ella han sido objeto de profundas transformaciones, en especial durante el período de la dictadura, estas no ayudan a comprender plenamente la atomización y arrinconamiento de la actividad sindical, en sus distintos niveles. Este fenómeno, en nuestra opinión, se explica en mayor medida por la dinámica política interna del actor, las estrategias que ha adoptado y los perfiles organizacionales que se derivan de ella, particularmente durante el primer lustro de los noventa.

En Chile, el modelo sindical existente hasta 1973, y cuya vigencia persiste hasta el final de la dictadura, se caracterizaba por un discurso clasista muy manifiesto, reforzado por la fuerte presencia de partidos políticos de raíz marxista en el movimiento obrero, como el Partido Socialista y Comunista (PS y PC), aunque ello no limitaba la relevante

¹⁴⁴ Nicolás Iñigo Carrera y María Celia Cotarelo, "Reestructuración productiva y formas de la protesta social en la Argentina", en Enrique de la Garza Toledo (comp.), *Reestructuración productiva, mercado de trabajo y sindicatos en América Latina*, Buenos Aires: CLACSO, 2000; y Verónica Maceira y Ricardo Spaltenberg, "Una aproximación al movimiento de desocupados en el marco de las transformaciones de la clase obrera en Argentina", en *Observatorio Social de América Latina (OSAL)*, N° 5, Buenos Aires: CLACSO, septiembre de 2001.

presencia del Partido Demócrata Cristiano (PDC). Su discurso clasista tenía lugar dentro de una central no ideológica, plural en sus componentes, que se esforzaba por representar, acoger y contener las diversas tendencias internas. El sindicalismo se articulaba fuertemente al sistema de partidos. En ellos los dirigentes encontraban eco para sus demandas, a la vez que contribuían con las bases de legitimidad y la masa electoral. El intercambio era claro: leyes favorables a cambio de legitimidad y votos. Esto hacía que el principal interlocutor de los sindicatos fuera el Estado. En general, los partidos hacían de intermediarios para todos los actores sociales (tanto para trabajadores como para empresarios), y el espacio predominante para efectuar el intercambio era el parlamento. El hecho que el sindicalismo encontrara al Estado como su contraparte también se explica por la condición de empleador del aparato estatal de segmentos importante de los trabajadores sindicalizados. De hecho, uno de los presidentes de la CUT más importantes en la historia del movimiento sindical, que encabezó el proceso de articulación entre las diversas tendencias que dio origen a la Central Única de Trabajadores en 1953, Clotario Blest, proviene de los empleados fiscales. Blest, representativo de la izquierda independiente y con el apoyo de comunistas y socialistas, encabeza la CUT en un momento de alto desprestigio de los partidos políticos, proceso que lleva al General Ibáñez del Campo a ganar las elecciones y llegar a la presidencia por segunda vez.

La creciente influencia de los sindicatos en la organización del Estado y la política económica y social que se verifica durante los años sesenta, no tiene relación con un crecimiento de la afiliación sindical. Si bien es cierto la reforma agraria llevada a cabo por el gobierno de Frei, y profundizada durante el gobierno de Allende, hizo aumentar explosivamente la sindicalización campesina, las organizaciones obreras en el sector urbano se mantuvieron constantes. Los ejes de la conflictividad social en el período pasaron también por las organizaciones de pobladores, y por los reclamos de reparto de la tierra de los grandes latifundios el campo¹⁴⁶. El conflicto laboral adquiere una nueva dimensión bajo el gobierno de Allende, inscrito en el marco de la política gubernamental de intervención y estatización de empresas. Las tomas de fábricas por los trabajadores tenían por objeto profundizar y agilizar la estatización en los sectores que habían sido declarados parte del Área de Propiedad Social de la economía. Al mismo tiempo se desarrollan las experiencias de los cordones industriales en zonas de las principales ciudades del país, como parte de lo que se denominó el desarrollo del “poder popular”. La alta politización de las organizaciones laborales, y su mayoritario compromiso y respaldo al mandatario, no restaba diversidad de opiniones respecto al curso que debía tomar el protagonismo de los trabajadores en el primer gobierno con el que se identificaron plenamente¹⁴⁷. En general las opiniones se repartían en función de los planteamientos de los partidos, y en lo relativo a las empresas del área de propiedad social el abanico iba desde el total control obrero hasta la coparticipación junto con los directores representativos del gobierno en los consejos de administración de las empresas.

¹⁴⁶ Es justo aclarar que la conflictividad social de la década del sesenta en las áreas rurales se origina en las políticas estatales de modernización de la producción agrícola, en el contexto de la política de reforma agraria. Una vez abierto este proceso, los partidos políticos efectúan esfuerzos por generar bases de influencia en dicho sector. La conflictividad en el mundo rural previa a este proceso, si bien existe, no tiene comparación con lo ocurrido entre 1964 y 1973.

Por otra parte, los trabajadores del cobre (en especial los de la planta de El Teniente) fueron protagonistas de la oposición más enconada al gobierno de Allende dentro de los gremios sindicales. El papel jugado por el PDC en las movilizaciones de oposición al gobierno fue muy relevante, debido a la inserción de este partido en los sectores populares, y no fue la excepción el caso de los trabajadores cupríferos¹⁴⁸. Sin embargo, su rol fue tan o más importante en la movilización de los sectores medios, gremios profesionales (médicos, docentes) y de segmentos de la pequeña y mediana empresa.

La dictadura vino a terminar violentamente con el proceso de movilización obrera. Por cierto, uno de sus objetivos fue reinstalar la disciplina laboral perdida durante los últimos años. Además, la aplicación de una brutal reestructuración económica, política y social con cargo a los sectores asalariados, sentaron las bases de un nuevo tipo de sociedad. La evolución de ciertos indicadores del mercado de trabajo pone de manifiesto el impacto de la reestructuración económica, política y social de la dictadura. Por ejemplo, la tendencia de baja sostenida del desempleo que se observa durante toda la década del sesenta y hasta 1973. Según las cifras del INE, si en 1961 el indicador llegaba al 8%, en 1972 cayó al 3,1% y en 1973 (año de crisis económica e inflacionaria) llegaba al 4,8%. Durante los 17 años de dictadura, en tanto, el indicador sólo se ubicó bajo los dos dígitos en 1974 (9,2%), en 1988 y en 1989 (7% y 5,3% respectivamente¹⁴⁹). Los picos históricos se alcanzan en 1982, con un desempleo de 19,4% (26,4% si se incluye los planes especiales de empleo, PEE) y 1983, con un 15% (28,5% incluyendo los PEE). Por su parte, la caída de los salarios reales afectó seriamente a quienes lograron conservar sus empleos. Las cifras disponibles indican que entre 1984 y 1988 el salario mínimo real cayó un 8,1%. La recuperación que observa el indicador en 1988 (año del plebiscito) no alcanza a compensar las caídas de los años precedentes. En relación con la evolución de las remuneraciones reales, baste decir que en 1974 éstas cayeron a la mitad respecto de 1972: en este año, y con base 1970=100, las remuneraciones reales llegaron al 126,6, mientras que en 1974 cayeron al 64,1%. En 1989 no alcanzaban todavía el nivel de 1970¹⁵⁰.

Para ilustrar mayormente en el impacto de la reestructuración económica en los sectores asalariados, y en la modalidad de distribución de la riqueza social, conviene observar el comportamiento de los excedentes en el ingreso nacional. Este indicador

¹⁴⁷ Si bien la predecesora de la CUT, la Confederación de Trabajadores de Chile (CTCh) apoyó en 1938 a Pedro Aguirre Cerda, y en 1946 a Gabriel González Videla, sólo en 1970 la CUT asume en propiedad la función de pilar de un "gobierno de los trabajadores".

¹⁴⁸ Para una indagación detallada de estos hechos, ver Sergio Bitar y Crisóstomo Pizarro, *La caída de Allende y la huelga de El Teniente*. Lecciones de la historia, Santiago: Ediciones del Ornitorrinco, 1986.

¹⁴⁹ En el análisis de estas cifras se incluyen a los trabajadores de los planes especiales de empleo (PEE), que se prolongaron entre 1975 y 1988.

¹⁵⁰ La trayectoria de las remuneraciones reales en el régimen de Pinochet muestra que alcanzado en 1975 el piso de 62% (1970=100), suben gradualmente hasta 1981 donde llega a 96,4%, para volver a caer y recuperarse durante 1988 y 1989, años electorales. Recién en 1994 el indicador sobrepasa los niveles de 1970 (Fuente: INE).

presenta una evolución desfavorable en los años de Allende, cayendo a cifras del orden del 40%. A partir de 1973 comienza a subir, para estabilizarse entre 1974 y 1976 en orden al 50%. La crisis de la deuda y la quiebra de la banca hacen caer nuevamente el indicador. Como lo señala un estudio conjunto de MIDEPLAN y el Departamento de Economía de la Universidad de Chile, el período que va entre 1982 y 1988 “se caracteriza por un fuerte incremento de la participación de los excedentes en el ingreso de los factores, el cual acumula alrededor de diez puntos porcentuales hasta alcanzar un máximo histórico de 60% el año 1988. El período incluye una fase de desempleo agudo y de caída de las remuneraciones, que explica la caída en la participación del trabajo asalariado en el ingreso, y que tiene como contexto una política económica que privilegia el incremento del tipo de cambio y el aumento del ahorro y la inversión”¹⁵¹. En conclusión, el trabajo asalariado perdió la centralidad como mecanismo de integración y acceso a beneficios sociales, no logrando un reemplazo efectivo por el mercado cada vez menos regulado en el marco de las reformas.

En este contexto, que unía un escenario socioeconómico desfavorable con represión de la actividad gremial, el sindicalismo sufrió los mayores embates. La actividad sindical pasó a la clandestinidad durante los primeros años del gobierno de Pinochet, de la mano del repliegue generalizado de los partidos políticos que lo sustentaban¹⁵². Mientras, la economía pasaba a abrirse al exterior, en una transformación en el patrón de acumulación. Privatizaciones a gran escala, ingreso de capitales externos, basamento del dinamismo económico en la explotación de recursos naturales (sectores de la minería, actividad pesquera, industria forestal, entre las más destacadas), orientación al exterior, supresión de regulaciones en los distintos ámbitos de la actividad económica, caracterizaban las políticas del régimen.

El retorno de la democracia, el plebiscito de 1988 y las elecciones generales de 1989, encontró a un actor fundamental en las movilizaciones contra el régimen: los sindicatos. En ellos los partidos encontraron el espacio para vehicular su política de masas. De hecho, las primeras protestas nacionales hacia 1982-83 tuvieron por actor desencadenante y protagonista principal a los sindicatos del cobre¹⁵³. De ahí que las expectativas de los dirigentes sindicales con el restablecimiento democrático fueran altas. Sin embargo, las evidentes transformaciones en la estructura económica y el desarme de la sociedad salarial no fueron vistas por los sindicatos como cambios decisivos, que involucraban el surgimiento de una nueva época y el colapso de la que habían conocido. Los dirigentes aspiraban a reconstituir el esquema de intercambios del pasado, sin tomar en consideración que sus intermediarios –los partidos–, su interlocutor –el Estado– y la escena –la estructura económica– ya no eran los mismos.

¹⁵¹ Mideplan y Departamento de Economía de la Universidad de Chile, *Estudio sobre la distribución funcional del ingreso: estructura funcional en 1987-1996 y proyecciones*, Santiago: MIDEPLAN, 2000, p. 16.

¹⁵² Sólo los dirigentes de afiliación demócratacristiana pudieron hacer proselitismo durante los primeros años del régimen, aunque para apoyar su gestión. La prolongación de la dictadura hizo que luego pasaran a formar parte de la oposición, concordante con el cambio de posición del propio PDC.

¹⁵³ Consultar el relato que realiza Tomás Moulian, *Chile Actual. Anatomía de un mito*, Santiago: ARCIS / LOM, 1997.

Desde el nuevo Estado, y con la Concertación de Partidos por la Democracia instalada en el gobierno, se comenzó a promover un discurso de colaboración entre capital y trabajo, en la dirección de promover y conseguir la concertación social, complemento necesario de la ya lograda concertación política. Si bien el discurso de la “modernización” de las relaciones laborales tenía como elemento sustancial el fortalecimiento de los roles técnicos de los sindicatos, a efectos de asegurar la correcta inserción del factor trabajo en las “exigencias de la competitividad y la apertura al exterior”, también buscaba, de manera menos evidente, compensar la –deseada– caída de los roles políticos con roles gremial-corporativos.

Sin embargo, las exigencias de la transición en el campo social requerían que la nueva CUT (refundada en 1988 bajo el nombre de Central Unitaria de Trabajadores) asumiera el rol político que representó en la lucha contra la dictadura. En efecto, lo que se le pedía al sindicalismo en ese momento era jugar un papel de regulación social. Falabella y Campero lo planteaban con claridad: “en términos concretos, el sindicalismo estará exigido de representar las demandas políticas y sociales postergadas o insatisfechas de los trabajadores, así como presionado a reponer conquistas conculcadas por el gobierno militar. Pero, al mismo tiempo, se verá compelido a jugar un rol de agente de regulación y control social en el marco de los complejos equilibrios socio-económicos y políticos que demandará la transición”¹⁵⁴.

Según el diseño de la transición, el sindicalismo debía combinar dos tipos de tareas. Por un lado, participar activamente de la disputa electoral, el plebiscito de 1988 y luego las presidenciales de 1989, presentándose como el depositario legítimo de la demanda social. Ello implicaba, con posterioridad, ser partícipe de la concertación social, limitando su rol a los parámetros que imponía el concepto de “sindicalismo moderno” en boga. Pero en segundo término, las dirigencias sindicales CUT, casi todas comprometidas con el diseño político de la transición, debían comportarse como “agente de regulación y control social”, morigerando los términos según los cuales sus bases se expresaban en torno a sus demandas, evitando la explosión de la conflictividad social contenida en dictadura, y afianzando en sus bases “la convicción de que durante la transición, un orden socio-económico e institucional negociado con el Estado y otros actores (por ejemplo, los empresarios) garantiza un horizonte de conquistas de largo plazo más sólido que una explosión no regulada de demandas”¹⁵⁵. Por esta razón, el reconocimiento político de la legitimidad de la CUT efectuado por el gobierno de Aylwin, y luego dotarla de existencia legal –cuestión que en el anterior período de la CUT, que va desde 1953 hasta 1973, sólo fue lograda en 1971 durante el gobierno de Allende– resultaba coherente con: (i) la necesidad de reconocer simbólicamente a un portador de la demanda social; (ii) a través de ello asumir un compromiso de mejoramiento, en el marco de los límites del nuevo modelo económico, de las condiciones de los sectores populares y los trabajadores; (iii) legitimar los contenidos del nuevo modelo económico a través del concurso de la CUT en los denominados “Acuerdos Marco”¹⁵⁶; y (iv) contener y regular el conflicto social

¹⁵⁴ Gonzalo Falabella y Guillermo Campero, “Sindicatos y transición democrática”, en Guillermo Campero y Alberto Robles (editores), *Sindicatos y transición democrática*, Vol. I, Santiago: Planeta / CLACSO / ISCOS, 1991, p. 145.

¹⁵⁵ Op. cit., p. 146.

mediante su rol regulador y de orden social con las bases sindicales.

3.2. Concertación social y modernización sindical

Así como desde el gobierno se le pedía a la CUT ser partícipe de un proceso de ingeniería política de alto nivel, desde el propio gobierno y las cúpulas empresariales se pretendía que a través de su concurrencia a las mesas de concertación social, la CUT asumiera el papel que la transición le tenía reservado: concentrarse en las tareas propiamente corporativas, velando por la mejor inclusión del mundo del trabajo en los procesos de reconversión productiva y desregulación que la Concertación se proponía completar. Los nuevos conceptos del *management* participativo, presentes en el discurso promovido por gremios empresarios y gobierno ¹⁵⁷, buscaban que “el trabajador se identifique con su empresa, que se sienta parte, lo que normalmente solo podrá darse cuando compruebe que en ella no sólo hay espacio para sus esfuerzos y el cumplimiento de sus deberes, sino también para su voz [...] Sólo con una amplia participación social en el debate respecto de las grandes orientaciones del desarrollo económico y social, es posible construir los consensos indispensables para asegurar la estabilidad en las reglas del juego que enmarcan dicho proceso” ¹⁵⁸.

Durante los últimos años de la dictadura, una vez que la oposición acepta la ruta transicional de la dictadura con la aceptación del plebiscito, las reformas constitucionales –que vinieron a sancionar la legitimidad de la Constitución Política de 1980–, y finalmente las elecciones presidenciales de 1989, comienzan operaciones destinadas a desplazar de los lugares preponderantes de la conducción de la CUT a todos aquellos líderes que podían poner en cuestión los acuerdos de estabilidad social presente y futura a los que se habían comprometido ¹⁵⁹. Emerge el concepto de un sindicalismo “sociopolítico”, dispuesto promotor de la concertación social, como respuesta y alternativa al sindicalismo clasista y confrontacional del pasado.

Gradualmente los dirigentes de la CUT que adherían a la Concertación comenzaron a aceptar el discurso de la modernización, cuestión ya evidente en el tenor de los planteamientos de los Acuerdos Marco. Manuel Bustos, presidente de la CUT durante los

¹⁵⁶ Los llamados Acuerdos Marco, suscritos en los primeros años del gobierno de Aylwin, sentaban las bases de la reforma tributaria y laboral efectuadas durante su gobierno. Su contenido en René Cortázar, *Política laboral en el Chile democrático. Avances y desafíos en los noventa*, Santiago: Dolmen, 1993

¹⁵⁷ Patricio Frías, “El sindicalismo y su crisis en la perspectiva de la vinculación entre la política y la economía, en Margarita Fernández (editora), *Economía y Trabajo en Chile. Informe anual N° 7*, Santiago: PET, 1998.

¹⁵⁸ René Cortázar, *Política laboral en el Chile democrático. Avances y desafíos en los noventa*, Santiago: Dolmen, 1993, P. 78 y 79.

¹⁵⁹ Incluso se ha elogiado el carácter cupular de la transición, observando que en ello radica una de las claves del éxito de la Concertación. Ver: Edgardo Boeninger, “La gobernabilidad: un concepto multidimensional”, *Revista de Estudios Internacionales N° 5*, Santiago: Universidad de Chile, 1994; y del mismo autor, *Democracia en Chile. Lecciones para la gobernabilidad*, Santiago: Andrés Bello, 1997.

primeros años de la transición, planteaba que enfrentar las modernizaciones era fundamental para lograr ser competitivos y conseguir una mejor calidad de los productos. Del mismo modo, aseguraba que la competitividad y sus exigencias al interior de los centros de trabajo no constituirían un signo de explotación¹⁶⁰.

Se pretendió restablecer el sistema de intercambios del antiguo modelo sindical, buscando que los partidos de la Concertación instauraran contrapesos legales e institucionales a fin de compensar la pérdida de influencia y capacidad de presión del sindicalismo. Como lo planteó Lathrop, “lo que estamos buscando es que nos suelten las amarras y nos pongan en igualdad de condiciones con los empresarios, sin embargo el problema está en el parlamento. Ahí no hemos tenido la acogida debida. La derecha echa mano a la ideología para oponerse a nuestras proposiciones. Pero eso no impide tratar bilateralmente los problemas con los empresarios”¹⁶¹.

En esta misma línea se inscriben los planteamientos de dirigentes como María Rozas (profesores) o Diego Olivares (bancarios). Para la primera, los sindicatos debían esforzarse por “impulsar la concertación social como una metodología útil para relacionar a los actores políticos y sociales en la búsqueda de soluciones contractuales, que alejen el riesgo de confrontaciones que alteren la paz social y no contribuyen con visión de país” (Rozas, 1998: 130). Entre los temas que el sindicalismo se rehusaba a abordar durante los ochenta, se encontraba “la concertación con empresarios, gobiernos y otros sectores de la sociedad en el ánimo de arribar a consensos. Eso que Chile perfiló al comienzo de la transición a la democracia, está ocurriendo ahora en Uruguay y se insinúa en Brasil”¹⁶².

Los mecanismos de concertación social promovidos desde estos sectores, fueron propuestas para contrarrestar las ideas consideradas de “confrontación”. En declaraciones vertidas a un periódico nacional en relación a una de las más recientes pugnas internas en la Central, Olivares planteaba que “es muy común cuando uno tiene críticas constructivas se lo acuse de entregado, de vendido a los empresarios. Yo trabajo en una transnacional, el *Scotiabank*, ¿qué digo si la CUT se define contra las transnacionales... ¿que se vayan al carajo? ¿Que se entiendan con otro porque nosotros no estamos por las transnacionales? ¿O tengo que negociar?”¹⁶³. Debería llamar la atención el hecho que los planteamientos de Olivares, promotores del sindicalismo técnico y pragmático, tengan el respaldo de un medio tan influyente –y tan claramente vinculado al discurso empresarial– como *El Mercurio*.

El concepto de sindicalismo sociopolítico, como alternativa al sindicalismo clasista, es definido por el mismo Olivares como un sindicalismo donde “el tema central es comprometerse con el conjunto de la sociedad y con los sectores populares,

¹⁶⁰ En Patricio Frías, op. cit.

¹⁶¹ Entrevista a Alfonso Lathrop, en Laís Abramo (editora), *Sindicalismo y democracia*, Santiago: CLACSO, 1993, p. 19.

¹⁶² Entrevista a Diego Olivares, op. cit., p. 20.

¹⁶³ *El Mercurio*, *La Cut en jaque*, 23 de marzo de 2003.

incorporando sus demandas y entendiendo que el sindicalismo es una institución más dentro de la sociedad [...] el sindicalismo sociopolítico debe comprender las complejidades del cambio [...] y caminar de la transformación a la representatividad. Ser más moderno significa ser capaz de presentar alternativas en el contexto de los cambios”¹⁶⁴. El énfasis que se le asignó al concepto de “representación”, se vincula con el tema de los objetivos fundamentales que las distintas visiones dentro del mundo sindical le atribuyen al movimiento obrero. La representación aparece como la contraparte de la “transformación”. Se trata que la sociedad civil y sus organizaciones abandonen los proyectos totales de sociedad (socialismo, comunitarismo). En consecuencia, se propone romper con la arraigada noción de que los trabajadores tenían reservado un papel central en la abolición de la sociedad de clases, para ahora admitir la existencia de múltiples actores, donde el sindicalismo es “uno más”, con legítimas posibilidades de existencia como cualquier otro (empresarios y capital incluidos).

3.3. Modernización sindical: fisuras y contradicciones

Los más críticos dentro del ámbito de dirigentes que veían como inevitable la adscripción al paradigma dominante de la modernización de las relaciones laborales –principalmente dirigentes socialistas como Roberto Alarcón y Arturo Martínez, luego presidentes de la multigremial–, señalaban la existencia de diversas formas de enfrentar los procesos de reconversión productiva. Proponían la profundización de las reformas laborales, la extensión del derecho de negociación colectiva, el término de las prácticas antisindicales, la ampliación de los derechos de la mujer trabajadora, el cumplimiento del pago de las cotizaciones al sistema de seguridad social (jubilación y salud), entre las más reiteradas. Martínez, por ejemplo, admite que “no estamos con el modelo, pero resulta que éste existe, está ahí y va a durar tres décadas más como mínimo”, y lo que es peor, “no somos capaces de meternos dentro de este modelo para ver cómo podemos arrancarle beneficios para los trabajadores”¹⁶⁵. El dirigente de los bencineros, Alfonso Lathrop, corroboraba los dichos de su colega y compañero de partido: “los trabajadores no tenemos una alternativa diferente a este modelo; tampoco la tienen los partidos políticos, por lo tanto, mientras no exista la alternativa, nosotros tenemos que ir consiguiendo resultados en este nuevo escenario, dando cada vez más contenidos de equidad y justicia social. El modelo no nos satisface, pero sin alternativa no nos queda más que conseguir logros”¹⁶⁶.

En este sector se observa la coexistencia de las ideas del sindicalismo sociopolítico con elementos discursivos de corte más clásico. En lo relativo al primer aspecto, se señala que este carácter sociopolítico vincula a los trabajadores con los componentes sociales de la política, tales como reformas laborales, el fortalecimiento de la educación y

¹⁶⁴ Entrevista a D. Olivares, op. cit., 1993, p. 21.

¹⁶⁵ En Jorge Rojas F. y Antonio Aravena, “El mundo sindical y el trabajo asalariado en Chile”, en Patricio Escobar (editor), *Trabajadores y empleo en el Chile de los noventa*, Santiago: ARCIS / LOM / PET, 1999, p. 167.

¹⁶⁶ Entrevista a Alfonso Lathrop, op. cit., 1993, p. 19.

la salud pública, y los temas de la empresa, como la negociación colectiva. Así, Martínez sostiene que

“mi estrategia [...] es hacer un sindicalismo sociopolítico, que no renuncie a hacer política, que sea capaz de levantar los problemas sociales, que sea capaz de levantar la demanda concreta diaria de los trabajadores en la empresa, que haga una articulación de ambas cosas”¹⁶⁷. Respecto de aquellos componentes más clásicos del discurso, afirma que “cuando hay gente que vende su fuerza de trabajo y gente que la compra, ahí está la lucha de clases, si la lucha de clases no ha desaparecido, tiene otras manifestaciones. Se ha intentado decir, desde este discurso de la colaboración, que eso es antiguo, que eso ya pasó, que el muro se cayó, pero lo que no se ha caído es la explotación del hombre por el hombre [...] el sindicalismo sin identidad no tiene ningún sentido”¹⁶⁸.

Si bien parece ser que en un principio la mayoría de los dirigentes sindicales concordaba con la moderación de las demandas sociales durante la transición, y la apreciación sobre los acuerdos con el gobierno y los empresarios era buena¹⁶⁹, al poco andar esta percepción cambió radicalmente. Entre otras cosas, porque el contraste del discurso de la “modernización laboral” con la realidad efectiva ha sido desalentador, cuestión que las cúpulas sindicales de la CUT también lograron constatar. El hecho que el discurso modernizante se plasmara sólo en un mínimo de empresas, la profusión de las prácticas antisindicales en la gran mayoría de los centros de trabajo, hizo que, según un analista, “las orientaciones del gobierno sobre la modernización de la empresa y las relaciones laborales, todo su discurso modernizante, tiende a quedar sin referente empírico, sepultado bajo las prácticas empresariales que lo contradicen”¹⁷⁰. Esto deja al gobierno preso de un discurso mitificador. Y a la CUT, instalada en un verdadero conflicto de intereses con sus representados.

La situación de descontento creciente en las bases sindicales con el papel jugado por la CUT, lo desacertado de su estrategia frente al gobierno, el casi nulo papel en el logro de conquistas atribuibles a luchas sindicales, llevó a un cambio en los planteamientos predominantes en la cúpula gremial. También se criticaba la influencia de los partidos políticos en la central, a quienes se atribuía gran responsabilidad por los rumbos equívocos del sindicalismo. El cuestionamiento a los partidos políticos encontraba fundamentos en la siempre presente tendencia por la autonomía del movimiento obrero (cuyo exponente histórico ha sido Clotario Blest) y en general ella vino a impulsar una corriente de reordenamiento dentro de los dirigentes concertacionistas. Ello es lo que, en parte, explica la emergencia del liderazgo de Arturo Martínez, y que haya ganado la última elección de la central encabezando una lista “por la autonomía sindical”¹⁷¹, en

¹⁶⁷ Entrevista personal a Arturo Martínez, 2002.

¹⁶⁸ Op. cit., 2002.

¹⁶⁹ Volker Franck, “Sindicalismo y Democracia en Chile: percepciones, esperanzas, novedades y posibilidades”, en *Economía y Trabajo*, año II, N° 4, Santiago: PET, 1994.

¹⁷⁰ Patricio Frías, op. cit., p. 100.

oposición a la lista oficial de la Concertación. El fracaso de esta última manifiesta, a otro nivel, el cuestionamiento que generó entre las bases de la CUT la estrategia del denominado “sindicalismo consolidador”¹⁷², que proponía confiar en que los consensos con el gobierno y los empresarios naturalmente iban a redundar en resultados positivos para los trabajadores. El triunfo de Martínez, en esta misma línea, manifiesta la aceptación de que la lucha fundamental es para arrancar beneficios al modelo, y no para alterarlo. Así también, su triunfo expresa el –persistente– déficit de la CUT en orden a generar elementos o contenidos programáticos alternativos al modelo neoliberal imperante, o una estrategia que le haga frente, y que comprenda desde nuevas formas organizativas al modelo sindical que ha prevalecido, hasta una alternativa a la flexibilidad laboral.

Según lo ha señalado Rojas H., el sindicalismo consolidador, con su moderación y el aval de pertenecer a los partidos de la coalición oficialista, “aspiraba a realizar un intercambio político con el gobierno y con el sistema político. Precisamente pretendían intercambiar moderación por reformas institucionales y sociales, favorables a sus intereses. En cierta forma, soñaban con restaurar formas de intercambio político, similares a las que existieron en el pasado, aunque suavizadas considerablemente. Pero el intercambio no tuvo lugar. Los partidos políticos no estaban dispuestos a intercambiar favores de fondo con el sindicalismo. Por una parte, lo sabían débil; y por otra, el sistema político que estaban construyendo no toleraba dicho intercambio. En este sentido, puede decirse que la actitud moderada y no confrontacional del sindicalismo fue un obsequio”¹⁷³

La gestión de los dirigentes gobiernistas puso en cuestión la legitimidad de los liderazgos instituidos. Comenzó la exploración en mecanismos de presión, con escaso éxito. La emergencia de liderazgos como los de Martínez –con quien llegaron a comprometerse diversos dirigentes de organizaciones de segundo grado– afirma la percepción de la introducción de modificaciones a la estrategia de la concertación social. Como lo señalan Rojas y Aravena, “algunos dirigentes gobiernistas han sorteado esta situación, restándose a la estrategia de la concertación en las demandas específicas (privatizaciones, reformas laborales, sistema de salud), pero manteniendo como idea central la de ‘arrancar’ beneficios al actual modelo económico-social (aceptándolo como un hecho inevitable) y abandonar las estrategias ‘fracasadas’ del movimiento sindical tradicional (la confrontación), privilegiando los acuerdos sociales”¹⁷⁴.

¹⁷¹ Arturo Martínez es militante socialista, y fue electo miembro del Comité Central de su partido en los últimos comicios de la colectividad (2003). Sin perjuicio de ello, ha tomado distancia del partido, generando su propio núcleo de dirigentes nacionales e intermedios, el que en la actualidad es un importante referente al interior de la CUT. Así también, su elección muestra la intersección entre las lealtades partidarias y los liderazgos personales.

¹⁷² Guillermo Campero, “Chile: el movimiento sindical en la transición”, en *Proposiciones*, N° 17, Santiago, 1989.

¹⁷³ Jorge Rojas Hernández, “El movimiento sindical chileno en la transición a la democracia”, en *Proposiciones*, N° 22, Santiago, 1993, p. 65.

¹⁷⁴ Jorge Rojas F. y Antonio Aravena, op. cit., p. 167.

Las posibilidades que el sindicalismo enfrentara con algún poder de negociación efectivo el predominio de las tendencias flexibilizadoras durante la segunda mitad de los noventa tenían directa relación con el debilitamiento del sindicato en tanto institución de defensa y representación de los trabajadores, con el colapso que dicha institución experimentaba en su choque con el nuevo esquema económico. Los sindicatos –y los sindicalistas– forjaron prácticas, culturas organizacionales y estrategias de relación con el Estado y los patrones durante la vigencia del modelo de desarrollo por sustitución de importaciones, es decir, bajo el amparo del pacto fordista de post-guerra. A partir de esa realidad es que se constituyeron subjetividades que se prolongaron durante la crisis del modelo y su reemplazo por el nuevo esquema de apertura.

3.4. Balance en cifras

En la indagación de las cifras disponibles sobre sindicalización es factible encontrar pistas que permiten una comprensión de la problemática condición del sindicalismo chileno. De acuerdo a los datos que entrega la Dirección del Trabajo ¹⁷⁵, a partir de 1981 se observa una tendencia ascendente en el número de sindicatos existentes: de 3.977 en ese año para llegar a 15.231 en 2001. Mientras, si en los primeros años de los noventa hubo un incremento notable en la afiliación hasta llegar al pico de 724.065 en 1992, a partir de allí se observa una baja sostenida para llegar en 2001 a 605.475 personas, nivel similar al de 1990. De estas cifras se concluye que el tamaño de las organizaciones de los trabajadores ha descendido: desde un promedio de 84 socios en 1980, 68 en 1990 para caer a 39 en 2001. La reducción a la mitad en el tamaño de los sindicatos puede ser explicada por la tendencia a achicar las plantas de las empresas a consecuencia de la introducción de nuevas tecnologías de gestión y producción, como de la externalización de servicios. Todo ello dificulta la conformación de un solo sindicato al interior del lugar de trabajo o en la empresa, puesto que se constituyen diferentes categorías de empleados. Es evidente que esto afecta el poder de negociación de un gremio frente a su empleador. Si a ello agregamos que casi la mitad de los ocupados se desempeña en establecimientos de menos de 10 trabajadores ¹⁷⁶, el panorama de organización de los trabajadores es francamente complejo.

Por otro lado, mientras alrededor de la tercera parte de los trabajadores del sector público está afiliada a sindicatos o asociaciones que pertenecen a la CUT (más de 100 mil personas), en el sector privado la CUT representaría sólo a poco menos del 10%. Con todo, se estima que la CUT aglutina a cerca del 70% del total de trabajadores sindicalizados (unos 440 mil). El restante 30% o no se ha afiliado a central alguna, o bien se ha incorporado a la Central Autónoma de Trabajadores (CAT).

Las tasas de sindicalización no han sufrido cambios radicales en las últimas

¹⁷⁵ El Ministerio del Trabajo y Previsión Social, a través del Departamento de Estudios de la Dirección del Trabajo, a partir de los noventa ofrece cada año un anuario estadístico. Algunos han sido editados, mientras que otros se encuentran en mimeo. De aquí en adelante las cifras sobre sindicalización nacional y sectorial corresponden a esta fuente.

¹⁷⁶ Patricio Escobar, *La economía chilena: de la crisis al estancamiento*, Santiago: PET, 2001.

décadas. Es más, se ubican en torno a los niveles históricos del sindicalismo chileno. Resultan evidentes, no obstante, las diferencias entre un período y otro en materia de influencia social, política y económica. De ahí que haya analistas que sostienen que la fortaleza del sindicalismo previo a 1973 se encontraba en elementos externos a él, tales como su imbricación con los partidos políticos de izquierda, su relación con el aparato del Estado y la vigencia de un sistema clientelístico a su interior, además de la legislación laboral que le permitía operar bajo un amparo jurídico, con el Estado como protector de la parte más débil de la relación laboral.

Por otra parte, la estrategia de desarrollo basada en las exportaciones (6,5% de crecimiento promedio del PIB frente a una tasa de 8,4% de crecimiento de las exportaciones en los noventa), genera un cuadro de desigual dinámica y composición en la estructura de empleo durante la última década. Entre las tendencias favorables del período, se observa el crecimiento real de las remuneraciones en un 30% promedio y la creación de unos 900 mil puestos de trabajo ¹⁷⁷. La crisis del sudeste asiático generó un gran impacto sobre la economía chilena, manifiesto en la recesión experimentada entre 1998 y 1999 y en la brusca alza del desempleo en el mismo período, a cifras del orden del 10%, que doblaron las precedentes y torcieron la tendencia favorable observada hasta 1998. Si bien no hay cifras confiables sobre el subempleo, se estima que en 2002 éste llegaría en torno al 14% ¹⁷⁸. De ello se concluye que a lo menos un cuarto de la fuerza de trabajo nacional tendría problemas de empleo.

La recuperación en el producto durante 2000 tuvo que ver con el comportamiento del sector externo, lo que explica la persistencia del desempleo hasta la actualidad. La vinculación entre dinamismo económico y el comportamiento del sector exportador permite comprender las dinámicas recientes del mercado de trabajo. En efecto, de acuerdo a las cifras que entrega Escobar ¹⁷⁹, el sector exportador, dedicado a la explotación de recursos naturales, ocupa la menor cantidad de trabajadores (sólo un 1,4% la minería, un 14% la industria y un 16% la agricultura. De estos dos últimos sectores sólo una fracción se desempeña en actividades exportadoras). Por su parte las actividades de servicios –el sector no transable– concentran sobre el 60% de la ocupación. Como lo explica el autor, “la alta proporción de trabajadores que se desempeñan en actividades de servicios se relaciona con los impactos de la apertura económica implementada en el período de la dictadura militar que se tradujo en una paulatina desindustrialización en favor de actividades relacionadas con la extracción de recursos naturales y el crecimiento de los servicios asociados. Con todo, este fenómeno en el mercado del trabajo es propio de las formas de modernización capitalista en los países periféricos” ¹⁸⁰.

¹⁷⁷ Ver Patricio Escobar, op. cit.

¹⁷⁸ Cecilia Montero y Pablo Morris, *El impacto de la globalización en los mercados laborales. Políticas de empleo en los países del MERCOSUR y Chile*, Santiago: ProSur, 2002.

¹⁷⁹ Patricio Escobar, op. cit.

¹⁸⁰ Op. cit., p. 7.

Se observa también que entre 1993 y 2001 el sector que incrementó en mayor proporción sus remuneraciones reales fue el de los servicios comunales, sociales y personales, en un 48%, mientras que la menor alza se verifica en el sector de la construcción, llegando sólo al 2,1%. La industria tuvo un incremento de un 24% y la minería de 12%.

Dentro de la categoría de servicios comunales, sociales y personales se encuentra el segmento de los trabajadores municipales. Del total de 1,5 millones de trabajadores en esta categoría, unos 160 mil son empleados municipales. Éstos últimos cuentan con sindicatos con altos niveles de representatividad. La ASEMUCH (funcionarios y empleados), la CONFUSAM (trabajadores de la salud) y el Colegio de Profesores (que integra a también a profesores que se desempeñan en la educación particular-subsuencionada y particular, aunque en menor cantidad) han desarrollado una capacidad de movilización y negociación mayor que otros sectores, lo que podría explicar, en parte, el mejor desempeño de las remuneraciones en su sector. En general, los trabajadores del Estado gozan de los gremios más fuertes: de los alrededor de 300 mil funcionarios estatales con posibilidad de sindicalizarse ¹⁸¹, más de la mitad está afiliada a alguna de las 1500 asociaciones existentes en 2001 (157 mil personas). En todo caso, conviene destacar que sin perjuicio del positivo comportamiento de las remuneraciones, el sector se ha visto enfrentado a problemáticas asociadas al proceso de modernización del Estado, tales como la externalización de servicios, reingenierías en la gestión de recursos humanos, donde su respuesta no ha sido tan efectiva como en la defensa de las remuneraciones. Además, hay que hacer notar que parte importante de las alzas en los salarios se vinculan a componentes variables, es decir, dependen de factores como la productividad o el presentismo, lo que las torna altamente inestables.

Respecto del sector de la construcción, hay que destacar que entre 1991 y 2001 la sindicalización baja de un 15,4% a un 9% de los ocupados. Así también, este sector es el que ha sufrido en forma más acentuada los vaivenes de la situación económica nacional. Entre 1998 y 1999 –plena crisis asiática– el nivel de las remuneraciones cayó a cifras inferiores a 1993. El carácter transitorio de las faenas dificulta la capacidad de organización. Pero también ha influido la crisis que experimentó durante la década la principal confederación que agrupaba a los obreros del sector.

En el caso de la industria, si bien la tasa de sindicalización cae de un 23,6% a un 13,6% entre 1991 y 2001, aún sigue siendo el sector que mayor cantidad de trabajadores aporta a la sindicalización nacional (más de 105 mil trabajadores, un 17,6% del total de afiliados). La variación acumulada en el PIB del sector industrial entre 1993 y 2000 llegó al 29,8%, con números negativos en 1998-99, período de recesión producto de la crisis externa. Si consideramos que el total de ocupados en 2000 era equivalente al de 1991, se infiere que los aumentos de productividad han sobrepasado largamente el incremento de las remuneraciones. Con todo, la actividad huelguística, de acuerdo a los datos disponibles (Dirección del Trabajo, que registra sólo las huelgas legales), nos muestra que este sector es el más dinámico en el trienio 1998-2000, aportando alrededor de la mitad de los huelguistas y de los días/hombre huelga (en 2000 en el sector hubo 45

¹⁸¹ Descontando a los uniformados (unos 150 mil) que no tienen derecho a sindicalización.

huelgas, 4.764 trabajadores involucrados, y más de 41 mil días hombre huelga). Es prudente precisar que a este sector pertenecen actividades que van desde la textil, cuero y calzado, manufactura, metalurgia, hasta aquellas que procesan recursos naturales, tales como la pesca (conservas y harina de pescado), la forestal (chips y celulosa), orientadas en gran medida hacia el mercado exterior. Muchas de ellas producen insumos para procesos industriales completados en el extranjero. Los sectores de la industria que se orientan hacia el mercado interno se han visto en serios aprietos, producto de la fuerte competencia de las importaciones acentuada por la baja sostenida de los aranceles. A causa de la crisis del sector, la disminución de las plazas ocupadas ha sido fuerte. Al contrario, los sectores orientados hacia el exterior son los más dinámicos del sector, pero su aporte a la generación de empleos es marginal.

La minería, en tanto, presencia una baja de la afiliación de más de veinte puntos de diferencia entre 1991 y 2001: en este último año llega al 46,6%. Para el sector la baja es más dramática considerando su fuerte historia sindical¹⁸². Uno de los factores que puede explicar esta baja es el ingreso, durante los años noventa, de importantes inversionistas privados al sector. Esto ha llevado a que, en los hechos, se produzca una privatización de la producción de cobre, ya que más del 60% de la producción cuprífera es realizada por mineras privadas. Si se considera que Chile es el principal país productor del metal, con una participación de cerca del 35% de la oferta global, el comportamiento que tengan las mineras transnacionales con presencia en el país determina las condiciones de venta del producto. En efecto, su precio internacional ha bajado a la mitad desde 1990 a la fecha. En este contexto es que la ocupación en la minería ha bajado de 100 mil a 70 mil personas entre 1990 y 2000, mientras el producto interno del sector se ha duplicado. Es factible pensar que los cambios operados por las empresas (fundamentalmente transnacionales) en los modelos de gestión y de organización del trabajo, junto a la alta inversión en tecnología, han hecho bajar los niveles de ocupación en el sector, y paralelamente ha disminuido la capacidad de organización y respuesta por parte de los trabajadores.

En materia de empleo, se observa que la industria, la construcción y la minería han sido los sectores que han sufrido el impacto mayor de la crisis. Estos sectores, en conjunto, perdieron desde inicios de la crisis 220 mil puestos de trabajo, correspondiendo el 60% sólo a la industria. En el esquema actual de una economía orientada a la exportación, se concluye que “mientras el crecimiento se encuentre explicado por los recursos naturales exportables, la tasa de desocupación se mantendrá en los rangos actuales”¹⁸³.

En conclusión, de acuerdo a Espinoza y Yanes, todo parece indicar que la sindicalización nacional está asociada a “los trabajadores empleados en la mediana y

¹⁸² En esta materia, la excepción dentro de las empresas del sector minero la constituye el caso de la estatal del cobre, CODELCO. A pesar del aumento explosivo de trabajadores externos (casi la mitad), aún sus sindicatos conservan una representación superior al 90% de los trabajadores de planta. Similar es el caso de los trabajadores de la estatal ENAMI, dedicada a la explotación de otros minerales.

¹⁸³ Patricio Escobar, op. cit., p. 10.

gran empresa e inclusive dentro de estos estratos está radicado en aquellas empresas más modernizadas”¹⁸⁴. Del total de sindicalizados a 2001, 423 mil trabajadores estaban afiliados a sindicatos de empresa e interempresa. Del resto, unos 133 mil eran afiliados a sindicatos independientes, es decir, trabajadores que no dependen de empleador alguno (como los de las ferias libres); mientras poco más de 41 mil se encontraban afiliados a sindicatos transitorios, asociados a labores estacionarias o cíclicas (como la agricultura, o el montaje industrial). La afirmación de Espinosa y Yanes podría corresponderse con parte importante de ese 75% de trabajadores de sindicatos empresa, interempresa y transitorios.

3.5. Los cuestionamientos a la CUT

Es frente a esta realidad que los sectores más críticos con la labor realizada por la CUT han formulado sus principales planteamientos. Cabría distinguir, bajo criterios de caracterización puramente formales, tres grupos en este sector. Un primer grupo lo constituirían aquellos dirigentes de orientación social-cristiana que decidieron marginarse de la CUT y formaron hacia fines de 1995 la CAT. Un segundo grupo lo representarían aquellos sectores al interior de la CUT que pugnan con las principales corrientes adscritas a las tesis de la concertación social, principal aunque no exclusivamente los sindicalistas que adhieren al Partido Comunista. Y un tercer grupo lo conformarían aquellos dirigentes que no adscriben a la dinámica organizacional interna de la CUT, motivados por un reclamo de autonomía –desde la izquierda– de los partidos hegemónicos en el sector laboral y sus propuestas para los trabajadores. En este grupo es posible identificar a los Colectivos de Trabajadores (CCTT), aquellos vinculados a la revista SurDA, y la Multisindical, donde confluyen los anteriores junto a otros dirigentes independientes.

Si bien es cierto las corrientes sindicales descritas presentan raíces históricas que se sumergen en las décadas pasadas, hasta llegar incluso a los años de formación de la clase obrera y las organizaciones de trabajadores, la profusión de tendencias con el correr de la transición pone en evidencia la crisis en el sindicalismo. En efecto, la ausencia de proyecto, el hecho que la CUT, o parte importante de ella, se “colgara” de los programas de gobierno de la Concertación, motivó la búsqueda de nuevas alternativas y nuevos referentes.

En el caso de la CAT, su origen se remonta a las viejas pugnas de la CUT de los años cincuenta en relación a la adscripción a las organizaciones sindicales internacionales. Para la antigua CUT, uno de los principios fundamentales era la independencia respecto las grandes organizaciones internacionales, dominadas –hasta hoy– por la ORIT-CIOSL, de tendencia social-demócrata, la CMT-CLAT, de tendencia social-cristiana, y la FSM, de corte marxista. En 1994 la CUT se inscribe dentro de la ORIT, rompiendo con la tradición de prescindencia. Ese hecho es el detonante de la salida de la CUT de un grupo de dirigentes del antiguo CCT¹⁸⁵ (Consejo Coordinador de Trabajadores). Se estima que la CAT representa entre 50 mil y 100 mil trabajadores,

¹⁸⁴ Malva Espinosa y Hugo Yanes, *La flexibilización empresarial en Chile. Notas desde la perspectiva sindical*, Santiago: Friedrich Ebert / CEM, 1999, p. 11.

fundamentalmente del sector privado.

Más allá de los diferendos en el plano internacional, la CAT se levanta como una alternativa frente al grado de ingerencia que los partidos políticos tienen al interior del sindicalismo. En opinión de Osvaldo Herbach, presidente de la CAT,

“no queremos ser otra CUT, queremos ser realmente una central independiente y no tener ninguna relación con el gobierno, y no queremos recibir plata del gobierno porque recibir plata del gobierno es depender inmediatamente de un patrón, y la CUT hoy día depende... gran parte de sus fondos son... provienen del gobierno, entonces lógicamente que también el discurso de la CUT de repente tiene sus vaivenes que en definitiva a mucha gente la tiene muy desorientada”¹⁸⁶

La adscripción a las políticas de gobierno por parte de la CUT ha llevado a que, en opinión de la CAT, ésta termine aceptando la flexibilización laboral a través de su apoyo a las últimas reformas laborales y al seguro de desempleo. En relación a éste último,

“no es otra cosa que hacer nuevamente un fondo de capitalización individual ahora con fondos de las indemnizaciones de los trabajadores y eso fue apoyado y aplaudido por la CUT igualmente [que las reformas laborales] y estamos metiendo otra vez a la gente en un problema [...] yo creo que hay un engaño”¹⁸⁷. **Se estima que la actitud de postergar las demandas de los trabajadores en función de consolidar la democracia, asumida por la CUT en los inicios de los noventa, se prolongó por demasiado tiempo: “yo creo que fue muy largo el espacio que nos dimos y creo que los partidos políticos nos mantuvieron frenados por mucho tiempo, y además de mantenernos frenados, cuando quisimos hacer algo nos dijeron ‘no, no porque esto va a representar retrocesos porque este país tiene que luchar contra la cesantía’”**¹⁸⁸.

Para la gran mayoría de los dirigentes de la CUT, la CAT corresponde al intento y vieja aspiración de un segmento de la Iglesia Católica de generar una central propia. Así también, para los dirigentes CUT, su funcionamiento depende en gran medida del respaldo financiero de la CLAT. Si a ello agregamos que la CUT siempre se ha negado a la conformación de centrales sindicales ideológicas, esto motiva un hondo desprecio por la experiencia de la CAT.

En el caso de los comunistas, se comparte la evaluación negativa de la estrategia de la CUT durante los primeros años de transición democrática. José Ortiz, Secretario General de la CUT, observa que pese a ser los trabajadores y los sectores populares quienes, con sus movilizaciones y protestas, lograron la transición democrática, imprimiendo un cariz popular al proceso, ello se revirtió rápidamente, al punto que, con el

¹⁸⁵ El CCT sucedió al Frente Unitario de Trabajadores (FUT), formado durante los primeros años de la dictadura. En éste confluyeron sindicalistas demócratacristianos, que en el plano internacional adherían a la CLAT.

¹⁸⁶ *Entrevista personal a Osvaldo Herbach, 2002.*

¹⁸⁷ *Op. cit.*

¹⁸⁸ *Op. cit.*

regreso a la democracia

“los empresarios se han revalidado en la sociedad, el movimiento sindical está cuestionado, los trabajadores pierden, se han deslegitimado frente a la sociedad”¹⁸⁹. En alusión al sector que promovió la firma de los acuerdos marco, y que en la actualidad se inscriben en la política de “reactivación del diálogo social”, se afirma que “nosotros no estamos con quienes piensan que es mejor cualquier diálogo a ningún diálogo, que es mejor cualquier acuerdo a ningún acuerdo”¹⁹⁰.

Frente al fenómeno de reestructuración productiva se propone organizar a los trabajadores fomentando la unificación de las federaciones y confederaciones existentes, combatiendo la dispersión actual (que se manifiesta en la existencia de más de 110 organizaciones de segundo grado), la formación de organizaciones de trabajadores eventuales para las actividades sometidas al mayor grado de desregulación, como la forestal, construcción y agrícolas, de manera que puedan confluir en una gran federación o confederación. A la vez, y en el contexto de la proliferación de medianas, pequeñas y microempresas, se formula la propuesta de afiliar a estos sindicatos a sindicatos interempresa, promoviendo la negociación por rama o la instalación de tarifados, estableciendo en los hechos una modalidad no contemplada en la legislación vigente. La refundación de la CUT, uno de los temas-eje de la propuesta de los comunistas en el mundo laboral, implica necesariamente tomar en consideración la reestructuración, la desregulación y la precariedad del empleo, y más recientemente, el fenómeno del desempleo.

En relación al tema de la autonomía, cuestión sensible para este sector en la medida que parte de las críticas se dirigen hacia su sector político, se sostiene que

“el sindicato debe ser autónomo, pero no sus dirigentes [...] yo no puedo ser autónomo de mi clase, [en realidad lo] que se ha perdido es la autonomía de los patrones y del gobierno, y eso es lo importante”¹⁹¹.

Se argumenta que es insostenible pensar en la autonomía, de la forma que la proponen algunos sectores, por cuanto ello impone un estilo de gestión y una política sindical corporativa, desvinculada de los fenómenos y contextos que condicionan a la clase trabajadora. En esta misma línea se estima que la unidad es la base de la potencia que tienen los trabajadores en la disputa por la riqueza social, y que cualquier esfuerzo consciente por marginar a los trabajadores de la CUT, o bien generar centrales alternativas, conduce al fracaso a cualquier estrategia de defensa de los trabajadores. Además, y no obstante la promoción de un sindicalismo clasista al estilo clásico, no se propone conformar en la CUT una central ideológica. La CUT debe ser, de acuerdo a estos dirigentes, la única representación de los trabajadores.

Dentro de las fracciones u organizaciones sindicales situadas fuera de la CUT, y que encuentran raíces históricas en el reclamo autonómico de la clase trabajadora, los Colectivos de Trabajadores parten de la premisa que “la abolición del régimen fabril, la

¹⁸⁹ Entrevista personal a José Ortiz, 2002.

¹⁹⁰ Op. cit.

¹⁹¹ Op. cit.

disolución del espacio y tiempo comunes y permanentes como lugares y momentos de encuentro, la eliminación del oficio como medio principal de diferenciación pero también de reconocimiento, abren otro espacio de generación de identidad: la condición de ser simplemente trabajador, tan igual como los otros. Hay allí una identidad emergente sumamente elemental que se refiere a una suerte de ‘asunción de la precariedad temporal de las relaciones de trabajo’ pero que coincide con un reconocimiento de ‘vivencias semejantes’. Es el reconocimiento entre los indiferenciados; sus condiciones de existencia como trabajador ‘en general’, como una pura y simple mercancía que allá o acá enfrenta, finalmente, los mismos problemas”¹⁹². Los colectivos de trabajadores “nos fundamos porque el sindicalismo tradicional chileno no ha sido hasta hoy capaz de asumir las exigencias que las nuevas formas de funcionamiento de capitalismo neoliberal maduro imponen; porque las organizaciones sindicales tradicionales no han logrado independizarse de los gobiernos civiles post Dictadura Militar quienes sin pudor alguno han reproducido y profundizado el modelo económico, social y político heredado del régimen Pinochetista”¹⁹³.

Para los sindicalistas que participan en el ámbito de influencia de la SurDa, “pese a que reconocemos que la Central es una instancia con un enorme valor histórico y que no podemos perder el objetivo de recuperarla para los trabajadores, la CUT no es hoy el espacio fundamental a partir del cual es posible contribuir efectivamente a la reconstrucción del movimiento sindical”¹⁹⁴. La autonomía emerge como una estrategia política frente a la falta de independencia de los dirigentes CUT, quienes “no son en realidad más que sumisos funcionarios de sus respectivos partidos políticos que buscan reemplazar o derechamente impedir la lucha económica y política que el movimiento sindical debe dar con sus propias manos. Como resultado, constantemente se ha impuesto el criterio de los ‘consensos políticos’ (o negociaciones bajo la mesa) que son funcionales a los intereses de los empresarios...”¹⁹⁵. Además, se critica el trabajo cupular y burocrático de la Central, por lo que se propone que “los dirigentes hoy debemos asumir que si no aportamos al proceso de politización de las bases sindicales, si dejamos que los trabajadores se transformen en clientes, la organización sindical tiene sus días contados. Sólo los sindicatos cuyos dirigentes han asumido la dimensión política de su trabajo gremial se encuentran en condiciones de avanzar”¹⁹⁶.

En un balance general de todas estas tendencias, muy móviles en su tránsito de dirigentes, pero minoritarias dentro del mundo sindical, se puede destacar la promoción

¹⁹² Rafael Agacino, Cristián González y Jorge Rojas, *Capital Transnacional y trabajo. El desarrollo minero en Chile*, Santiago: LOM / ARCIS / PET, 1998, p. 224 y 225.

¹⁹³ Colectivos de Trabajadores, *Un saludo fraterno a los trabajadores, trabajadoras, movimientos populares y estudiantiles presentes en este segundo aniversario de los colectivos de trabajadores*, Santiago: mimeo, 2001, p. 1.

¹⁹⁴ SurDa, *Por la reconstrucción de un movimiento sindical desde la base*, Santiago: SurDa, 1999, p. 9.

¹⁹⁵ Op. cit.

¹⁹⁶ Sergio Alegría, “De la lucha económica a la lucha política”, en *Revista SurDa*, N° 23, Santiago, 1999, p. 11.

de la acción directa, incluso el uso de mecanismos extra-legales como herramienta de acción. El discurso también reconoce elementos comunes en la crítica a la falta de democracia en la CUT, por lo cual se proponen modelos alternativos de organización y toma de decisiones. Los puntos de discordia en esta corriente tienen que ver, en síntesis, con el papel de la CUT (su validez y legitimidad), los partidos de izquierda (el rol que juegan en la dinámica del sindicalismo), el Estado (su naturaleza de clase, sus posibilidades y límites de “colaboración” con el movimiento sindical), la escena política tradicional (su validez, formas de participación e incidencia en ella), y las tácticas respecto de la coyuntura política, más allá de las coincidencias genéricas en la crítica anti-capitalista. Respecto de la relación con el Estado y los ejes discursivos predominantes en esta corriente, Rojas y Aravena plantean que “ha sido clara su resistencia a integrarse a mecanismos o espacios de negociación que las pueda amarrar a las ‘estructuras de dominación’. Pero todavía resulta una incógnita saber a qué nivel de radicalidad se llevará este planteamiento. Sobrepassar la legalidad y defender la ‘autonomía’ puede ser entendido en muchos sentidos: romper con la cultura legalista cuando la legislación muestre sus limitaciones; concentrarse en la acción directa al modo de las sociedades de resistencia, restándose a toda relación con el Estado; encapsularse en un neo-mutualismo (es decir, resolver las necesidades de los trabajadores sin apelar a ayuda externa). A veces las críticas no se limitan al modelo tradicional de relaciones laborales (subordinado al Estado y los partidos políticos), sino que se extienden a todas las formas de regulación, lo que se traduce en la ausencia de planteamientos que contrarresten el modelo de desregulación laboral [vigente]”¹⁹⁷.

¹⁹⁷ Jorge Rojas F. y Antonio Aravena, op. cit., p. 170 y 171.

IV. Conclusiones

Hemos intentado mostrar en este texto que si bien los factores de naturaleza estructural, resumidos en los cambios acaecidos en la economía y el Estado, el desplazamiento del Estado interventor por el Estado subsidiario o neoliberal, tienen una gran importancia en la configuración de los actores sociales y del sindicalismo durante los noventa, ellos por sí solos no permiten construir un cuadro complejo que oriente el análisis de sus discursos y comportamientos. El sentido que las reformas estructurales, y las transformaciones en el plano nacional e internacional, han tenido para el sector laboral en general, y para el actor sindical en particular, se destaca como una dimensión que no se agota en la pura y simple determinación económica. Se ha propuesto considerar de forma adicional, y en interrelación con los fenómenos de base económica, el vínculo del actor sindical con los actores y el sistema político que marcaron la dinámica del sindicalismo en décadas precedentes, y que hasta hoy persisten en su relación e influencia pero bajo nuevos parámetros. También, se ha intentado poner de relieve la importancia de las culturas organizacionales (incluyendo en este aspecto a los liderazgos personales y su rol en los alineamientos y reacomodos internos) de los sindicatos en cuanto constriñen o permiten significados asociados a los discursos y planteamientos del actor gremial.

Las trayectorias del modelo económico instaurado con las dictaduras militares en los setenta han sido diferentes en la Argentina y Chile, presentando un desempeño, sobre todo en los años noventa, que resulta evidentemente antagónico si se observan indicadores sensibles para el trabajo y de alto impacto social, tales como las remuneraciones medias reales, o los salarios mínimos. Ello sin perjuicio de la generalización de normas –legalizadas, convencionales o de hecho– como el

condicionamiento de la evolución de los salarios a los aumentos de productividad, o de forma más general, a los equilibrios fiscales o al superávit fiscal, según los niveles que estiman pertinentes los organismos multilaterales de crédito. En todo caso, la aguda concentración de la riqueza, que si en el caso de Chile se consolida como un efecto inmediato de la aplicación de los ajustes durante el período dictatorial, y en el de Argentina aparece como un fenómeno que levemente revertido durante el gobierno de Alfonsín, se acentúa durante los años noventa, es una de las consecuencias más serias y compartidas por ambos países. Con todo, algunos analistas han destacado que en el caso de Chile, una cierta dosis de heterodoxia en el manejo económico –abandonada en los últimos años– le habría permitido, por ejemplo, una relativa mejor condición frente a la crisis de los países del sudeste asiático en 1997-1998, aludiendo a la regulación de los flujos financieros internacionales (el denominado “encaje”, que obligaba a los capitales “golondrina” a permanecer durante un período en el país, evitando o morigerando las crisis asociadas a sus abruptas salidas)¹⁹⁸. El abandono de las conductas heterodoxas podría explicar la vulnerabilidad a las crisis externas que ha manifestado Chile durante el último quinquenio, y que explican el deterioro en las cifras de empleo.

En el plano del análisis de los discursos del actor sindical, el balance factible y más evidente es que se observa un desfase generalizado entre la realidad manifiesta en la estructura económica y del empleo, y los planteamientos de los sindicatos frente a ella. Es decir, los hechos y consecuencias de la reestructuración económica no encuentran un desarrollo correlativo de los discursos y subjetividades sindicales, verificable tanto en la actualidad de sus planteamientos como en la unidad y coherencia de sus relatos. Se observa la coexistencia de formulaciones propias del antiguo modelo sindical, que subsisten como verdaderos restos arqueológicos de prácticas sociales del pasado, según lo plantearía Bourdieu, en una realidad que ya no les otorga validez; junto a elementos de corte más contemporáneo, como las tesis del sindicalismo sociopolítico (Chile) o de la supervivencia sindical (Argentina), que no son más que una evidencia de la pérdida de autonomía del sector laboral frente a las exigencias que el Estado emergente de las dictaduras le ha planteado a los sindicatos a fin de asegurarles el monopolio en la representación de los trabajadores.

La autonomía del sindicalismo en este contexto se ha visto seriamente comprometida, en la medida que principalmente éste ha buscado fórmulas que significan la supervivencia organizativa, y de los propios dirigentes que las componen, hipotecando la búsqueda de una alternativa que implique un reacomodo de las relaciones de fuerza entre capital, Estado y trabajo, en la dirección de la defensa de los derechos alcanzados en períodos previos de la historia de ambos países. Pero también, la salida corporativista, por la vía de los acuerdos de supervivencia con el Estado, en la práctica han clausurado o imposibilitado que las organizaciones históricas de los trabajadores en Argentina y Chile puedan identificar y significar las nuevas prácticas de las relaciones laborales que atentan contra dimensiones o aspectos que durante la vigencia del antiguo modelo industrial no aparecían como conflictivas. Dicho de otra forma, la exploración en mecanismos corporativistas de nuevo tipo por parte de los sindicatos en ambos países ha clausurado la significación y emergencia de demandas que pueden –eventualmente–

¹⁹⁸ Es el caso de Atilio Borón.

devenir en derechos, los que podrían tener un potencial movilizador que reactive la lucha sindical. Por ejemplo, los empleos de carácter temporal, vinculados a actividades estacionarias (como la agricultura, la construcción, el montaje industrial), sólo en el contexto actual de desregulación y flexibilidad crecientes adquieren un carácter problemático, al asociarlos al resto de actividades que se tornan estacionarias por una mera decisión de economía de costos. De ahí que la protección al trabajador en los períodos de no trabajo, en materia de salario indirecto (aportes jubilatorios, de salud, seguro de desempleo) o incluso directo, puede transformarse en un derecho, tan importante como los derechos considerados históricos por los sindicatos.

Las características en el plano social y económico de la salida que tuvo la crisis de los ochenta, a principios de la década siguiente, fueron evaluadas de la misma forma por los sindicatos. En la Argentina, la estabilización de la economía que había generado el Plan Cavallo, y la posterior victoria electoral de Menem en 1994, “condujo a la mayoría de los sindicalistas a dos conclusiones contradictorias: por una parte, que el modelo económico, resistido por unos o aprobado por otros, contaba con un respaldo popular que hacía prever su prolongada continuidad; y, por otro lado, que la unidad sindical pasaba a ser una imperiosa urgencia para tratar de contener los aspectos anti-sindicales de la nueva legislación laboral en preparación desde el Poder Ejecutivo”¹⁹⁹. En Chile, los efectos desmovilizadores de la transición a la democracia y la aceptación indiscutida por la casi totalidad de los actores políticos del modelo económico, hicieron que los dirigentes sindicales que aún se resistían a admitirlo no tuvieran más alternativa que operar en función de la nueva realidad. Huérfanos de articulación posible con algún partido de gobierno y presionados por el Estado a llegar a consensos (materializados en los Acuerdos Marco), la conclusión fue participar con la esperanza que la retribución se hiciera expedita, o que se generara alguna posibilidad de “arrancar” beneficios, siempre en el ámbito de las negociaciones con el Estado y sin intervenir activamente desde los espacios de empresa. A consecuencia de estos raciocinios, los sindicatos de ambos lados de la cordillera sólo consiguieron otorgarle mayor legitimidad al modelo socio-económico que inicialmente les reparaba legítimas dudas y terminaron comprometiendo la suerte del sindicalismo y del sector laboral por toda la década.

En definitiva, las nuevas políticas impulsadas por el Estado han sido eficientes durante la década en el objetivo de imprimir disciplina en los trabajadores, quitándole a los sindicatos la antigua plataforma que les possibilitaba crecimiento y avances, pero sin dejarlos del todo abandonados a su suerte, por cuanto ello implicaría una cuota de pérdida de legitimidad, no necesaria o solamente al Estado, sino también a los partidos políticos que han basado su poderío en las alianzas y apoyos electorales obtenidos de las masas trabajadoras, a pesar que cada vez más los partidos omitan a los trabajadores de sus agendas programáticas y de gobierno. Sólo en el caso de Argentina es posible comprobar un aumento de las resistencias a las políticas neoliberales, fundamentalmente durante la segunda mitad de los noventa y hasta hoy, pero a costa de un proceso de fragmentación que ha debilitado la potencia inicial de dichas manifestaciones. Del mismo modo, el agudo y ascendente desempleo se ha constituido como un factor adicional en el

¹⁹⁹ Arturo Fernández, *Crisis y decadencia del sindicalismo argentino. Sus causas sociales y políticas*, Buenos Aires: Legasa, 1998, p. 177.

proceso de disciplinamiento de la fuerza laboral, que encuentra sus mejores posibilidades de protesta –aunque no los mejores resultados– en el espacio del no-trabajo: las organizaciones de desempleados. En Chile, el período de expansión económica de los noventa, en vez de fortalecer la acción reivindicativa de los sindicatos, que podrían haber desarrollado una estrategia de disputa por el reparto de la riqueza generada, terminó siendo el factor que sepultó a la CUT como fuerza política al consolidar la percepción de inoperancia e inutilidad de la principal central sindical.

Hemos ocupado el concepto de sindicalismo corporativo para referirnos a la condición y característica fundamental de la organización de los trabajadores en su relación con el Estado, primordialmente, y con los empresarios, para ambos países. Y ello cuando aún es usual que los analistas sigan definiendo al sindicalismo chileno como “clasista”. No se trata de una casualidad. Aunque el sindicalismo chileno no contaba con los mismos recursos que su homólogo argentino (las obras sociales), y ello limitaba sus posibilidades de intercambio y alianza estructural con el Estado, el mecanismo de cooptación ha sido precisamente el aval de moderación discursiva y de carácter (el clasismo), que en el plano ideológico se ha manifestado en el vaciamiento doctrinario de la CUT. Paralelamente, el vaciamiento doctrinario, el abandono de los conceptos que el sindicalismo hizo suyos durante décadas de desarrollo precedente (y que se manifiesta, por ejemplo, en la evolución de las declaraciones de principios de la multigremial, o en lo irrelevante en que ésta se ha transformado), ha tenido un correlato en el copamiento y avance de las ideas del sindicalismo corporativo, técnico, recluso a la empresa y despojado de connotaciones políticas. Si hay un sector que ha crecido en el último período en el sindicalismo, ha sido precisamente el que adscribe a las tesis de la acción gremial despolitizada y utilitarista. Una parte de él se representa políticamente en la CUT y la CAT a través de referentes y nucleamientos internos, pero otro segmento no menor es el que se omite *ex profeso* de cualquier intento de actuar al interior de las centrales existentes. Por otro lado, las definiciones en torno al sindicalismo clasista y corporativista, distinguen uno de otro partiendo de variables diferentes, lo que puede llevar a algunas confusiones. En efecto, en el primero se acentúan las características de su discurso (marxista en alguna de sus variantes), mientras que en el segundo su cualidad de garante o factor de la gobernabilidad a través de pactos con el Estado intervencionista²⁰⁰. Pero en el caso de los países que nos convocan en esta oportunidad, las cualidades de una u otra variante conceptual se comparten y movilizan a través de los diferentes períodos históricos. Por ejemplo, el sindicalismo argentino, durante la primera mitad de los setenta se constituyó claramente en un factor que amenazaba la gobernabilidad (al igual que el sindicalismo chileno), al punto que hasta hoy el sindicalismo peronista se adjudica responsabilidades propias en la caída del gobierno en 1976. Mientras, en el caso de Chile, no obstante las características de su discurso, en el período de auge del modelo de desarrollo sustitutivo (los años cuarenta) el sindicalismo operó, en la práctica, como una de las partes del pacto social que aseguraba el desenvolvimiento del propio modelo. Así, éste ensayó durante algunos años una cierta variante del corporativismo, en

²⁰⁰ Enrique de la Garza Toledo, “Las transiciones políticas en América Latina, entre el corporativismo sindical y la pérdida de imaginarios colectivos”, en Enrique de la Garza Toledo (comp.), *Los sindicatos frente a los procesos de transición política*, Buenos Aires: CLACSO, 2001.

una modalidad, diríamos, “blanda”.

Por el contrario, si se pone el acento en los entrecruzamientos de intereses, no sólo políticos o ideológicos sino también materiales, entre Estado y sindicatos, y la forma en que ellos llegaron a concretarse en mecanismos de reforzamiento de los vínculos, se puede observar diferencias sustantivas. En efecto, el avanzado desarrollo en la Argentina de un modelo de sindicalismo de servicios, que operaba administrativamente con independencia del Estado aunque no siempre con autonomía financiera, y el esquema de personerías gremiales a organizaciones por rama otorgadas por el Estado, quién por esa vía aseguraba su cuota de legitimidad a la vez que comprometía a los sindicatos a interlocutar y legitimarse frente a él, pone de manifiesto un vínculo Estado-sindicatos que no se observa en Chile. Aquí, si bien algunos grandes sindicatos (como los del cobre) implementaron un esquema similar de asistencia a sus afiliados, éste no alcanzó las magnitudes y difusión del modelo argentino. Así también, aunque en algunos momentos hubo intentos desde el Estado de replicar el modelo de relación Estado-sindicatos de la Argentina del primer período de gobierno de Perón, ellos no prosperaron por distintas razones (entre otras, porque el sindicalismo logra forjar un mínimo grado de autonomía a partir de la fundación de la CUT en 1953 que lo hacía principalmente enfrentarse al Estado con la pretensión de radicalizarlo). Sin embargo, en ambos casos se observa que el sindicalismo tuvo por interlocutor y referente privilegiado al Estado, cuestión que perdura hasta la actualidad.

Según ha sido posible observar, las nuevas temáticas presentes en los discursos, presentan una mayor preponderancia dentro de los planteamientos de los actores o referentes sindicales menos vinculados a las estrategias de supervivencia. En este caso, el hecho que exista una cierta asociación entre actores “alternativos” o nuevos movimientos sindicales-laborales (como las organizaciones de desocupados o piqueteros en Argentina) y el impacto más regresivo de la reestructuración en las actividades económicas y la estructura ocupacional de la que provienen o forman parte, puede explicar la importancia que van tomando las nuevas temáticas o preocupaciones en estos sectores. En todo caso, la radicalidad de las acciones de los desocupados, en especial en el caso de Argentina, no tiene que ver necesariamente con una suerte de “despertar de la conciencia”, que relacionaría la radicalidad de la conciencia y subjetividades sociales con el empeoramiento de las condiciones laborales. Como lo ha señalado Maceira y Spaltenberg, en Argentina “son estos trabajadores quienes aparecen en el nuevo siglo como la imagen del proletariado, aquellos que no sólo han sido separados de sus condiciones materiales de vida sino que efectivamente no tienen nada que perder. Es de esta condición social de donde deriva su radicalidad, y no del haber asumido tal radicalidad como determinación política a partir del conocimiento de las causas del proceso que lleva a su aniquilamiento social”²⁰¹. Las nociones que manejan algunos sectores aún importantes dentro del campo alternativo en el mundo sindical, sobre la conciencia obrera o proletaria, parten de imágenes preconcebidas acerca de sus características, ignoran el carácter de proceso en los fenómenos de politización y movilización social y laboral, y se equivocan al asignarle un significado unívoco, ya resuelto, a dicha conciencia. En estos temas, incluso las tendencias que parten de una

²⁰¹ Verónica Maceira y Ricardo Spaltenberg, op. cit., 2001, p. 26.

crítica radical a las formas tradicionales de hacer política propias de la izquierda, se empantanaron al asumir controvertibles conceptos –soslayados la mayoría de las veces– acerca de una supuesta “vitalidad” anticapitalista propia del género humano o de los trabajadores²⁰². De estos soslayos provienen pretensiones tales como el deseo de “no ejercer poder” sobre las experiencias de organización de los sectores populares, o la confianza en las propias experiencias de auto-organización de los trabajadores (que se referencian en las primeras organizaciones de trabajadores de fines del siglo XIX y principios del siglo XX, tales como las sociedades de resistencia o las mutuales, influidas por las ideas del socialismo utópico y posteriormente del anarquismo), confianza tan mesiánica como la antigua concepción de que “el partido”, cual vanguardia esclarecida, orientaría y resolvería las luchas populares.

En el caso de la Argentina, y como lo hemos visto, si bien es cierto se verifican diversas variantes discursivas dentro del sindicalismo, hay ciertas coordenadas de referencia que, sin perjuicio de los diferentes relatos que pueden sostener, hacen más homogéneo al sindicalismo en sus componentes ideológicos (relativos a los mitos fundacionales o el significado del peronismo), que en relación a sus prácticas sociales. Para Novick, por ejemplo, “a pesar de esta situación casi inédita de tres centrales sindicales, más allá de los grandes cambios que registran sus modalidades de actuación, y su propia identidad política y organizativa, ofrece un rasgo notable de continuidad en su estructura”²⁰³. Esta conclusión resulta coincidente con el análisis que entregaba un analista del comportamiento sindical para momentos previos en el movimiento sindical. En efecto, Fernández destacaba que, respecto al período que va entre 1966 y 1973, “podemos deducir que la oposición al interior de la clase obrera se va a dar entre prácticas sociales distintas más que entre un sector con conciencia de clase y otro con conciencia nacional. La producción de ideologías sindicales [...] va a agudizar la separación entre prácticas reformistas y revolucionarias. Pero esas ideologías sindicales no crean una división neta entre sectores con conciencia nacional y otros con conciencia de clase”²⁰⁴. Este tipo de cruzamientos en materia ideológica, aparentemente, se reiteran en el presente.

Por otro lado, no hay que olvidar que la experiencia histórica muestra que los mayores logros para los trabajadores, los mejores éxitos de los sindicatos, se han producido en contextos de auge y expansión económica. Y también, que aunque la fracción organizada de los trabajadores siempre ha sido minoritaria, ello no ha impedido

²⁰² En el cuaderno dedicado a la experiencia del MTD Solano, del colectivo Situaciones, se propone que el contrapoder se caracteriza por “composición sin centro, emergencia de multiplicidad sin ningún elemento metafísico que las organice, emergencia de elementos de contrapoder capaces de demostrar que el capitalismo no es lo que desean nuestras vidas” (Situaciones, 2001, p. 8). ¿Es el capitalismo algo que nuestras vidas, más allá o más acá de nuestras conciencias, realmente evitan? ¿Contiene la vida, en su esencia, elementos contrarios al orden social capitalista? ¿Los “impulsos libertarios” descritos, no son también un universal apriorístico kantiano, o metafísico?

²⁰³ Marta Novick, “Nuevas reglas del juego en la Argentina, competitividad y actores sindicales”, op. cit., p. 83.

²⁰⁴ Arturo Fernández, *Ideologías de los grupos dirigentes sindicales / 2 (1966-1973)*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1975(?), p. 121.

la consecución de importantes logros ²⁰⁵. Según lo ha señalado Zapata, “la estructuración de acciones colectivas de gran envergadura descansa en la existencia de tensiones derivadas de un cierto equilibrio de fuerzas en el sistema social y no en el predominio abierto del capital sobre el trabajo. En la medida que el deterioro salarial y la pérdida progresiva de condiciones de vida decentes ha reducido considerablemente el peso del factor trabajo en el producto y que se han modificado radicalmente las formas de acumulación de riqueza, el sindicalismo se ve privado de lo que constituía su principal fuente de poder: la clase obrera industrial” ²⁰⁶. Esto debería llamar la atención respecto a los límites que puede tener una estrategia de acción sindical basada en consideraciones que destacan la radicalidad de las luchas de los desocupados y su potencial de ruptura sistémica. En efecto, y como lo hemos señalado más arriba, el desempleo (junto a la informalidad o el subempleo) además de ensanchar la gama de intereses a los que deben responder centrales sindicales conformadas en contextos de pleno empleo, dificultando su representación y la elaboración de programas o estrategias que los contengan, genera la equivocada percepción que la punta del iceberg en materia de conflictividad social y laboral sintetiza y proyecta las posibilidades de desenvolvimiento futuro del sindicalismo en su conjunto. Así es como, para el mismo Zapata, “el fenómeno central del mercado de trabajo en América Latina no es el desempleo abierto sino la informalización creciente de la fuerza de trabajo” ²⁰⁷.

Por último, quisiera terminar esbozando una línea de interpretación posible para la historia reciente de Argentina y Chile, que vincula los cambios en la organización general de la sociedad acaecidos en los últimos treinta años, con el viraje y desestructuración de los sindicatos observable con especial fuerza durante los años noventa. Resulta muy sugerente la interpretación de este fenómeno a partir de una base teórica gramsciana centrada en el concepto de transformismo, que ha utilizado Basualdo para Argentina y Moulian para Chile.

Para Basualdo, el fin de la dictadura en la Argentina planteaba el problema de la continuidad del modelo de valorización financiera impuesto por la dictadura, pero ahora en condiciones de prevalencia del régimen democrático y libertades públicas. Según el autor, “se trata de un problema crucial para el afianzamiento de los sectores dominantes porque ya no podían recurrir a la dictadura pero tampoco, debido al carácter excluyente del proceso económico, se podía plantear como objetivo el consenso social basado en la incorporación de alguna de las restantes fracciones sociales” ²⁰⁸. Frente a la imposibilidad o dificultades de constituir hegemonía con un carácter duradero, a causa de las trizaduras que ella prontamente evidenciaba, se recurre a una estrategia negativa ²⁰⁹,

²⁰⁵ E. de la Garza Toledo, op. cit., p. 22.

²⁰⁶ Francisco Zapata, “¿Crisis del sindicalismo en América Latina?”, en *Cuadernos del CENDES*, N° 147, Buenos Aires, 2001, p. 16.

²⁰⁷ Op. cit., p. 9.

²⁰⁸ Eduardo Basualdo, *Sistema político y modelo de acumulación en la Argentina. Notas sobre el transformismo argentino durante la valorización financiera (1976-2001)*, Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes / FLACSO / IDEP, 2001, p. 15.

donde lo central no es constituir el consenso sino impedir la organización y representación política e ideológica de los sectores populares, integrando a sus conducciones políticas y sociales. Para el autor, “este parece ser el motivo por el cual, a lo largo de las últimas décadas, son cooptados cuadros políticos, dirigentes sindicales, etc., que conservan e incluso en algunos casos fortalecen sus liderazgos debido al respaldo que encuentran en los sectores de poder. Sin embargo, de allí en más, la tarea central de estos ‘intelectuales orgánicos’ consiste en la desmovilización y la desestructuración de quienes supuestamente representan, porque en eso consiste fundamentalmente su nueva organicidad en el naciente bloque de poder que conforman los sectores dominantes a partir de la vigencia de la valorización financiera”²¹⁰.

Pero, ¿qué es el transformismo argentino? Con este concepto el autor remite al proceso de legitimación política y de garantía de la continuidad y profundización del modelo de valorización financiera, iniciado por los sectores dominantes pero llevado a cabo por la fracción del capital concentrado interno, que “asumen la tarea de cooptar al partido político que accede al gobierno una vez agotada la dictadura militar, a distintos integrantes del partido opositor y a diversas conducciones de organizaciones que forman la sociedad civil [especialmente a los sindicatos]”. Pero lo distintivo del caso argentino, lo que lo diferencia, diremos, del caso chileno, es que aquí “la ideología necesariamente pierde importancia relativa en favor de otros factores de índole material, porque allí radican las ventajas relativas de las fracciones sociales que detentan el poder en una sociedad capitalista”²¹¹. Es la coima, el soborno, los “retornos”, la participación en negocios con privados y el Estado, el “sindicalismo empresario”, como algunos lo han denominado, lo que hace factible la cooptación en la Argentina.

Para Moulian, en tanto, una de las claves de comprensión de Chile en la actualidad se encuentra en el vínculo que lo une con el Chile de la dictadura. Es decir, la clave que permite afirmar continuidad entre un período y otro. El autor sostiene que este lazo se encuentra en el concepto de transformismo. Para Moulian, “‘transformismo’ [es el] largo proceso de preparación, durante la dictadura, de una salida a la dictadura, destinada a permitir la continuidad de sus estructuras básicas bajo otros ropajes políticos, las vestimentas democráticas. El objetivo es el ‘gatopardismo’, cambiar para permanecer. Llamo ‘transformismo’ a las operaciones que en el Chile Actual se realizan para asegurar la reproducción de la ‘infraestructura’, creada durante la dictadura, despojada de las molestas formas, de las brutales y de las desnudas ‘superestructuras’ de entonces. El ‘transformismo’ consiste en una alucinante operación de perpetuación que se realizó a través del cambio de Estado [...] pero no hay un cambio del bloque dominante pese a que sí se modifica el modelo de dominación”²¹².

El concepto de transformismo, como fenómeno y proceso que explica la continuidad

²⁰⁹ Claudio Lozano, “Comentario”, en Eduardo Basualdo, op. cit., p. 124.

²¹⁰ E. Basualdo, op. cit., p. 16.

²¹¹ Op. cit., p. 21 y 22.

²¹² Tomás Moulian, *Chile Actual. Anatomía de un mito*, Santiago: ARCIS / LOM, 1997, p. 145.

y viabilidad del viraje neoliberal, se manifestaría, de forma común en ambos países, en las estrategias emprendidas con el objeto de conseguir que los únicos que en aquel momento podían desarrollar una oposición activa, en circunstancias que las fuerzas políticas principales ya habían pactado la gobernabilidad futura con los sectores económicos emergentes de la reestructuración económica de las dictaduras, otorgaran validez y/o legitimidad al modelo económico. La prueba entregada por los autores es que se consiguió el compromiso de líderes sindicales tradicionalmente opuestos a esquemas de desregulación y de dirigentes sociales y políticos que fueron críticos de las reformas efectuadas por los gobiernos militares.

Si bien nunca el Estado agota en su representación todos los intereses sociales, los que tampoco están dados de una vez y para siempre como un conjunto completo y coherente, ya que se actualizan, amplían o reducen a cada momento, lo que estaría ocurriendo en la actualidad es un proceso de concentración del poder político sin precedentes en los últimos setenta u ochenta años, por la vía de la exclusión cada vez más validada y por momentos consensuada –en el sentido que Gramsci le asigna a la palabra consenso– de las clases subalternas de su participación en el Estado. Si en el pasado, concertación de clases y sectores sociales se reflejaban en la –conflictiva– coexistencia de éstas al interior del Estado, hoy estaría ocurriendo exactamente lo contrario: al basarse el dinamismo económico en la demanda externa, la tarea del Estado consiste en generar las condiciones que hacen posible la acumulación por parte de los intereses externos presentes en la economía nacional, a la vez que contribuir con los requisitos de competitividad de la producción nacional en los mercados internacionales; todo lo que significa abaratar los costos asociados a los factores económicos, resintiendo especialmente a los trabajadores. En consecuencia, si antes el Estado fue visto como un ente que representó la “voluntad general” de la nación, de la mano de una cierta idea de “sujeto nacional”, en la actualidad su legitimidad en tanto espacio de representación colectiva es limitada ya que éste aparece con nitidez defendiendo los intereses de algunos sectores en desmedro de otros.

En definitiva, las últimas décadas han hecho trizas los componentes básicos de la arquitectura de la “sociedad salarial” o “sociedad del trabajo”. En ésta, el Estado hizo suya la aspiración de brindar protecciones al trabajador, tanto dentro como fuera del mercado de trabajo, a la vez que promovió una tendencia al pleno empleo. Lo notable es que en este período se desarrolla una noción de seguridad ligada al trabajo, y ya no sólo a la propiedad. Una sociedad que asumía estos principios y trataba de materializarlos era consecuencia de la trayectoria del conflicto social, tanto en los países centrales como en muchos de la periferia. Es decir, la “edad dorada” de Hobsbawm, o, más modestamente, los Estados populistas o de compromiso, expresaban también una determinada relación de fuerzas entre capital y trabajo. Así fue como, de forma mucho más pronunciada en la Argentina, el trabajo se constituyó en el mecanismo de integración social por excelencia.

Los años próximos podrán mostrarnos la forma en que el sindicalismo –si es que logra hacerlo en el corto plazo– se sacude de los constreñimientos que ha padecido en los últimos años. Lo relevante parece ser el grado según el cual podrá liberarse de la permanente referencia al período previo a las dictaduras militares como estado deseado y deseable. Las ataduras que aún manifiesta en este aspecto lo limitan en la exploración

de soluciones o programas alternativos a la simple restitución de condiciones o derechos propios de una sociedad que sencillamente ya no existe, aún cuando las alianzas sociales aparezcan, todavía, como aquellas que dieron vida al esquema industrialista de los años cuarenta.

V. Bibliografía

- Abramo, Laís (editora). *Sindicalismo y Democracia*, N° 4, Santiago: CLACSO, 1991.
- Abramo, Laís (editora). *Sindicalismo y Democracia*, N° 6, Santiago: CLACSO, 1993.
- Agacino, Rafael, González, Cristián y Rojas, Jorge. *Capital transnacional y trabajo. El desarrollo minero en Chile*, Santiago: LOM / ARCIS / PET, 1988.
- Alegría, Sergio. “De la lucha económica a la lucha política”, en *Revista SurDa*, N° 23, Santiago, 1999.
- Altamirano, Carlos. “Estudio Preliminar”, en *Bajo el signo de las masas (1943-1973)*, Buenos Aires: Ariel, 2001.
- Alzamora, Gerardo y Gómez Carrillo, Julio. *El Mes Sindical*, en < <http://www.cess.org.ar/macro/29-abr98/0498sind.htm> >, 1998.
- Antunes, Ricardo. *¿Adiós al trabajo? Ensayo sobre las metamorfosis y la centralidad del mundo del trabajo*, São Paulo: Cortez, 2001.
- Aravena, Antonio. “La sociología del trabajo en Chile: contribuciones y temas de estudio”, en *Economía y Trabajo*, N° 10, Santiago, 2000.
- Arostegui Julio. “Reflexiones sobre la historia del presente (presupuestos de un análisis histórico de nuestro tiempo)”, en *Passat i present, claus d'interpretacio*, Barcelona, 1998.
- ASET. 5° Congreso Nacional de Estudios del Trabajo. Mesas redondas y reseña de los talleres, Buenos Aires: ASET, 2002.
- Basualdo, Eduardo. *Sistema político y modelo de acumulación en la Argentina*. Notas

- sobre el transformismo argentino durante la valorización financiera (1976-2001), Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes / FLACSO / IDEP, 2001.
- Brennan, James. "El clasismo y lo obreros. El contexto fabril del 'sindicalismo de liberación' en la industria automotriz cordobesa, 1970-75", en *Desarrollo Económico* Vol. 32, N° 125, Buenos Aires, 1992.
- Borón, Atilio. "El estudio de la movilización política en América Latina: la movilización electoral en Argentina y Chile", en *Desarrollo Económico*, Vol. XII, N° 45, Buenos Aires, 1972.
- Calcagno, Alfredo Eric y Calcagno, Eric. "Industria y política van de la mano" en *Le Monde Diplomatique*, N° 23, Santiago, 2002.
- Campero, Guillermo. "Chile: el movimiento sindical en la transición", en *Proposiciones*, N° 17, Santiago, 1989.
- Campero, Guillermo et al. *Los actores sociales en el nuevo orden laboral*, Santiago: Dolmen / PREALC, 1993.
- Campero, Guillermo. *Respuestas del sindicalismo ante la mundialización: el caso de Chile*, Ginebra: Instituto Internacional de Estudios Laborales / OIT, 2000.
- Canitrot, Adolfo. "La disciplina como objetivo de la política económica. Un ensayo sobre el programa económico del gobierno argentino desde 1976" *Estudios CEDES*, 2ª Edición, Vol. 2, N° 6, Buenos Aires, 1979.
- Catalano, Ana María. "Salarios: ¿norma de consumo o costo productivo?" en Rojas, Eduardo et al, *Los sindicatos y la tecnología: Cambios técnicos y de organización en las industrias metalmeccánica y de la alimentación en Argentina. Parte II*, Santiago: OIT / PREALC, 1995.
- CGT. Declaración del Congreso de la Confederación General del Trabajo, Buenos Aires: Mimeo. 1994.
- Colectivos de Trabajadores. Un saludo fraterno a las trabajadoras, trabajadores, movimientos populares y estudiantiles presentes en este segundo aniversario de los colectivos de trabajadores, Santiago: mimeo, 2001.
- Cortázar, René. Política laboral en el Chile democrático. Avances y desafíos en los noventa Santiago: DOLMEN, 1993.
- De la Garza Toledo, Enrique. "Trabajo y mundos de vida", en Hugo Zemelman y Emma León (comp.), *Subjetividad: umbrales del pensamiento social*, México: UNAM y Anthropos, 1997.
- De la Garza Toledo, Enrique. "Las transiciones políticas en América Latina, entre el corporativismo sindical y la pérdida de imaginarios colectivos", en Enrique de la Garza T. (comp.), *Los sindicatos frente a los procesos de transición política*, Buenos Aires: CLACSO, 2001.
- EL MERCURIO. *La CUT en jaque*, (Cuerpo B, Economía y Negocios), Santiago, 23 de marzo de 2003.
- Escobar, Patricio. *La economía chilena: de la crisis al estancamiento*, Santiago: PET, 2001.
- Espinosa, Malva y Yanes, Hugo. *La flexibilización empresarial en Chile. Notas desde la perspectiva sindical*, Santiago: Fundación Friedrich Ebert / CEM, 1999.

-
- Falabella, Gonzalo y Campero, Guillermo. "Sindicatos y Transición Democrática", en Campero, G. y Robles, A. (editores) *Sindicatos y Transición Democrática*, vol. I, Santiago: Planeta, 1991.
- Faletto, Enzo y Baño, Rodrigo. *Estructura Social y Estilo de Desarrollo*, Santiago: Universidad de Chile, 1992.
- Faletto, Enzo y Baño, Rodrigo. *Transformaciones Sociales y Económicas en América Latina*, Santiago: Universidad de Chile, 1999.
- Fernández, Arturo. *Ideologías de los grupos dirigentes sindicales / 2 (1966-1973)*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1975?.
- Fernández, Arturo. Crisis y decadencia del sindicalismo argentino. Sus causas sociales y políticas, Buenos Aires: Editores de América Latina, 1998.
- Fernández, Lidia y Ruiz Velasco, M^a Eugenia. "Subjetividades emergentes, psiquismo y proyecto colectivo", en Hugo Zemelman y Emma León (comp.), *Subjetividad: umbrales del pensamiento social*, México: UNAM y Anthropos, 1997.
- Franck, Volker. "Sindicalismo y Democracia en Chile: percepciones, esperanzas, novedades y posibilidades", en *Economía y Trabajo*, año II, N° 4, Santiago, 1994.
- Frías, Patricio. "El sindicalismo y su crisis en la perspectiva de la vinculación entre la política y la economía" en Fernández, Margarita (editora) *Economía y Trabajo en Chile. Informe Anual N° 7*, Santiago: PET, 1998.
- Guattari, Félix. *El devenir de la subjetividad*, Santiago de Chile: DOLMEN, 1998.
- Germani, Gino. Política y sociedad en una época de transición, Buenos Aires: Paidós, 1962.
- González, Juan. "Intervención en el Quinto congreso de Estudios del Trabajo", en 5° *Congreso Nacional de Estudios del Trabajo. Mesas redondas y reseña de los talleres*, Buenos Aires: ASET, 2002.
- González, Santiago senén y Bosoer, Fabián. El sindicalismo en tiempos de Menem. Los ministros de Trabajo en la primera presidencia de Menem: sindicalismo y Estado (1989-1995), Buenos Aires: Corregidor, 1999.
- Godio, Julio. "Sindicatos, el poder perdido" en Moreno, Omar (comp.) *Desafíos para el sindicalismo en la Argentina*, Buenos Aires: Friedrich Ebert / Legasa, 1993.
- Godio, Julio y Robles, Alberto J.. *Observatorio del movimiento sindical argentino*, en < <http://www.geocities.com/aadachary/sindi.htm> >, 2000.
- Guerra Rodríguez, Carlos. "Hacia una sociología del sujeto: democracia y sociedad civil", en Hugo Zemelman y Emma León (comp.), *Subjetividad: umbrales del pensamiento social*, México: UNAM y Anthropos, 1997.
- Halperín Donghi, Tulio. "Un cuarto de siglo de historiografía argentina (1960-1985)", en *Desarrollo Económico*, Vol XXV, N° 100, Buenos Aires, 1986.
- Illanes, María Angélica. "Azote, Salario y Ley. Disciplinamiento de la mano de obra en la minería de Atacama (1817-1850)", en *Proposiciones*, N° 19, Santiago, 1990.
- Illanes, María Angélica. "Marginalización y desmarginalización en el movimiento popular", en *Proposiciones*, N° 24, Santiago, 1994.
- Iñigo Carrera, Nicolás. "Movimiento, contradicción y enfrentamiento social: ¿qué hemos

- aportado los historiadores al conocimiento de la historia de los trabajadores en Argentina?”, en *Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo*, N° 13, año 7, 2001.
- Iñigo Carrera, Nicolás. “Las huelgas generales, Argentina 1983-2001: un ejercicio de periodización”, en *PIMSA Documentos y Publicaciones 2001*, Buenos Aires: PIMSA, 2001.
- Iñigo Carrera, Nicolás y Cotarelo, María Celia. “La protesta social en los noventa. Aproximación a una periodización”, en *PIMSA Documentos y Publicaciones 2000*, Buenos Aires: PIMSA, 2000.
- Iñigo Carrera, Nicolás y Cotarelo, María Celia. “Reestructuración productiva y formas de la protesta social en la Argentina”, De la Garza Toledo, Enrique (comp.) *Reestructuración productiva, mercado de trabajo y sindicatos en América Latina*, Buenos Aires: CLACSO, 2000.
- Lacoste, Pablo. *La imagen del otro en las relaciones de la Argentina y Chile (1537-2000)*, Santiago: Universidad de Santiago de Chile / Fondo de Cultura Económica, 2003.
- Larrañaga, Osvaldo. Estudio sobre la distribución del ingreso: estructura funcional en 1987-1996 y proyecciones, Santiago: MIDEPLAN / Universidad de Chile, 2000.
- López, Artemio y Lozano, Claudio. “Hacia un nuevo modelo sindical. Aportes para su discusión”, en Omar Moreno (comp.) *Desafíos para el sindicalismo en la Argentina*, Buenos Aires: Fundación Friedrich Ebert / Legasa, 1993.
- Lozano, Claudio. “Comentario”, en Eduardo Basualdo, Sistema político y modelo de acumulación en la Argentina. Notas sobre el transformismo argentino durante la valorización financiera (1976-2001), Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes / FLACSO / IDEP, 2001.
- Maas, Pablo. “Fábricas sin obreros” en *Le Monde Diplomatique*, N° 23, Santiago, 2002.
- Maceira, Verónica y Spaltenberg, Ricardo. “Una aproximación al movimiento de desocupados en el marco de las transformaciones de la clase obrera en Argentina” en *Observatorio Social de América Latina*, N° 5, Buenos Aires: CLACSO, 2001.
- Matsushita, Hiroshi. “Balance crítico de una década” en González, Santiago Senén y Bosoer, Fabián, El sindicalismo en tiempos de Menem. Los ministros de Trabajo en la primera presidencia de Menem: sindicalismo y Estado (1989-1995), Buenos Aires: Corregidor, 1999.
- Ministerio del Trabajo y Previsión Social. Anuario Estadístico 1999. Organizaciones sindicales, negociación colectiva, huelgas, Santiago de Chile: mimeo, 1999.
- Mideplan y Departamento de Economía de la Universidad de Chile. Estudio sobre la distribución funcional del ingreso: estructura funcional en 1987-1996 y proyecciones, Santiago: MIDEPLAN, 2000.
- Montero, Cecilia y Morris, Pablo. El impacto de la globalización en los mercados laborales. Políticas de empleo en los países del MERCOSUR y Chile, Santiago: ProSur, 2002.
- Moulian, Tomás. *Chile Actual: Anatomía de un mito*, Santiago: LOM / ARCIS, 1997.
- Murillo, María Victoria. “La adaptación del sindicalismo argentino a las reformas de

-
- mercado en la primera presidencia de Menem”, en *Desarrollo Económico*, Vol. 37, N° 147, Buenos Aires, 1997.
- Murillo, María Victoria. “Del populismo al neoliberalismo: sindicatos y reformas de mercado en América Latina” en *Desarrollo Económico*, Vol. 40, N° 158, Buenos Aires, 2000.
- Murmis, Miguel y Portantiero, Juan Carlos, *Estudio sobre los orígenes históricos del peronismo*, Buenos Aires: Siglo XXI, 1971.
- Neffa, Julio César. “Presentación del debate reciente sobre el fin del trabajo” en De la Garza Toledo, Enrique y Neffa, Julio César (comp.), *El trabajo del futuro. El futuro del trabajo*, Buenos Aires: CLACSO, 2001.
- Novick, Marta. “Nuevas reglas del Juego en la Argentina, competitividad y actores sindicales”, en de la Garza Toledo, Enrique (comp.), *Los sindicatos frente a los procesos de Transición Política*, Buenos Aires: CLACSO, 2001.
- Novick, Marta. “La identidad sindical en crisis: el desafío del sindicalismo” en 5° *Congreso Nacional de Estudios del Trabajo. Mesas redondas y reseña de los talleres*, Buenos Aires: ASET, 2002.
- Novick, Marta y Catalano, Ana María. “Reconversión productiva y estrategias sindicales en Argentina: ¿renovación o ajuste táctico?” en Portella de Castro, María Silvia y Wachendorfer, Achim (coords.), *Sindicalismo Latinoamericano. Entre la renovación y la resignación*, Caracas: Nueva Sociedad / ILDES-FES, 1995.
- Ogando, Ariel. “Desocupados y cortes de ruta en el noroeste argentino” en *Herramienta*, N° 15, Buenos Aires, 2001.
- Oviedo, Luis. Una historia del movimiento piquetero. De las primeras coordinadoras a las asambleas nacionales, Buenos Aires: Rumbos, 2001.
- PÁGINA 12. *Entrevista a Alberto Spagnolo.*, en http://pagina12.feedback.net.ar/secciones/id_notas=12300 , 2002.
- Palomino, Héctor. “Los sindicatos en la Argentina contemporánea”, en *Nueva Sociedad*, N° 169, Caracas, 2000.
- Rauber, Isabel. *Una Historia Silenciada*, Buenos Aires: Pensamiento Jurídico Editora, 1998.
- Rauber, Isabel. *Tiempo de Herejías*, Buenos Aires: CTA, 2000.
- Rodríguez, Edgardo. *El Mes Sindical*, en < <http://www.cess.org.ar/macro/35-oct98/0400sind.htm> >, 1998.
- Rodríguez, Edgardo. *El Mes Sindical*, Buenos Aires: Centro de Estudios Socioeconómicos y Sindicales, 2000.
- Rojas Flores, Jorge. “Los trabajadores en la historiografía chilena: balance y proyecciones”, en *Economía y Trabajo*, N° 10, Santiago, 2000.
- Rojas Flores, Jorge y Aravena, Antonio. “El mundo sindical y el trabajo asalariado en Chile” en Escobar, Patricio (editor), *Trabajadores y empleo en el Chile de los noventa* Santiago: LOM / ARCIS / PET, 1999.
- Rojas Hernández, Jorge. “El movimiento sindical chileno en la transición a la democracia” en *Proposiciones*, N° 22, Santiago, 1993.

- Rozas, María. Globalización y Concertación social en Chile, Santiago: OIT, 1998.
- Salazar, Gabriel. *Labradores, peones y proletarios*, Santiago: SUR, 1985.
- Salazar, Gabriel y Pinto, Julio. *Historia contemporánea de Chile*, Volumen 2, Santiago: LOM, 1999.
- Schatan, Jacobo. El Saqueo de América Latina. Deuda Externa, Neoliberalismo y Globalización, Santiago: LOM y ARCIS, 1998.
- Sidicaro, Ricardo. "Elementos para un análisis sociológico de las relaciones entre regímenes autoritarios y clase obrera en Argentina y Chile" en Gallitelli, Bernardo y Thompson, Andrés (editores), *Sindicalismo y Regímenes militares en Argentina y Chile*, Ámsterdam: CEDLA, 1982.
- Situaciones. *MTD Solano*, Cuaderno 4, Buenos Aires: Ediciones de Mano en Mano, 2001.
- SurDa. Por la reconstrucción de un movimiento sindical desde la base, Santiago: SurDa, 1999.
- Thompson, Andrés. *Sindicatos y Concertación Social en Argentina 1983-1990*, Santiago: CLACSO / ISCOS / Planeta, 1993.
- Valenzuela, J. Samuel. "El movimiento obrero en la transición hacia la democracia: un marco conceptual para su análisis", en *Desarrollo Económico*, Vol. XXX, N° 119, Buenos Aires, 1990.
- Zapata, Francisco. *Autonomía y subordinación en el sindicalismo latinoamericano*, México: Fondo de Cultura Económica / El Colegio de México, 1993.
- Zapata, Francisco. "¿Crisis del sindicalismo en América Latina?" en *Cuadernos del CENDES*, N° 147, Buenos Aires, 2001.
- Zemelman, Hugo. *De la historia a la política. La experiencia de América Latina*, México: Siglo XXI y Universidad de la Naciones Unidas, 1989.
- Zemelman, Hugo. "Sujetos y subjetividad en la construcción metodológica", en Hugo Zemelman y Emma León (comp.), *Subjetividad: umbrales del pensamiento social*, México: UNAM y Anthropos, 1997.

Entrevistas personales y conversaciones efectuadas durante 2002 a:

- Arturo Martínez (Chile)
José Ortiz (Chile)
Osvaldo Herbach (Chile)
Diego Olivares (Chile)
Juan Carlos Alderete (Argentina)
Amancay Ardura (Argentina)
Víctor Mendibil (Argentina)

Luis D'Elía (Argentina)

Francisco Gutiérrez (Argentina)

Julio Gambina (Argentina)

Mario Gasparri (Argentina)

y otros dirigentes con los que por diversos motivos no se tomó registro sonoro de la conversación.

Anexos

Entrevistas

(Párrafos seleccionados de algunas de las entrevistas efectuadas en el marco de la investigación)

Entrevista a Víctor Mendibil —CTA— (Mayo de 2002, Buenos Aires)

Desde ese punto de vista se piensa en una unidad del movimiento sindical y del movimiento popular y de la clase trabajadora más bien en la vía de los hechos que tendrán que suceder y que están sucediendo antes que por la vía de una... como lo plantea la CCC de seguir apostando a la CGT como un espacio orgánico de la representación legítima e histórica de los trabajadores?

Para nosotros eso es un error muy importante, apostar a que se puede construir una alternativa política en la Argentina para los trabajadores desde la unidad con la CGT actual, la mayoría de los dirigentes que hoy están encaramados dirigiendo la CGT son empresarios viven como empresarios, sienten como empresarios por lo tanto no hay coincidencias para llevar adelante una acción con ella, entonces es una visión política que la respeto de los compañeros de la corriente, pero los llevará a frustraciones y a un proceso de retroceso, no retroceso sino de postergar momentos que son definitorios como los que estamos viviendo hoy, hoy está demostrado que la CGT de uno u otro color

están acordando con el gobierno de... ya sea Moyano o... cualquiera de los dos, Moyano apoyó la propuesta de la unión industrial de plantear la devaluación, cuando devaluar, dolarizar, pesificar o mantener el uno a uno son todos instrumentos de una política que favorece a los grupos económicos, el tema en la Argentina es la distribución de las riquezas, hasta que no se hable de cómo se va a distribuir la riqueza en la Argentina de una manera equitativa, todo eso son instrumentos que perjudican a los trabajadores y que le sirven a los grupos económicos, con todos...cualquiera de esos instrumentos ganan los grupos económicos y perdemos los trabajadores, mientras no haya un modelo de distribución de riquezas distinto en la Argentina y el tema central es que no se plantea un modelo de distribución distinto de las riquezas, ni la CGT de Moyano ni la CGT de Daer. Entonces se plantean, cuestiones, este se plantean cuestiones que benefician de una manera directa o indirecta a los grupos económicos, hablar como se habló de devaluación es haber facilitado lo que está sucediendo hoy en Argentina que es una inflación tremenda un derrumbe del poder adquisitivo de millones de trabajadores, 18 millones de pobres, millones de seres humanos en la marginación, hambre y ninguna perspectiva de futuro. Entonces esto no es solamente la devaluación es la consecuencia final de un modelo económico que tiene 25 años de aplicación y que se origina en la dictadura de 1976 con Martínez de Hoz y compañía. Este modelo tiene su inicio en la dictadura del 76 y hoy está llegando a su final, por qué, porque privilegió la especulación financiera por sobre la producción... es más desmanteló toda la producción local para favorecer todo lo que es especulación financiera.

Sin perjuicio de ello, en períodos pasados se ha generado lo que se denominó la mesa de enlace entre la CTA, Moyano y otros referentes más.

Sí hubo una etapa en que coincidimos en la mesa de enlace cuando hicimos la marcha La marcha grande. No, no cuando hicimos la marcha grande sino cuando se hizo la primera acción del 94 que fue la marcha federal, la marcha federal fue la expresión que permitió la unidad en acción de lo que era el nacimiento de la CTA con la expresión interna que representaba el movimiento de los trabajadores que representaba Moyano y la corriente clasista. Ahora, eso tuvo muy poco tiempo de posibilidades de sobrevivir porque una mesa de enlace puede servir para un momento determinado, para una coyuntura pero después hay objetivos claros de cada sector que impiden que esa mesa de enlace se mantenga. Porque si yo represento a una corriente sindical que sigue vinculado al proyecto CGT en algún momento va a confrontar con nuestra propuesta, si yo represento a una corriente sindical que en definitiva plantea la CGT única, o hasta puede tener un vínculo bastante directo con una fuerza partidaria, bueno, eso es valorable es positivo pero va a ver confrontación, va a ver momentos en que los intereses van a confrontar porque en algún momento se va a definir el interés de la central por un lado, y va a ver el interés del partido por otro, del partido que sea, y va a ver diferencias en la estrategia partidaria de la estrategia de la central como central autónoma, y bueno en ese sentido, eso sucedió en algún momento, permitió hacer una serie de acciones pero hoy esta...aunque algunos de los compañeros la quisieran reeditar me parece a mí muy difícil en estas circunstancias de que podamos nosotros reconstituir una mesa de enlace, ahora ni tampoco la unidad con la CGT, nosotros... para ser unidad debemos... para nosotros hay una prioridad voto directo y secreto de los trabajadores, afiliación

directa de los trabajadores, porque somos muy chantas si hablamos de representar a la clase trabajadora pensando solamente en los que tienen trabajo que es una minoría, trabajo estable que es una minoría en la Argentina, si no nos planteamos organizar y... contribuir a que recuperen la identidad de clase los millones de desocupados que hay en la Argentina no hay perspectiva de hablar en nombre de la clase trabajadora argentina, estaríamos mintiendo, por lo tanto para nosotros es fundamental la organización por ejemplo de la federación de tierra y vivienda, nosotros hemos contribuido a organizar....hicimos un desafío fuimos los primeros que lanzamos el desafío de organizar a los desocupados en el territorio, y que piense el desocupado, el trabajador desde el territorio, entonces piensa en su vivienda piensa en su ...en las condiciones de vida en el territorio , en la escuela, en el hospital y también en lograr una retribución que le permita comer dignamente y también en recuperar una fuente de trabajo, pero desde el territorio. Bueno ese desafío de organizar una federación de tierra, vivienda y hábitat, o sea organizar... es una novedad absoluta de la central, como significa también organizar a los jubilados de todo el país para luchar por su salario digno en todo el país, para nosotros el movimiento de los jubilados es uno de los pilares porque hace más de 10 años que se movilizan todos los miércoles frente al congreso, ellos son uno de los pilares fundamentales de nuestra central, los jubilados que no estaban contenidos dentro de la central de la CGT porque ya pertenecían a otro plano, son trabajadores jubilados pero lo peor que podemos hacer es que pierdan la seguridad. Es decir, estas cuestiones hacen que las elecciones directas, el voto directo y la independencia de los partidos políticos del gobierno y del Estado son pilares que nosotros no renunciamos que se puede contribuir y llegar a una central única si hay pilares de ese tipo, sino sería una derrota una claudicación a todas las luchas que a habido.

Cuando se piensa en el tema de la construcción de la nueva alternativa política y social para la Argentina inevitablemente pareciera que los acontecimientos llevan a que se ponga la vista en lo que va a pasar el 2003, y la, hasta hoy, digamos el llamado a elección que hay para ese año. y eso de alguna forma apura los tiempos y la gestiones que tiene que tomar en este caso la CTA y el FRENAPO.

Bueno, no nos desespera la situación por más que la situación sea desesperante, porque si nuestro proceso de construcción de crecimiento no podemos destruirlo por una acción adolescente, de cuando digo adolescente digo de espontaneísmo, de voluntarismo que podría llegar a destruir todo lo que estamos construyendo o hacerle perder toda posibilidad de desarrollo futuro, construir una política alternativa para el 2003 que nos permita tener algún tipo de confianza de que realmente hay posibilidades claras de cambio con respecto al disciplinamiento que tenemos al cual nos han llevado los grupos económicos transnacionales con las políticas del Departamento de Estado, del BM y del FMI. Hoy por hoy son muy difíciles de pensar que se puedan llegar a concretar, porque aquí hay que generar una unidad del campo popular de más del 80% de la población, tiene que haber mucha grandeza de parte de toda la nueva dirigencia que está surgiendo y también toda una organización barrial, regional, provincial y nacional que realmente nos permita gobernar lo nuestro, esto no se hace con un salvador con dos salvadores, con 3 o 4 iluminados, o con un caudillo, esto se hace sobre la base de una gran participación popular y de organización popular, de construir un poder alternativo, y nosotros lo que

estamos intentando es construir un poder alternativo a los grupos económicos, entonces construir un poder alternativo significa una central, significa un frente como el de la pobreza, donde está desde el movimiento cooperativo hasta los medianos y pequeños empresarios a sectores religiosos, digo ir encontrando las coincidencias y construyendo las confianzas entre todo esos sectores, los cuales muchos venimos de muchas historias de confrontación, es una construcción de poder propio que lleva su tiempo, creo que el 2003 está tan cerca que, no digo que yo soy escéptico, siempre soy muy optimista pero creo que la perspectiva de construir una fuerza política que nos permita rápidamente cambiar el actual modelo económico todavía no tiene posibilidades reales en la Argentina, creo que va a ver una etapa de transición.

Antes, en décadas pasadas y por lo menos hasta el año 89 que marca el hito, las alternativas populares se llamaban socialismos, ¿qué pasa hoy con eso?

Bueno, eso ya no depende de la posición de la CTA, yo creo en el socialismo pero no porque me referencie en algunas de las experiencias que pueda haber habido o que pueda haber hoy, sino porque creo que... primero que el sistema capitalista no le da respuesta a los pueblos, no le da respuesta a la humanidad, ha llevado a la humanidad a una situación gravísima donde miles de millones de personas se mueren de hambre o están al borde, están excluidos sin ninguna perspectiva de futuro, y en ese sentido está claramente demostrado que la única forma de sostenerse es sobre la base de una política guerrerista y de instalar, hoy ya la persecución de los terroristas en cualquier parte del mundo. Un estado de sitio mundial. Un estado de sitio mundial, porque está claramente determinado que hay una unipolaridad en el mundo que las hegemoniza a través de las armas. Bueno no se como se va a llamar el próximo gobierno, no importa si se llama socialismo o como se llame lo que sí no es un modelo capitalista lo que le va a dar la salida y las respuestas a los pueblos, es un modelo de distribución de las riquezas totalmente distinto donde se privilegia al hombre, donde se privilegie la paz, donde se privilegie el desarrollo y el crecimiento del ser humano individual y colectivamente por sobre todas las otra cuestiones que rodean a lo que es el lucro, lo que es la ganancia o lo que es la concentración económica, bueno pues en ese sentido no importa como se llame, yo le llamo socialismo pero quizá porque ya tengo unos cuantos años y es la palabra o es un sentimiento o es en definitiva un modelo de distribución de las riquezas y de sociedad al cual yo creo que realmente le brindaría una oportunidad a la humanidad que el sistema no se lo brinda.

Entrevista a Mario Gasparri —CGT— (mayo de 2002, Buenos Aires)

Pero ¿cómo se va interpretando desde la CGT el fraccionamiento que va ocurriendo en el sindicalismo durante los noventa, primero con lo del MTA por un lado y lo del Congreso de Trabajadores Argentinos después?

Si, si, si, pero, el MTA no hace una ruptura formal, siempre permanece en contacto con esta central obrera, la ruptura formal se da en marzo del año 2000, no antes...

En el MTA.

En el MTA que después conforma la CGT disidente, en realidad, hay puntos de contacto permanentes cuando asume Gerardo Martínez en julio del'95, los gremios del MTA adhieren, y forman parte de la comisión directiva, todo esto es claro, o sea que no

es tanto una separación tan abrupta como que la... representar la CTA que ya directamente toma un sesgo decididamente anti-menemista, en virtud del proceso del reacomodamiento que intenta la central obrera para ver cómo actuar ante el embate del gobierno. Esta es la cuestión, y uno dice ¿cómo actúa la CGT? Y la CGT actúa propiciando el diálogo social y hace acuerdos para reactivar el empleo y la sanción de leyes, esperando fortalecer su posición en el devenir, pero el marco del proceso de deterioro económico es de tal magnitud que es imposible el fortalecimiento, ¿por qué? porque esto se traduce en la realidad en la pérdida permanente de puestos de trabajo y también en el debilitamiento de organizaciones sindicales, esto es claro, no sé si se entiende lo que yo digo...

Sí, sí, sí.

La CGT lo que busca en realidad ser... esta CGT históricamente ha buscado ser protagonista en las definiciones políticas, como te dije antes, pero el debilitamiento sindical ha también debilitado su poder de protagonismo, entonces lo que ha buscado es ver de qué manera se posiciona, se fortalece para constituirse en un polo de poder, en una referencia fuerte como ha sido el sindicalismo históricamente en la Argentina, inclusive en los momentos.... en gobiernos de facto, desde el año '46 cuando hace su fuerte irrupción en la escena política el sindicalismo no ha perdido protagonismo en ningún momento, inclusive insisto durante gobiernos militares y esto, paradójicamente durante el gobierno de Menem que era un gobierno peronista se ha visto sumamente debilitado, se busca, desde mi punto de vista busca insertarse de vuelta como un actor social definido, importante, trascendente y eso siempre piensan los dirigentes que lo pueden lograr mediante el diálogo social, es lo que se propicia, por eso en esta convocatoria hay una convocatoria abierta a vincularse en las decisiones: deuda social, el rol del estado, ¿eh?, ¿te das cuenta de que no hay una política confrontacionista abierta? Sino se busca el acercamiento para que se definan políticas a favor del movimiento obrero, es muy simple.

Ahora bien, hoy por hoy, esa política no confrontacionista radical, si se quiere, y de búsqueda de un diálogo social que permita subsanar la deuda social, en las condiciones actuales ¿se considera como una estrategia que debe continuar, que debe persistir, con algunas modificaciones o...?

Si, si, claro, pero acá tenés otra lectura que hacer, tenés que hacer otra lectura, la debacle menemista trae para acá también la debacle peronista, la derrota de 1999, la derrota electoral posiciona a los gremios, principalmente a esta CGT en una actitud expectante, a ver como son las reacciones del gobierno de la alianza, y el gobierno de la alianza lo primero que intenta es la reforma laboral, que implica también un cuestionamiento o la impugnación del colectivo de trabajo que es el corazón de nuestro sistema, al desactivar el convenio colectivo del trabajo mediante la ley 25250...

El convenio por rama...

Claro, claro, directamente, ¿qué es lo que fortalece?, lo que se llama *ultractividad* fortalece el sindicalismo argentino, entonces se busca también con la reforma laboral también debilitarlo y eso produce una instancia de confrontación muy abierta, pero también siempre desde la perspectiva de ver cómo se solucionan las cosas, eso no lo

entiende así el sector de la CGT disidente, quien en un congreso que iba a ser el congreso unidad con Moyano a la cabeza como secretario general, eso se desarticula rápidamente, ante la nueva, ante la... digamos, ante la posición de la alianza y la CGT disidente rompe lanzas y se separa en marzo del año 2000, entonces comienza la nueva instancia, una instancia confrontacionista ante la alianza pero con distintas metodologías y la CGT disidente más agresiva y la CGT, lo que se llama la CGT oficial, confronta si, pero siempre buscando algún punto en contacto para, yo creo que es la lógica sindical, yo lo analizo como una lógica, busca siempre alguna instancia de diálogo, no busca romper el diálogo si no es porque entiende que hay que intervenir, el sindicalismo organizado tiene que intervenir en la definición de políticas sociales, pero también comienza toda una serie de cuestionamientos muy duros, conclusiones, por ejemplo, cuestionando duramente a la política que pretende instalar la alianza, este es un documento.... fijáte: "Contribución..."

"Los trabajadores...."

Buscan acercarse al gobierno mediante la opinión que pueden hacer y concluye también que hay que verdaderamente... concluye también con un análisis de la situación, vos ves también hay un documento sobre el ALCA, sobre lo que pretende... rechaza e impugna totalmente el ALCA esta CGT, después directamente frente al proyecto de reforma laboral, son cuestionamientos, digamos que hay documentos producidos en forma abierta y después por ejemplo acá tenés la huelga del año 2000, de noviembre, el año 2000 es un año que es el de la convocatoria, que ahí coincide, en el paro coincide con la CGT de Moyano, además que la CGT de Moyano paró 36 horas, desde el día 23 a las 12:00 horas y la CGT esta el día 24, que fue un paro muy importante, el 23 y 24 de noviembre del 2000, lo que transcurre durante el año 2001 se da en un marco de deterioro sostenido del gobierno, porque inclusive las internas del gobierno se suceden y aparece después la figura de Domingo Cavallo como ministro de economía, a partir de marzo del año 2001, que no hace más que deteriorar aun más la relación del sindicalismo con el gobierno e inclusive la relación del gobierno con los que habían sido los sostenedores del triunfo de la alianza, digamos, la clase media baja, la clase media empleada, esto se nota claramente cuando ya comienzan las denuncias por corrupción, las internas de la alianza hasta el 19 de diciembre del año 2001 cuando se va De La Rúa, yo creo que el sindicalismo ahí ya va avizorando el deterioro, pero no tiene en ese momento, con el debilitamiento que ha habido de las organizaciones sindicales, creo que no puede definir una estrategia coherente, es mi punto de vista.

Ahora, después de que cae De La Rúa o botan a De La Rúa, digamos, más bien fue eso.

Botan con "b" larga. Primero lo votaron con "v" corta y después lo botaron con "b" larga (risas).

Se escuchaba por ahí que eventualmente Duhalde tenía una cercanía mayor con la CGT y con DAER específicamente, a diferencia de lo que significaban otras figuras dentro del PJ, especialmente Menem, digamos, como el hito o la figura fundamental y otros más...

Vos qué decís, que a Duhalde le era más, le era más... mira yo te doy una señal, yo

te doy una señal... el día...

Hago este comentario a efectos de que me comente en torno a la relación ya de los últimos cinco meses de la CGT...

Bueno, yo te doy señales, el 14 de octubre del año 2001, fueron las elecciones generales, con la aparición del voto bronca pero también con un triunfo resonante del Partido Justicialista, el mayor triunfador en esa instancia que gana por mayor cantidad de votos, que fue aplastante su triunfo inclusive, fue Duhalde, que es electo senador, el día 16 de octubre, dos días después, viene Duhalde acá y confluyen en torno a Duhalde las figuras de Moyano y DAER, acá mismo, en el marco... en un clima de euforia que hace pensar en una recomposición no solamente de la CGT, que proclama la unidad en acción, en ese momento, aunque no la unión sino la unidad en acción y también su adhesión a la vuelta al peronismo, vislumbrando la posibilidad de cambio para el año 2003, estamos hablando de 2001-2002 o sea, dar las bases, yo lo que vi en ese momento que fui testigo, testigo privilegiado puedo decir porque inclusive estaba... viví todo el proceso desde su gestación hasta la aparición de Duhalde acá, lo que yo vi en ese momento en ese salón era la síntesis del peronismo como... del sindicalismo unido al peronismo, aunque son intereses... en este momento los intereses no son los mismos, no sé si se entiende, para mí los intereses del peronismo, del PJ, transitan por un carril diferente a los intereses del sindicalismo en este momento.

Del sindicalismo peronista.

¡Del sindicalismo! No, no se habla más del sindicalismo peronista, los dos es sindicalismo, la individualidad de cada uno es otra cosa, Moyano puede ser peronista, Daer puede ser peronista, nadie lo duda, pero evidentemente no hay un sindicalismo peronista ya definido, como lo entendíamos en otra instancia, eso ya, ya directamente, si lo hay, bien, bueno, no, no lo puedo interpretar, para mí no existe en este momento un sindicalismo peronista, habrá dirigentes que tienen afinidad pero yo no veo que haya un sindicalismo peronista como en otros tiempos, esa es mi interpretación. Yo lo que vi en ese momento fue digamos, la conjunción del sindicalismo en sus vertientes, sacando el CTA por supuesto o las vertientes más poderosas y Duhalde como expresión del PJ y una expresión que podía servir de base a la nueva alianza, digamos que yo lo que se podía visualizar en ese momento era la posibilidad de una nueva alianza que llevara al sindicalismo al sindicalismo a recuperar el protagonismo perdido.

Y de alguna forma también podía ser interpretado también como retomar o reconstruir una alianza histórica entre el PJ y el sindicalismo...

Exacto, esa es, esa fue la imagen, esa fue la foto de la película, tal es así que yo envié a gente que me lo había pedido, justo yo vi el escenario, porque es en la planta baja donde se reúnen, en el salón, el salón ese y estaba la figura del Duhalde en el centro sentado en el escenario y junto todos los dirigentes sindicales y eso me hizo acordar a otra imagen de Perón en el '73 cuando volvió, que vino por primera vez a la CGT, Perón en el centro de la escena, el mismo lugar rodeado por dirigentes sindicales, digamos, esa es la analogía....

Entrevista a Amancay Ardura —CCC— (mayo de 2002, Buenos Aires)

Quisiera que me pudieras contar primero respecto de cual es la historia de la corriente?

Bueno la Corriente Clasista y Combativa, CCC, no es una central sindical, es una corriente político sindical que trabaja en el seno de todas las centrales existentes, y lo hace de este modo porque siempre tuvo el planteo de una central única de trabajadores y si sólo lo hiciese en una o se transformase en una cuarta central estaríamos en contra del planteo principal que es la unificación de una sola central única de trabajadores de Argentina, tampoco lo queremos...es decir ni nos plateamos ser una central ni inmediato ni estratégicamente,. Sin o ser parte sino de una central única. La historia se remonta al renacimiento del clasismo revolucionario en la década del 70 con el triunfo en el smata Córdoba de René Salamanca que es... vendría a ser nuestro antecesor y líder en la historia de esta corriente que en las agrupaciones 1 de mayo, clasistas 1 de mayo fue parte de ese renacimiento del clasismo revolucionario en el proletariado cordobés que luego junto a Agustín Tosco y a Atilio López nos legaron el frente único de clases en la CGT de Córdoba, que es uno de los más altos ejemplos que tiene la clase obrera Argentina en su unidad de lucha. Esta corriente 1 de mayo que básicamente eran obreros maoístas y ligados al incipiente en aquella... o recientemente nacido PC revolucionario, tuvo todo su desarrollo en la época previa al golpe del 76 durante la dictadura militar durante la etapa del alfonsinismo donde tuvo un dirigente muy reconocido que fue Miguel Delfini que fue líder de la toma de (¿?) el año 85 un hecho muy importante en la historia de movimiento obrero argentino porque fue la primera vez que en una gran fábricas los obreros durante la toma , durante dos días fabricaron 19 vehículos sin ninguno de sus jefes, sin la estructura empresarial de la empresa, es de ya, en esa época, quien le habla ya era un dirigente reconocido de los trabajadores rurales, así que es otro de los grandes pilares en aquella época de lo que eran las agrupaciones clasistas 1 de mayo. Esto fue caminando hasta el año 90, 91 en que se acerca a las agrupaciones clasistas 1 de mayo el dirigente de los municipales el reciente elegido de los dirigentes municipales Eugenio Carlos perro Santillán, se integra a este torrente que lleva durante este período del 90 al 94 en que funda la CCC... noviembre del 94 a plantearse la necesidad de una CCC de masas y se formula la propuesta de constituir la CCC, en el cual confluye de inicio, diferentes vertientes además de estas pre-existentes digamos con historia, Confluyen varias vertientes en la fundación de la CCC una de ellas es una vertiente peronista digamos combativa que tenía dos digamos líderes o referentes que uno era Edgardo Quiroga el secretario de la CGT regional de San Lorenzo en Santa Fe, y Teodosio Condiri que era el secretario adjunto del señor Jujuy del sindicato que dirigía Santillán que tiene sus propias agrupaciones su propia formulación pero estaba integrada en un frente en el propio seon (¿?) esa corriente que se tenía el peronismo combativo clasista , era un vertiente que estaba en todo el país más allá de estos dos dirigentes, una vertiente radical de izquierda que dirigían los docentes de la provincia de Jujuy encabezados por Federico Medrano , una vertiente de ex obreros del PC es decir gente que quedó fuera del PC luego del 16 congreso, nucleados en lo que eran las agrupaciones tradicionales del PC la estructura que se llamaba CONAT Coordinadora Nacional de Agrupaciones Agustín Tosco, encabeza por dos dirigentes Luis Canai y ...bueno ahora me voy a acordar, pero Luis Canai que había sido responsable sindical del PC, que luego de la ruptura esta agrupación funda la ...junto con nosotros la CCC y a la vez confluye un

dirigente trotskista que había roto, que había quedado digamos después de la ruptura del MAS, había quedado digamos independiente durante un período después del 90 que era Raúl Castell que había fundado un pequeño movimiento, el movimiento independiente de jubilados y pensionados que aun era pequeñito y eso confluye y nace la CCC, con una línea muy clasista, combativa, anti imperialista con una gran espíritu de lucha con un liderazgo desde el compañero Santillán que ya tenía.. digamos que era conocido nacionalmente porque habían volteado al primer gobernador en Jujuy el año 91 Aparisi (¿?) ya se destacaba en Jujuy muy conocido como un dirigente muy conocido pero además empezaba a ser conocido nacionalmente, una de las primeras apariciones públicas de la corriente como tal es en el período de las marchas federales que se realizaron en Argentina que confluyeron la CCC la CTA y la CGT , el MTA que luego sería CGT Moyano, pero el MTA que dirigía Moyano. Desde allí hasta hoy la corriente ha tenido una particularidad que nunca dio tregua, no... siempre estuvo consecuentemente en la lucha pero este período cuando digamos la corriente pega un salto muy grande en su crecimiento es a partir del año 96, 97 cuando define con claridad algunos temas muy importantes que fueron muy polémicos muy debatidos en el movimiento popular, en la izquierda, en los obreros clasistas, en los obreros combativos que era primero el problema del hambre, es decir si en la Argentina había hambre o no, era un tema en la Argentina, porque en la Argentina en general hemos tenido un largo proceso donde nunca hubo un grado de desocupación como se expresó en toda la etapa del menemismo, lo que llevó la política de libre mercado de privatizaciones de integración a la globalización... es decir toda esta política menemista de apertura de Argentina de destrucción de la industria de fortalecimiento de la dependencia con los organismos financieros, flexibilización laboral, y esto había llevado a un crecimiento de la desocupación y particularmente a crecer en forma muy, muy grande una situación de hambre, de hambruna de sectores importantes de la masa desocupada, esto tuvo su expresión muy fuerte en tres grandes hechos de masas en la Argentina que fue el cutralcazo el primero y el segundo, el tartagalazo en la zona petrolera de norte del Salta, y el ledesmazo en libertador general San Martín en Jujuy, desde el punto de vista de quien dirigió esos grandes hechos no es que la corriente dirigió esos grandes hechos, es decir, la corriente tuvo participación pero lo que sí hizo la CCC fue poner allí los ojos en lo que había pasado, es decir, entender la esencia de lo que había pasado o de lo que pasaba que había expresado el hambre de una gran masa de desocupados en la Argentina y que a la vez había habido democracia directa había habido... es decir, allí se expresaban incipientemente aquellos de los 3 principios de la comuna de Paris, el problema de la revocabilidad de los mandatos, de la democracia directa en las incisiones y de la formación incipiente de la auto defensa de masas, analizando esto y analizando el corte de ruta, digamos el método de lucha que venían encontrando los desocupados o mostraron los desocupados a partir de ver esto la CCC generalizó esto, hoy se nos dice que bueno hemos sido un poco los... se nos dice los padres de los cortes de ruta, no, no, no, no inventamos nada lo inventó la gente y lo hizo la gente, naturalmente que los desocupados que en su mayoría eran obreros ocupados hasta hace muy poco tiempo antes, que es una de las características de la Argentina ,que tenemos un desocupado que ha sido en su inmensa mayoría ocupados, obreros de fábrica , obreros durante muchos años y tienen las características de obreros ocupados. No es como en otros

países donde hay una desocupación muy vieja de mucho tiempo entonces hay muchos sectores que tienden a adquirir características de lumpen-proletariado o características de pequeños... vendedores o digamos vendedores ambulantes o cuentapropistas, cuentapropistas, en cambio en la Argentina el cuentapropismo si bien existe no es, no es un escape de inmensas masas al problema que tiene, de allí que se planteó de este modo como fue en forma masiva, en forma de pueblada y bueno en cortes de ruta, y bueno el corte de ruta ya no pudiéndose hacer la toma de fábrica, o la huelga o el paro general que es lo tradicional, el método de lucha del proletariado ocupado, cortó los flujos de mercancía entre los capitalistas que es lo que podía hacer, por lo tanto esto se fue generalizando, en eso de generalizar sí tenemos un gran papel la CCC durante todo este período. En definir el hambre había un gran debate y un debate hacia fuera y hacia adentro de la CCC alrededor de dos puntos, uno era si había que tomar... si el problema de la dignidad o si el problema a tomar inicial era el hambre, en esto nosotros tomamos el hambre por eso la gran experiencia de Matanza en aquella época cunde a partir de los barrios, bueno tanto dentro de la CTA tienen una larga historia porque ellos han sido ocupantes de tierras muy violentamente con una larga historia, han construido verdaderas ciudades de la nada, urbanizadas, como villas de emergencias, han sido dirigentes de las sociedades de fomentos de esos barrios, a partir de las necesidades de esos barrios plantaron la famosa olla en la plaza de San Justo en la Matanza en aquella época y allí en la olla vimos la combinación de los cortes y la olla, y luego ha sido tradicional, es decir que las masas no solo necesitaban luchas sino también comer y que la olla era un instrumento de unidad de esos dispersos que hambrientos en sus casas por ahí no sabían que hacer y se juntaron allí, entonces tomamos al fondo el problema del hambre, al tomar al fondo el problema del hambre vino el problema de los que van a trabajar, está claro en los que van a trabajar como se los ha conocido en la Argentina son un instrumento del Banco Mundial del imperialismo como forma de clientelismo, para atender al ejercito de reserva que tienen para bajar los salarios de los ocupados , entonces nosotros organizamos a los ocupados de un modo que no permitió dividirse más porque las grandes experiencias Tartagal, de Cutralcó mostró una gran lucha pero finalmente luego de eso todo se dividió ,a la mayoría de las gentes los compraron, los dispersaron los dividieron los de arriba con prebendas con trabajo con aquello con esto y se rompió... no quedó digamos después en esos lugares una organización de desocupados, de esto hicimos lección y construimos lo que se llama nuestro sistema de puntaje que es la democracia directa para tomar todas las decisiones, el sistema de puntos para poder resolver correctamente cuando no se consigue todo...suponte si van cien personas a reclamar y se consigue 50 cosas ¿quien distribuye esas 50 y a quién?, entonces estaba la experiencia de que distribuían los punteros o los dirigentes y segundo a quien a sus amigos a sus congéneres políticos o a sus parientes, entonces en nuestro sistema distribuye la asamblea sobre la base de los puntos y el punto se adquiere por ir a la asamblea por ir al porte por ir a la movilización, y se toma presentismo todo los días, por eso nos llaman la organización de los cuadernos, porque tenemos presentismo para todo, entonces si de 100 que van a una lucha consiguen 50 cosas si es para trabajar si es comida si es lo que sea, va a la asamblea y dice a ver como va el puntaje, el puntaje es la base del protagonismo, los primeros 50 reciben las cosas y el 51 para al primer lugar, este sistema mantiene a los 50 que ya tiene algo atados a la solidaridad con los otros por

su propia obligación porque saben que lo que consiguen es transitorio, porque somos un movimiento que lucha para terminar con la desocupación no para eternizar desocupados por eso no somos partidarios del sindicato de desocupados, no puede existir un sindicato de desocupados porque sería eternizarlos, y no nosotros somos un movimiento que debería desaparecer en el curso de la lucha por el poder por la revolución , por lo tanto somos algo creado para desaparecer más tarde o más temprano, por lo tanto este sistema desde ya trae sus problemas porque hay que resolver los problemas de las embarazadas de los enfermos, entonces bueno las embarazadas, las mujeres que tienen muchos niños se... no pueden ir a los cortes a veces, entonces se quedan en sus casas y organizan las ollas de comida para que cuando llegan los otras coman y así ganan sus puntos, o varias organizan la olla, o el enfermo manda a sus hijos, sus nietos, su tío, o abuelo a la asamblea con una notita donde diga que no puede ir porque está enfermo pero va fulano que me representa , de modo que gana y mantiene el punto, este sistema ha vuelto locos a las clases dominantes porque con este sistema le hemos dado vuelta el mecanismo de clientelista y hacer al revés, una práctica solidaria que tiene antecedentes en la propia Argentina en los mecanismos que usaban los trabajadores rurales en sus sindicatos durante muchos años en la Argentina para sus bolsas de trabajo. Y es el mecanismo que usó el Che Guevara en Cuba en la primera etapa del socialismo, entonces se nos dice y bueno pero esto sería todo incentivo material, no, es decir, es incentivo material efectivamente porque la gente entra a partir de la necesidad, a partir de la necesidad va a la resolución de la colectividad es decir, de lo individual a lo colectivo es una lucha continua entre mantener lo colectivo o volver a lo individual a irse, pero eso hace dar un salto de conciencia, a la vez cada lucha y cada movilización genera más conciencia porque tiene que enfrentarse con los poderes públicos entonces va identificando quienes son los enemigos, y nosotros hacemos una combinación entre los que es la lucha reivindicativa y la lucha política y vamos al fondo en la lucha política por eso nuestro movimiento tiene lo que se llama semanalmente que se discute desde el último ...desde el último asamblea de barrio hasta la asamblea general del movimiento lo que se llama los guiones políticos, que son semanales donde se hace...se pone en las pautas las cosas que pasan y la gente discute y agrega todo lo que piensa sobre la situación política y luego se analiza y se toma decisiones, entonces esto va haciendo una combinación del centro de lo individual a lo colectivo y entre lo reivindicativo y lo político y lo político va ganando digamos, en la propia práctica en la lucha se da ese salto de conciencia. Nuestro movimiento tiene un 65 % de mujeres, es decir es muy alta la participación de las mujeres, es una razón social en la Argentina porque es uno de los países en el mundo donde la lucha de las mujeres más ha avanzado y se indica cuantitativamente que vamos por el 15 encuentro nacional de mujeres que sólo en la Argentina después de Kenia, donde se decidió en Kenia que en todos los países del mundo hubiera un encuentro por año de mujeres sólo en la Argentina a subsistido hasta ahora no porque seamos los mejores sino porque se han dado las condiciones sociales de protagonismo de la mujer que es muy avanzado en todos los terrenos. También en la CCC desde ya esta es una lucha para que las mujeres ocupen la mayoría de los puestos en la conducción de todos los movimientos, esto es una lucha muy fuerte, los movimientos son integrales es decir, se ocupan de las comidas, se ocupan de los planes, de los trabajos, de la contraprestación, de la administración del trabajo, de la lucha, de

organizar la lucha particular y la general de confluir con otros movimientos, se ocupan de la salud, de la violencia familiar, de los problemas de la vivienda, se ocupan de las inundaciones, es decir, atienden todos los problemas que existen en cualquier barrio, en cualquier territorio, esto en relación a los ocupados.

En esto acertamos, porque hemos sido los que hemos logrado encontrarle la vuelta para que los movimientos no se rompan o dividan, y una metodología que es solidaria y que ataca de fondo el sistema punteril que han tenido los partidos mayoritarios y el propio imperialismo en su trabajo hacia los desocupados. El otro gran acierto que definimos con claridad es el problema de la crisis mundial definimos en el año 97, 96-97 cuando están los comienzos en Asia, que la crisis mundial era del sistema y que era de sobreproducción, había un gran debate porque los compañeros cubanos decían que era financiera la crisis, sólo financiera, es decir que era el aspecto financiero de la situación lo que entraba en crisis, y nosotros dijimos es de sobreproducción, está... digamos en los cánones de los más ortodoxos dichos por Marx en El Capital, y esta crisis va a ser larga, va a ser por etapas va a tener efecto dominó, es decir que de una va a llevar a otra y va a terminar condensada en EEUU, en esta caracterización acertamos, muchos debates tuvimos pero acertamos, esto estaba a debate, del mismo modo que dignidad o hambre estaba en debate en el seno de la corriente, estaba el tema de las crisis en debate, y a la vez al caracterizar correctamente la crisis dijimos la Argentina además de ser parte de este sistema internacional como país oprimido, va...tiene su propia crisis que es de estructura, es decir tiene una estructura tan dependiente, agudizada al máximo por la política menemista y una estructura latifundista que traba todo desarrollo de la producción en Argentina, reduce el mercado interno, que tenemos una crisis propia además de ser parte, es decir le agregamos a esto lo que tenemos de propia estructura ya que es antiguo este tema, y no estábamos en la Argentina frente a una crisis que sería cíclica, pasajeras hemos tenido varias en la Argentina, estábamos frente a algo parecido como la que fue la del 29. Esta caracterización nos hizo poner la vela de que había echar a Menem no por la vía de las elecciones sino por la vía del argentinazo.

Hacia adentro se fue generando un gran debate porque claro, los grandes hechos del 97, que fue un gran años de luchas en la Argentina, por esas explosiones de desocupados, por la segunda marcha federal y el paro del 14 de agosto del 97, donde hubo un pico muy alto de confluencias en la mesa de enlaces CCC, CTA, MTA, pero produjo, es decir frente a esa situación en donde el movimiento obrero popular pegó una gran pechada en las clases dominantes, como parte de la lucha antiimperialista que es muy aguda en la Argentina, se abrió dos caminos, uno los que empezaron a montar se funda la alianza el 5 de agosto del 97, a montar un recambio, por el otro lado sectores de pequeños burgueses y sectores populares se asustaron frente a lo de ahí, los desocupados, con la idea de que de esos alzamientos, de esas alzamientos tan fuertes, tan violentos, se podía ir al caos, y el caos iba a llevar al golpe de Estado. Con esta idea digamos se dividió el movimiento popular, porque buena parte en el temor del golpe de estado en la Argentina desde ya, son... hay dos grandes problemas en la cabeza de la masa porque muchas veces preguntan por qué pudo pasar Menem en la Argentina, que somos estúpidos los argentinos, que hemos dejado pasar todo lo que ha pasado, no porque en la cabeza de las masas están los 30 mil desaparecidos de esta dictadura y

está la hiperinflación de Alfonsín que el pueblo sufrió muchísimo, por lo tanto esos dos temas hizo que cuando ya en los 10 años , en los 8 años, 5 o 6 años de la democracia y la propia salida de Alfonsín adelantada, y la etapa de Menem aunque este traicionara todo lo que había dicho, estaba el temor a abandonar la democracia formal, muy poderoso el temor, más allá de que la masa supiera que Menem no era lo que hubiese querido, entonces había... y particularmente en el propio proletariado, porque todos estos dirigentes traidores empresarios que entregaron las empresas públicas e hicieron todo lo que hicieron, sólo no lo pudieron hacer si no había un grado de sustento , de confusión, había caído ...estaba la confusión sobre la caída de China, el reestablecimiento del capitalismo de China en toda la caída de la etapa de la URSS en el último período, las derrotas de la inmensa mayoría, es decir una gran derrota en los países socialistas lo fueran o no lo fueran , pero una derrota a la izquierda a nivel mundial, digamos una ofensiva reaccionaria muy poderosa, encabezada por EEUU y las potencias europeas como así mismo la propia vuelta de integración de la URSS con tutti al sistema capitalista mundial, por tanto esa ofensiva generó confusión en los obreros argentinos y la propia voltereta de Menem también generó confusión, fue un período muy difícil de mucho escepticismo en la pequeño-burguesía, esto hizo que se abriera la alianza, se liberó el movimiento popular, allí en la propia corriente tuvimos reflexiones, porque había un sector que planteaba frente a esta situación y decía bueno nosotros luchamos, luchamos y por qué no acumulamos electoralmente, punto dos otro que decía no, el problema de la dignidad, no podemos ir a organizar a los desocupados porque el problema es el proletariado, claro y el proletariado a la vez no estaba en el centro de la escena como estaba en la década del 60, estaban los estatales jujeños, los campesinos, los desocupados, no era un auge que tenía las características de la década del 70 los obreros más calificados, más avanzados de Argentina estaban al frente del combate junto con los estudiantes, entonces así nosotros definimos el tema , el problema es que si la crisis va de este modo las velas hay que ponerlas por la vía de la democracia abierta, por la vía de camino de cutralcazo y el tartagalazo, es esto lo que hay que desarrollar por aquí va a pasar el camino de la acumulación *con tutti*, era una apuesta muy fuerte eso, sufrimos una andanada de críticas con todo pero allí pusimos las velas, entonces el camino de la Argentina era terminar con la política de este gobierno, echar a Menem por esa vía como camino de aproximación, no estábamos hablando de una revolución estábamos hablando de acumular fuerzas por ese camino de la democracia directa, la vía el paro general, el corte de ruta, por allí, no electoralmente, por tanto fuimos al voto nulo, al voto en blanco.

Hay como dos patas donde se inserta socialmente la CCC, entonces por un lado en el mundo sindical, ¿Cuál es la diferencia sustantiva que usted podría señalar respecto de un referente como por ejemplo la CTA o como el MTA y cuáles han sido las relaciones que han tenido con ellos?

Bueno, la diferencia significativa es que la CCC tiene una estrategia de poder, tiene una estrategia que hemos definido en su ultimo plenario que es decir, fuera del argentinazo, como camino de aproximación que ya se hizo, no se terminó por poner un gobierno de unidad popular como postulábamos, hegemonizado por los trabajadores, pero trabajamos por una revolución, es decir, por destruir este Estado, y esto lo decimos

públicamente y en cada acto, nosotros no estamos por reformular este Estado, reconstruirlo o mejorarlo, ni siquiera queremos hacer lo que el PT del Río Grande del Sur quisiera hacer con el Estado que es terminar en una democracia participativa donde el presupuesto se discuta en los barrios, no queremos destruir este Estado, este Estado es oligárquico, imperialista, es un Estado donde hoy no se puede hacer nada, resulta que las propias masas argentinas identifican esto a nivel de olfato por eso dicen que se vayan todos que no quede ni uno solo, no es que se vaya este, este o aquel, atacan a la corte suprema al congreso atacan al ejecutivo, porque se dan cuenta que esto está podrido desde su base y que dentro de esto no hay posibilidades de hacer nada en serio porque si hablamos de nacionalizar la banca, que es uno de los postulados que el congreso piquetero ha sacado en su dos asambleas, recorre todo el país ya los programas estos, nacionalizar la banca, re-estatizar las empresas públicas privatizadas, re-estatizar las AFJP hacer... plantear la expropiación de 400, 500 grandes terratenientes, hacer todas las tareas, nacionalizar el comercio exterior, hacer una reforma monetaria para transformar esta situación, sacar al país de la crisis no se puede hacer sin tomar el poder previamente, sin cambiarle el fondo a este Estado porque está minado, no hay posibilidad por lo que sería la vía electoral de llegar, por frente poderoso que se logre constituir, de llegar al poder, evidentemente el único camino es esto y en esto vamos avanzando, porque lo bueno del 19 y 20 que ha abierto una nueva perspectiva y también ha abierto una nueva perspectiva en el pensamiento de muchas corrientes que antes no pensaban de este modo, estaban muy vulnerables y estas eran las diferencias principales, del electoralismo, de la posibilidad de formar una alternativa política electoral, que digamos se agrande y tome el poder.

Eso sería la crítica que se formula por ejemplo a la CTA.

Bueno ha sido hasta ahora pero la CTA luego del 20 de diciembre ha ido variando está cambiando posiciones, hemos tenido conversaciones estratégicas muy importantes donde ellos se empiezan a tomar esto como un problema, es decir, construir el poder popular para tomar el poder, luego iríamos por la constituyente soberana desde ya para que liquide este cabo y construya uno nuevo, no estamos hablando de socialismo estamos hablando de una revolución anti-imperialista, agraria, democrática, popular con hegemonía de los trabajadores, somos concientes que sin los trabajadores dirigiendo el proceso es imposible con los piquetes y las cacerolas no se va a resolver el problema, eso es lo que tenemos pero está lo que nos falta, que es dirigir al proletariado ocupado, dirigir el proletariado ocupado pequeño problema tenemos.

Y eso los vincula con...

Nos vincula con la CTA y nos vincula con los gremios de base del MTA, pero también nos vincula con los gremios de base de la CGT de Daer porque sin sacarle y sin quebrar las estructuras de esas centrales, recuperar la condición de ellas es imposible solo se puede hacer una revolución, en lo que sí se puede ganar son las comisiones internas del cuerpo de delegados de los sindicatos de base de estas centrales.

En eso está pensando fuertemente la CCC?

En esto estamos apuntando casi te diría hoy nuestras... todas nuestras fuerzas y mañana tarde y noche, en esto empezamos a tener una idea común con la CTA de que

esto hay que hacerlo hoy.

Entrevista a Francisco Gutiérrez —UOM— (Mayo de 2002, Buenos Aires)

Quisiera pedirte una evaluación general, en relación a la situación del movimiento sindical argentino, en la actualidad.

Bueno, primero decir que en la Argentina hay una crisis de representación política general y en esta crisis de representación política no escapa el movimiento sindical. Segundo, que esa crisis, digamos, viene de defraudar un poco las expectativas populares y, digamos, en cuanto a las promesas que se han hecho desde el punto de vista electoral y los compromisos que se han asumido y que en la práctica se han tergiversado totalmente, o sea se ha hecho todo lo contrario y de esto no escapa tampoco el sindicalismo, porque yo digo siempre que los sindicatos... los trabajadores se organizan en sindicatos para defender sus intereses profesionales y trabajo, salario y condiciones dignas, trabajo, salud, jubilación, etc. Y bueno, producto de que el sindicalismo mayoritariamente en sus orígenes acompañó el proyecto de Menem, esto ha hecho que no cumpliera justamente con su rol que es la defensa de los intereses de los trabajadores, es decir, subordinó a la línea política al gobierno y desvió, digamos, su rol profesional, esto le ha generado un cuestionamiento como dirigente sindical, el rol que debe cumplir el dirigente sindical, esta estrategia que se llevó adelante en los primeros años del gobierno de Menem generó una división dentro del movimiento sindical argentino, una división por un lado provocada por el gobierno, por el propio Menem a través de la, digamos...

¿Provocada por él?

Si, si... impulsada por Menem a través de un sector del sindicalismo argentino, cuyo referente principal fue Luis Barrionuevo que todavía sigue siendo uno de los dirigentes importantes del país.

Es senador en la actualidad...

Actualmente es senador también...

Y su esposa...

Y su esposa es la ministra del trabajo, o sea que, esto viene... tiene una continuidad histórica de hace diez años ya. Bueno, creo que ahí se plantearon tres estrategias a partir de ese momento dentro del movimiento obrero, una estrategia que era en su principio mayoritaria, que fue el de acompañamiento del gobierno de Menem tratando de mantenerse... en principio hubo dos líneas muy definidas, una que fue mantener el movimiento obrero unido, digamos, impulsando una política... no de confrontación con el gobierno pero si de diferenciación con el gobierno de Menem para desde ese ángulo defender profesamente a los trabajadores, sin dejar de analizar y de ver de que, digamos, la coyuntura internacional exigía algunos cambios, algunas transformaciones en el país, pero bueno esto no fue posible producto de que Menem quería un movimiento débil, un movimiento obrero totalmente subordinado a sus decisiones políticas, estratégicas, que a nuestro juicio fue la entrega del país, por eso nosotros desde el inicio comenzamos a enfrentarnos con el gobierno de Menem, (...). Participamos, impulsamos la CGT única, y en ese plenario primer plenario el año '91 se fractura el movimiento obrero, nosotros

impulsamos la unidad, Menem impulsó la división, ganó Menem...

A través de Barrionuevo...

A través de Barrionuevo... ganó Menem y a partir de esa división del movimiento obrero, bueno, yo sostengo que eso permitió y posibilitó que el gobierno de Menem llevara adelante todas las reformas que hizo, que a nuestro juicio fueron la entrega del país, entrega del sistema de salud de los trabajadores, entrega el sistema jubilatorio, entrega las empresas del Estado, la apertura de la economía, el endeudamiento, etc, y la crisis la tenemos hoy, producto del impulso de ese modelo, hoy tenemos esta situación, y desde ahí el movimiento obrero viene dividido, dividido porque creo que no maduró y que no logró encontrar... acordar en forma unitaria una estrategia común para todos los trabajadores, son visiones distintas de cómo enfrentar la realidad. Y se plantearon tres estrategias, una que fue la estrategia, digamos, desde la división, una que fue la estrategia de diálogo y negociación con Menem y a nuestro juicio el diálogo y la negociación totalmente subordinado, que significó la cesión y pérdida de derechos, digamos, de haber logrado Barrionuevo mantener la mayoría dentro del consejo de la CGT oficial, la CGT oficial está sucia, los primeros años fue absolutamente mayoritaria...

En su minuto la CGT...

Porque, digamos, el gobierno de Menem era peronista y el movimiento obrero se identifica con el peronismo y tuvo una política de subordinación absolutamente vertical a la estructura del partido, sin tener en cuenta que esa verticalidad al partido le hacia perder representatividad en la defensa de los intereses de los trabajadores. Bueno, esa estrategia de diálogo que llevó adelante la CGT oficialista.

Que en ese minuto era la CGT Azopardo.

Azopardo, y la sesión de derechos, de pre-derechos como fue el acuerdo marco del empleo de la productividad y el crecimiento, que fue la reforma del sistema jubilatorio, la reforma laboral, la reforma al sistema de salud, etc, etc. hizo perder derechos a los trabajadores, puestos de trabajo, salario y obviamente al haber adoptado la dirigencia por esta estrategia, y esta estrategia tener estos resultados, es la pérdida de representatividad que hoy tiene y de cuestionamiento fuertísimo, ¿no?, hay muchos dirigentes que no pueden ni salir a la calle, no pueden ir a un restaurante porque cuando los identifican los echan, esa es la verdad, quizás pueden mantener su reducto en su propio gremio a lo mejor cierto control pero fuera de lo que es el espacio gremial propio no tienen ningún tipo de consenso en la sociedad, hoy creo que es el índice más bajo de representatividad tiene el sector sindical: el 2%, digamos, con algunas excepciones de dirigentes pero globalmente es así, bueno, esa estrategia de diálogo y negociación, de subordinación a la línea partidaria y de pérdida de derechos, consecuentemente de trabajos, de ocupación, etc, a mi juicio, es un fracaso que él tiene, ha fracasado, porque uno puede dialogar, puede tener estrategia de diálogo y negociación pero el resultado tiene que ser positivo para los trabajadores, tiene que significar una mejora en sus condiciones laborales, una mejora en el salario y una mejora en la ocupación, mayor empleo, entendiendo que hay transformaciones dentro de la estructura productiva, que hay nuevos procesos de producción, nuevos sistemas organizativos, nuevas metodologías, nuevas tecnologías, digamos, duras, blandas, todo este tipo de nuevos

sistemas de organización del trabajo que hacen que el movimiento obrero tenga que adaptar sus convenios, sus formas de trabajo, de relación laboral ,etc, pero esto no tiene que ir en detrimento del salario y la condición de vida en la ocupación, bueno, al ir justamente esa política en contra es el fracaso que tiene. Esta es una estrategia, fue mayoritaria hasta ahora, digamos, en el movimiento obrero, segunda fue la estrategia, bueno, como eso nosotros analizábamos que iba al fracaso comenzamos a tener una actitud de confrontación, de lucha, de movilización más combativa, más activa, más dinámica y de enfrentar esa posición del gobierno y obviamente también una confrontación política con las dirigencias de la CGT oficialista, que en principio fue como núcleo, como línea política sindical organizada a través del movimiento de trabajadores argentinos (...) 62 organizaciones peronistas tradicionales, que es lo que representaba la UOM, que confluyó con la creación de una nueva CGT, que fue la CGT rebelde o CGT disidente o CGT combativa que lucha con... cuando la CGT oficialista acordó en forma, digamos, inesperada y a la espalda de casi todos los dirigentes la reforma laboral que fue tan cuestionada y que se votó incluso en el senado con el soborno con los senadores, bueno, pero esa estrategia...

Que motivó la caída del Chacho Álvarez...

Que motivó la salida de ese presidente, etc, etc, pero esa estrategia también, a nuestro juicio, después de dos años de CGT, no logró ser abarcativa del conjunto del movimiento obrero, porque de alguna manera quedó sectarizada, expresó un sector digamos, no logró abarcar... y por otra tuvo también, producto de su lineamiento político en el peronismo ciertos vaivenes, cuando fue hace dos años la candidatura de Duhalde presidente y después la candidatura de (...), la candidatura de Duhalde senador, la CGT no tuvo a pensar de la lucha en la defensa de sus trabajadores, políticamente quedó de alguna manera también alineada con en esa...

Con la interna del peronismo.

Con la interna peronista, entonces, hizo perder también representatividad, no fue abarcativa y de hecho se transformó en una lucha testimonial que no logró resultados, no logró frenar la profundización del modelo económico neoliberal impulsado por Menem, De La Rúa y ahora por Duhalde, y no logró a su vez tampoco frenar la mayor desocupación, ni logró conseguir, digamos, mejoras de carácter salarial, es decir, creemos nosotros que está agotada también la etapa solamente testimonial. Y la otra estrategia que se desarrolló fue la estrategia alternativista, digamos, de que... plantea la CTA de Víctor de Gennaro ¿no?, que es que el modelo sindical argentino tradicional está agotado y entonces hay que desarrollar un nuevo modelo, que habría que tener más de una Central, más de un sindicato por actividad, una participación más directa, abrir un poco más el sindicalismo a los nuevos fenómenos sociales que son, los trabajadores de los desocupados, las organizaciones barriales, que esa forma a mi me parece acertada, pero no me parece acertado el alternativismo sindical, la construcción de dos o tres CGT's, porque de alguna manera consolida la división del movimiento obrero y la consolidación del movimiento obrero, debilita su poder de negociación y entonces, creo que también el alternativismo no... ha fracasado como estrategia de poder y de representación masiva...

¿Te parece que ha fracasado?

Sí. Los hechos están a la vista, yo digo. Entonces creo que después de diez años de división de los trabajadores, en distintas Centrales, en distintas estrategias y ante la concentración del poder económico, del poder financiero y la concentración del poder político, se impone que el movimiento obrero concentre su poder en una Central Única o por lo menos, en una estrategia común de acción y movilización y de lucha para enfrentar esta situación. Mantener, por ejemplo, mañana en el paro de la CTA con algunas movilizaciones de cortes de rutas, pero no va a afectar al poder económico ni político de Argentina, la semana pasada una de Moyano, la CGT rebelde, bueno, funaron, la CGT oficialista que hoy tiene los gremios quizás más importantes, tampoco para, entonces no logramos converger en una sola estrategia todo el poder que tienen los trabajadores en la Argentina, más las organizaciones sociales de desocupados, etc, estudiantiles, para por lo menos poner un equilibrio y modificar el rumbo político de la Argentina en cuanto a las decisiones económicas que se están tomando hoy que es una nueva vuelta de tuerca en el ajuste económico y en la subordinación a los programas del Fondo Monetario Internacional. Frente a la presión de el G7 de los países desarrollados, vía el Fondo Monetario Internacional y los organismos multilaterales de crédito y la subordinación del factor político argentino se está.... está... ¿cómo se llama?... esta concordancia política que existe entre el radicalismo, el justicialismo y el FREPASO, o sea está todo el poder político, todo el poder económico concentrados para imponer un programa, el movimiento obrero no puede estar disperso, atomizado y sin estrategia de poder, por eso creo yo que las tres estrategias están fracasadas. Y esto es lo que de alguna manera cuestiona... todos los trabajadores en general a la dirigencia sindical, a algunos con mucha más virulencia que a otros, obviamente, el mayor desgaste lo tiene la CGT oficialista porque jugó y apostó al modelo económico, quizás un desgaste también Moyano porque no supo lograr ser abarcativo con las luchas reivindicativas y quizás menos Víctor porque él se despegó, digamos, de toda esa estrategia sindical y aparece como un dirigente sano, honesto, pero tampoco llegó a los resultados que necesita el movimiento obrero argentino. Y esto ha hecho que la Unión Obrero Metalúrgica que su tradición siempre ha sido la idea de la unidad y la fuerza, porque “la unión hace la fuerza” ese es nuestro lema, después de haber participado durante diez años de distintas estrategias sindicales hemos planteado el retiro, renunciado a la CGT y planteamos que la única forma de que nosotros retornemos a la estructura de conducción del movimiento obrero es si se convoca, primero a un renunciamiento general de la dirigencia, porque creemos que hay muchos dirigentes que están muy cuestionados y que necesitan hacer un paso al costado; lograr la convocatoria a un congreso nacional de la unidad de todo el movimiento obrero argentino y permitir el surgimiento de nuevos dirigentes para recuperar la credibilidad, la confianza y a partir de ahí fortalecer al conjunto de los trabajadores en una estrategia de lucha que sea abarcativa del conjunto.

(...)

¿En qué está el peronismo en el movimiento sindical en la actualidad?

Bueno, yo creo que el peronismo tiene una crisis fenomenal hoy, digamos, creo que a nivel de movimiento obrero ha perdido absoluta representatividad, salvo en la dirigencia sindical y en algunos sectores de la dirigencia sindical, pero a nivel de los trabajadores en general no confían más en la estructura partidaria, en el justicialismo como partido...

¿Se perdió esa articulación entre el movimiento obrero y el justicialismo?, hubo una fractura ahí...

Yo creo que sí... hay una fractura de hecho. No tanto en la dirigencia, porque en alguna dirigencia todavía tienen la expectativa de que pueden llegar a resolver algunos problemas estructurales, pero como proyecto nacional, popular, articulado desde la base a la dirigencia creo que está totalmente agotado.

Tú eres diputado por el Polo Social.

Así es

Junto con una persona como Luis D'Elia, que también lo es, digamos, por la misma organización política.

Así es, exacto

Pareciera que en ese nivel se dan ciertas confluencias que a nivel del movimiento sindical no se están verificando, o sea, D'Elia participa con la FTV en la CTA, mientras que tú no compartes la opción de fragmentación de...

Por eso decía, porque nosotros decimos que hay que recrear el movimiento nacional y popular, entonces, entendemos que fue una opción política que, impulsada esta idea, cuando trabajamos con el movimiento de desocupados, las organizaciones sociales barriales, que no tuvieron cabida en otras estructuras políticas, que incluso participó la CTA en ese momento, pero si nosotros abrimos como fuerza política la participación a organizaciones de barriales, comedores sociales, cooperativas de trabajo, etc.

Desde el Polo Social

Desde el Polo Social. A los sindicatos y que participaron bastante en la construcción del Polo, y desde el Polo creemos que hay que impulsar la recreación del movimiento nacional y de un frente nacional o sea, no creemos que seamos la alternativa nacional única, sino que somos un sector que representamos ese espacio y que debemos impulsar la integración con otros, para crear una gran fuerza....

Entrevista a Osvaldo Herbach —CAT— (Santiago de Chile, julio de 2002)

Bueno, lo primero que me gustaría que me contara es, fundamentalmente ¿qué es la CAT?, ¿cuál es el origen de la CAT?, ¿qué explica el surgimiento de la CAT?, un poco hacer un ejercicio de historia.

A ver, el origen de la CAT viene de tiempos de la... yo diría que la... es decir, históricamente si uno hace una hilación de hechos, la CAT nace por allá... por los años en que el Padre Hurtado funda la ASICH, la Acción Sindical Chilena, que es una corriente de origen cristiano que agrupa a sindicalistas cristianos en definitiva, que no tenían un referente en ese momento y que lógicamente los referentes estaban más marcados por gente de la izquierda, sobre todo del Partido Comunista, del anarquismo, entonces el Padre Hurtado crea la ASICH, después de la ASICH viene una... se hace toda una corriente cristiana que empieza a caminar y se forma en Chile también, después, lo que se llamó la CLASC, que es una confederación de sindicalistas cristianos, una Confederación Latinoamericana de Sindicalistas Cristianos que vienen de esa corriente de la gente de la ASICH, dentro... esa CLASC que se forma en Chile después da origen a

lo que es la Central Latinoamericana de Trabajadores, hoy día la CLAT, que se funda en Chile pero que hoy día tiene su sede en Caracas, Venezuela, y que agrupa más o menos a 25 millones de trabajadores en América Latina que está inserta desde México, pasando por el Caribe hasta Chile, y bueno, y dentro de Chile después de lo que es la CLASC, la corriente de estos sindicalistas cristianos se meten al interior de lo que es la Central Única de Trabajadores cuando llega la dictadura o... si, después de la llegada de la dictadura militar se funda el Frente Unitario de Trabajadores, que es el FUT. Y el FUT es el órgano que da la lucha fuerte y apoya a muchos dirigentes que fueron perseguidos por la dictadura en un principio, incluso el FUT con la CLAT dan mucho refugio a varios sindicalistas que fueron perseguidos, entre ellos incluso Manuel Bustos, que en un principio recibió ayuda de la CLAT y que luego recibe ayuda también de lo que es hoy día la CIOLS, que es la otra corriente internacional sindical, y como a Manuel a muchos otros. Y el FUT luego se afilia internacionalmente a lo que es la Central Latinoamericana de Trabajadores y se deshace luego, por allá por el año... en el congreso de la CLAT de Mar del Plata... eso fue por allá por el año... 88 y ahí nace el Consejo Coordinador de Trabajadores, el CCT, que viene también de esta corriente sindical pero que se inserta dentro de la Central Unitaria de Trabajadores que nace el año 88. El año 88, tu sabes, fue el congreso fundacional de la Central Unitaria de Trabajadores y ahí dentro del espectro de dirigentes sindicales que ya venían trabajando en el comando nacional de trabajadores y en todas las instancias que se estaban dando, previas al nacimiento de la Central Unitaria de Trabajadores, vienen y nosotros formamos parte de ese congreso constituyente de la Central Unitaria de Trabajadores, el año 88...

Como un referente...

Como un referente propio, un referente que... actuábamos... éramos organizaciones que nos agrupábamos en este Consejo Coordinador de Trabajadores que antiguamente fueron del Frente Unitario de Trabajadores, Consejo Coordinador de Trabajadores que ya empieza a crecer con más organizaciones y que actuamos al interior de la Central Unitaria, incluso nosotros llevábamos candidatos de nuestra corriente, de nuestro sector. Bueno, y nos mantuvimos al interior de la Central Unitaria de Trabajadores hasta el año 94, ahí yo diría que dos hechos gatillan nuestra revisión de mantenernos al interior de la Central Unitaria de Trabajadores. Uno, es el hecho que nosotros veníamos ya reclamando desde hacía bastante tiempo que nos parecía impropio que la ingerencia tan fuerte que tenían los partidos políticos, cualquiera estos sean, dentro de la Central, e incluso nosotros no éramos partidarios que los dirigentes sindicales fueran primero elegidos en las cúpulas partidistas y luego los trabajadores teníamos que votar por los que fueron electos por otros, entonces eso era un hecho que para nosotros era bastante poco... lo veíamos como poco representativo del sector laboral, eran más bien dirigentes de orden político que de orden de los trabajadores. Y el año 94 la CUT rompe con una tradición histórica que tenía y que fue respetada por Clotario Blest, por Lucho Figueroa, por tanta gente importante, que fue haber mantenido a la CUT independiente de todas las corrientes internacionales, dentro de la CUT había gente que pertenecía a la ORIT y a la CIOLS y había gente que pertenecía a la CLAT y la CNT y gente que pertenecía a la FSM, que son las tres corrientes internacionales, y la CUT en ese momento realiza un congreso extraordinario el año 94 me acuerdo, en el Canelo de Nos, y un congreso muy...

hecho a contrapelo, incluso muy peleado internamente, porque yo me acuerdo que incluso ahí hubieron compañeros que actualmente todavía son dirigentes de la CUT y que sectorizaron ese congreso y no permitieron que mucha gente votara o ejerciera su derecho democrático. Entonces, ¿qué hace la CUT?, la CUT rompe con una tradición histórica: ser democrática, ser pluralista, tener relaciones con todas las organizaciones sindicales -cualquier origen que éste sea-, ser participativa. Y para nosotros también fue un golpe fuerte porque entonces la CUT se afilia, vota la afiliación a lo que es hoy día la ORIT que es de la CIOLS que es la internacional de la social- democracia y nosotros pertenecíamos a una internacional, la CMT, la más antigua que existe en el mundo pero que era de origen social –cristiano, entonces, bueno, eso gatilla en definitiva nuestra revisión de nuestra permanencia al interior de la CUT y el año 94 y lo que quedaba del 95 nosotros realizamos encuentros con nuestras organizaciones, hicimos seminarios fuera de Chile, internamente en Chile, hicimos seminarios de todo tipo para saber exactamente si queríamos seguir al interior de la CUT o queríamos ser una organización independiente o en definitiva, queríamos hacer una nueva Central; porque el formar una nueva Central en Chile, para nosotros era muy pesado porque lógicamente rompíamos con una tradición histórica del movimiento sindical chileno...

Ese es un gran tema ¿no?

Un gran tema... entonces, para nosotros eso fue muy fuerte, tan fuerte que indiscutiblemente hubo organizaciones que no aceptaron esto y que se separaron, pero mayoritariamente las organizaciones que pertenecían en ese momento al Consejo Coordinador dijeron “*no po’h, sigamos adelante*”, y realizamos un último congreso extraordinario del Consejo Coordinador de Trabajadores que se realizó en Cartagena donde se decidió ya el lanzamiento de la Central Autónoma de Trabajadores, con las características propias que nosotros definitivamente pensábamos: uno, que para nosotros era indiscutible que nosotros no podíamos aceptar la ingerencia de los partidos políticos internamente, no rechazamos los partidos políticos, nosotros creemos que los partidos políticos son absolutamente indispensables, todos, sin exclusión de ninguno como existe hoy día con el sistema binominal éste que excluye partidos políticos. Sin exclusión, todos los partidos políticos son importantes, pero de ahí a que los partidos políticos incidan en el movimiento de trabajadores creo que... creemos que es dañino; al contrario, yo creo que los partidos políticos deben servir al movimiento de trabajadores y no servirse del movimiento de trabajadores. Y la autonomía todavía la tenemos, eso no quiere decir que internamente nuestras elecciones sean por grupos políticos, por ejemplo el último tercer congreso que tuvimos ahora en mayo, hubo listas con gente que pertenece a la vida... yo diría al sector PPD, socialistas, etc., etc., y otro sector que son los DC o son, que sé yo, otros sectores independientes, en fin, que se fueron... se cruzaron en dos listas y se eligieron y no hubo ningún problema, o sea, eso se da entre nosotros, nosotros no renegamos de los partidos políticos, al revés, nosotros hacemos buenas discusiones políticas, pero con mucha independencia, y eso es lo que somos hoy día, entonces el año 95, nosotros decidimos esto y el... más o menos en noviembre del año 95 nosotros lanzamos la Central Autónoma de Trabajadores, esto era una situación muy difícil, como te digo la cultura que tenía Chile en cuanto a centrales sindicales era una central única, única, que era, que siempre fue y la respetamos por eso, porque era ...

